

# Bestiarios

Juan Francisco González Cebada



# Capítulo 1

I

Una tarde, en la que no sabía qué escribir, paseaba yo por una calle de la capital de mi provincia, cuando de repente, me llamaron la atención unos viejos volúmenes que había en el escaparate de una librería, tan vieja y ajada como los libros que habían captado mi atención.

Determinéme entonces a comprarlos, no más de por ver qué contenían y por ver si alguno podría inspirarme alguna cosa nueva que pudiera salir de mi propia imaginación. Y es que, ya llevaba unas semanas sin poder escribir nada que pudiera ser de interés ni para mí ni para mis escasos lectores. A ello juntémosle mi natural predisposición hacia la depresión y la muerte, hacía año y medio, de Doña Celia; de la cual yo anduve enamorado durante un largo tiempo. Hermosa y gentil dama con la que tuve, por cierto, una aventura. Ella ya era casada y su posición social distaba mucho de la mía, a pesar de haber habido infanzones y caballeros en mi rancio linaje venido a menos. Mas ya volveremos a este asunto más tarde, pues la cuestión que me había llevado a donde ahora me hallaba no era otra más que olvidar las penas en alcohol y en las medicinas que contra la depresión me recetaba el médico. Y, también, por ver si hallaba la forma en la que yo pudiera administrarme mi mejor remedio, que era el escribir o el leer.

Me hallaba yo, como digo, ante el umbral de la puerta de aquella vieja librería. Estaba contemplando aún aquellos ajados libros del escaparate, sin poder apartar la vista de los mismos y preguntándome por qué extraña razón nadie habría reparado antes en ellos. Aquellos libros estaban encuadernados en piel y dichas encuadernaciones eran negras y rojo escarlata. Todos los volúmenes, a la sazón seis de lo que parecía una misma colección, eran muy gruesos y aparecían ya gastados y cubiertos de una fina capa de polvo. Se adivinaban ya sus páginas entre amarillentas y parduzcas por el paso del tiempo. Me pregunté a mí mismo si sería aquel escaso cuidado la razón por la cual aquellos libros no habían llamado la atención de otros transeúntes. A eso había que añadir que la vieja librería se hallaba cerca del puerto y en un barrio un poco dado a la delincuencia; por lo que, en verdad, pocos estudiantes o estudiosos iban a pasearse por allí. Pero allí estaba yo, a una hora avanzada de la tarde, sumido un poco en los vapores de la cerveza en pugna con el efecto de la iproniazida y absorto en tales pensamientos absurdos por unos libros que, a decir verdad, habrían estado durante años en la trastienda o almacén de aquella librería y ahora se hallaban en el escaparate ansiosos por caer en manos del primero que se interesara en ellos.

Finalmente, me decidí a entrar. Las bisagras de la puerta chirriaron, pues era evidente que hacía mucho que no se engrasaban, quizá porque pocas

veces se abría. Sonó una campanilla y en el fondo de la tienda, pues en verdad era un local amplio. Vi a un anciano que, al oír aquellos ruidos, dejó lo que estaba haciendo. Y era ordenar uno de los muchos armarios que allí había. Se dio la vuelta muy despacio y con un paso cansino y una expresión curiosa en el rostro; aunque sonriendo, se acercó a donde yo estaba. Di unos pasos adelante, por ahorrarle al anciano que recorriese toda la estancia, pero más por observar todos los estantes de la librería en toda su plenitud, los cuales estaban repletos de libros. El más cercano a la puerta y el mostrador tenía las obras más contemporáneas. Pude ver los títulos de algunos libros que yo ya poseía y los de otros autores que, en aquellos tiempos, luchaban por abrirse camino en el mundo de las letras. Un par de armarios más con obras del XIX, de las cuales estuve tentado de coger algunas, de no ser porque ya las tenía en casa o porque mi interés primero y verdadero eran los seis descuidados volúmenes del escaparate. Y así, iba en sucesión por cada dos armarios. En aquella librería se hallaban las maravillas conocidas o desconocidas de todas las épocas. Todos los libros se hallaban bien cuidados y clasificados. Me prometí a mí mismo volver a aquel lugar a por algunas de esas obras, por no decir que deseaba poseerlas todas. Llegué a la conclusión de que el anciano dueño de la tienda debía en verdad querer deshacerse de los seis volúmenes del escaparate y por eso los había puesto allí.

El viejo se acercó a mí con su sonrisa y su expresión curiosa. Era un anciano de estatura media y constitución delgada, pero fuerza nervuda. Estaba algo encorvado y arrastraba un poco los pies al andar. Tenía el pelo peinado hacia atrás y era blanco como la nieve. La piel pálida y arrugada. Llevaba gafas sobre unos ojos de un verde ya algo apagado. La nariz aguileña sobre un bigote también blanco. Vestía unos pantalones grises, zapatos marrones y un jersey chaleco anaranjado sobre una camisa blanca. Recordé que yo tenía unas vestimentas iguales en mi armario y no pude evitar sonreír, cosa que el anciano advirtió. Entonces, me habló con un tono bajo y ronco.

-Buenas tardes, joven. - me dijo. - ¿En qué puedo servirle? -

-Buenas tardes, buen hombre. Tiene usted un local realmente impresionante. Está plagado de tesoros literarios. - respondí.

-Así es, joven. Aquí puede encontrar desde la Ilíada y la Odisea, hasta el más moderno volumen, pasando por grandes clásicos de todos los tiempos. -

-En realidad, buen anciano, han atraído mi atención esos seis viejos libros que están ahí en el escaparate. Parecen algo fuera de lugar en este establecimiento, entre tantas obras tan bien cuidadas. -

-Ajá... Se refiere a mis viejos bestiarios. -dijo el viejo echando la vista al

escaparate.

- ¿Sus viejos bestiarios? ¿Quiere decir que usted los escribió? - pregunté

-Así es, joven. - respondió el anciano. -Debí escribirlos cuando tenía su edad y yo mismo los encuaderné. Muchas veces intenté publicarlos, pero tras ver que me los rechazaron por más de dos veces, decidí guardarlos en mi trastienda. Hasta que hace poco me topé con ellos haciendo limpieza y los puse en mi escaparate, más por hacer bulto que otra cosa. -

-De manera que los escribió usted mismo. Es fascinante. - dije. - Verá. Yo también intento abrirme camino en la escritura. Pero hace tiempo que no se me ocurre nada bueno. Cuando llegué aquí, me fijé en sus libros y pensé en comprarlos, por tener algo que leer y quién sabe si sus bestiarios puedan inspirarme. ¿Cuánto quiere por ellos? -

El anciano sonrió, pareció dudar un breve instante y me dijo finalmente que, si compraba otros tres libros cualesquiera de su establecimiento, me podía llevar los bestiarios como regalo de cortesía, a lo que yo accedí de buen grado. De manera que, al final, compré un magnífico ejemplar de La Odisea, otro de Veinte mil leguas de viaje submarino y un libro con una colección de relatos de Edgar Allan Poe, mientras de añadidura, me llevaba aquellos extraños libros que habían captado mi atención. Tras pagar al anciano librero y prometerle que volvería a visitarle, salí de allí con todo aquel material pensando que, si no podía escribir nada, sí que iba a tener que leer mucho. Y así, me encaminé hacia mi viejo hogar en mi automóvil.

Cuando ya hube llegado al pueblo y al viejo caserón familiar en el que habitaba, ya era de noche. Sin cenar nada y aún con el efecto de los vapores etílicos y las medicinas, me encaminé a la habitación en la que había dispuesto mi estudio. Sin dudar un solo instante, abrí uno de los viejos bestiarios del anciano y comencé a leerlo.

## EL LOBERO

Se cuenta que en el año mil y seiscientos y siete, por los campos y pueblos del Norte y de otras zonas de Castilla, diéronse lugar unos sucesos tan extraños como inverosímiles, los cuales hicieron que las gentes, principalmente del campo, temieran la noche y, aún más, abrir las puertas de sus hogares a quienes llamaran en horas intempestivas.

Sucedió en una aldea de lo que podría ser tal vez la vieja y verde Asturias una de las anécdotas que relatan los antedichos sucesos.

Era aquella una aldea pobre, aunque alegre, que bullía de actividad cada día y hasta bien entradas las tardes. Sus habitantes, que debían de ser

unos doscientos, se dedicaban al cultivo de manzanas para hacer su famosa sidra en los lagares y también a la ganadería. Y así, iban sobreviviendo a duras penas con lo que tenían o bien con lo que pudieran conseguir los días en los que podían ir a la ciudad en la que se celebrase una Feria o hubiese algún mercado. Mas para ello, debían atravesar bosques y montañas, por lo que les llevaba unos días de camino el llegar a la ciudad más próxima.

Había algunas ocasiones en las que por las noches los lobos atacaban sus reses, por lo que a veces se organizaban batidas y se colocaban trampas en los bosques por darles caza. Y es que, para aquellos aldeanos que vivían de lo que les daba la tierra y el bosque y de lo que pudieran darles sus ganados, era una verdadera pesadumbre y una calamidad el que los lobos atacaran y devorasen a sus vacas, cerdos, cabras y ovejas. E incluso a las gallinas y otras aves domesticadas.

Llegó un tiempo en el que los ataques de lobos no sólo no cesaban, sino que cada vez eran más feroces. En cierta ocasión se perdió un chiquillo en el bosque y hubo dos o tres cazadores que lo estuvieron buscando de día y de noche durante una semana entera. Y no sólo no apareció el chiquillo, sino que los tres hombres tampoco volvían, por lo que los aldeanos determinaron de hacer una partida aún mayor por ir a buscar a todos y averiguar qué había sido de ellos. Tras varios días de azarosa búsqueda, dieron en un barranco con los cuerpos mutilados y devorados por las alimañas. Allí estaban los tres hombres y el niño perdido, o lo que de ellos quedaba.

A los cuatro dieron sepultura en la aldea y desde entonces las gentes vinieron a tornarse tristes y más hoscas que antaño. Empezaron a temer salir de noche y se refugiaban en sus casas, muchos de ellos rezando porque aquel suplicio con los lobos acabase pronto. Reinaba el hambre, la miseria y la tristeza.

Pasó algo de tiempo y la necesidad les obligó a retomar algunas viejas costumbres, si bien lo hacían con precaución y procurando no andar por el monte o los campos hasta muy tarde y que nadie, bien fuera persona o animal, se volviese a extraviar. Pues si daba la casualidad de que alguna res se escapaba en la noche, ya la daban por perdida. A tal extremo había llegado el miedo a calar en los huesos de aquellas pobres gentes. Mas, por fortuna, con el tiempo también amainaron los ataques de los lobos, por lo que los aldeanos pudieron respirar aliviados por un tiempo.

Cuando ya casi habían olvidado los terribles sucesos que les habían sumido en aquel terrible estado en que se habían visto envueltos, llegó a la aldea un desconocido procedente de algún lugar no muy lejano de aquellas tierras, a juzgar por su acento. Lo extraño y pavoroso de aquel hombre era su aspecto rudo. Era de grandes hechuras, muy fornido y de aspecto fiero. Lo que más llamaba la atención era que iba ataviado con

una piel de lobo que le adornaba la cabeza y los hombros. Y lo realmente pavoroso era que venía acompañado de dos lobos enormes y de aspecto deforme.

Aquel desconocido llegó de noche y se quedó parado allí en mitad del centro de la aldea con su terrible aspecto y aquellos dos horrendos lobos, los cuales comenzaron a gañir y a aullarle a la luna. A estos ruidos, asomábanse a los ventanucos de las casas las gentes de la aldea, quienes contemplaban la escena con un intenso pavor. Y, por un instante, daba la impresión de que el desconocido alzaba la vista al cielo y a la luna y aullaba a su vez. Sabía que lo observaban, mas parecía no darle importancia alguna a este hecho y comenzó a recorrer la aldea con la vista, lo que hizo que quienes lo miraban se retirasen de las ventanas con la sangre helada en sus venas.

Nada pasó esa noche. El desconocido estuvo allí de pie hasta las del alba, sin hacer movimiento alguno, salvo de vez en cuando que en verdad parecía que aullaba y que incluso oraba o conjuraba quién sabe a qué inenarrables fuerzas oscuras. Hubo quien dijo que incluso pudo ver que sus ojos brillaban en la oscuridad de la noche. Por supuesto no hubo otro tema de conversación al día siguiente en la aldea. Todos se preguntaban quién era aquel demonio o desconocido que les visitó esa noche y, por supuesto, cada cual exageró el hecho y contó la historia a su parecer, otorgándole ya al lobero, que así lo llamaron, unos hechos y poderes dignos de leyenda.

Las gentes tornaron a sus quehaceres de la manera más natural que pudieron y los que sospechaban que esa noche volverían a ver al lobero no se equivocaron un punto en tales suspicacias, pues así iba a ser. Al llegar la noche, el lobero surgió de la linde del bosque y, como en la anterior velada, se paró en el mismo sitio con sus dos lobos uno a cada flanco que los tenía, cual fieles perros. Allí se volvió a quedar con sus cánticos y aullidos, mientras que algunas gentes lo contemplaban horrorizados a través de las ventanas de las casas.

Luego, en un punto, se escucharon varios aullidos de lobos que provenían del bosque. Y era que alguna manada se encaminaba a la aldea para atacar a los ganados. Hubo gentes que se santiguaron y rezaban porque todo aquello pasara. Entonces, se observó a la manada que venía.

Esa noche, sucedió algo que los aldeanos catalogarían de prodigio, ya que no podía ser otra cosa. Sucedió que los lobos repararon en sus dos hórridos congéneres y en el lobero que en medio de ellos se hallaba, en pie e impertérrito. Pareció titubear aquella manada de lobos y se iban acercando a ellos cautelosamente y en un punto, tanto el desconocido como los dos enormes y deformes lobos, comenzaron a aullar frenéticos. El lobero dio varias zapatetas en el aire y profirió unos extraños conjuros. La manada comenzó a emitir rugidos y gañidos y a tensarse todos en

posición de ataque, pero el lobero no cejó en su empeño y seguía profiriendo aquellos ensalmos y haciendo violentos gestos y ademanes. Entonces, se escucharon varios aullidos y toda la manada de lobos se dispersó y echó a correr al monte. Tras tal escena, el lobero se quedó allí parado y nada más ocurrió esa noche.

A la mañana siguiente, no faltaron los comentarios con respecto a lo ocurrido. El lobero ya se había ido, con el alba. Hubo quien dijo que el lobero había salvado a la aldea y los ganados con sus artes, otros convenían en que sin duda era un loco que había tenido suerte y hasta hubo quien dijo que era un charlatán que, sirviéndose de sus artes y de los lobos, pretendía alguna cosa no buena. El caso es que alguien determinó de dejar antes de la noche y en el sitio donde se asentaba el lobero un poco de sidra y de queso y hasta algo de carne. Y así sucedió por días que, cada vez que venían los lobos, aparecía el lobero y los ahuyentaba con aquellos movimientos que hacía y con sus ensalmos. Volvió la paz. Y algunas gentes le dejaban aquellos presentes al lobero en agradecimiento por semejante servicio que les hacía. Aunque cada vez le iban dejando menos cosas, pues la gente pareció olvidar de nuevo.

Hubo un día en que, antes del ocaso, uno de los aldeanos que era rácano y miserable hasta más no poder, decidió que nadie tenía porqué ofrecerle los escasos bienes a aquel charlatán desconocido. Así, cuando todo el mundo se hubo recogido en sus hogares, él salió y tomó todas las cosas que le habían dejado al lobero para sí mismo y se metió corriendo en casa. Esa noche, aparecieron los lobos una vez más y el lobero volvió a espantarlos, como ya se había hecho costumbre. Pero después, no se quedó allí parado. Se encaminó hacia una casa y llamó a la puerta.

Miedo tenía la anciana que allí vivía de abrirle, tanto a él como a sus dos fieras. Pero aun así y sin mucho dudarlo, abrió la puerta de su casa en plena noche a quien llamaba. Se encontró frente al lobero, quien habló así a la anciana:

-Poco me habéis dejado hoy como pago. ¿Es que ya no os asustan los lobos o acaso creéis que no merezco pago alguno por guardaros de ellos?

-

La anciana advirtió el acento del lobero y observó que su tierra natal no debía de hallarse muy lejos de aquella en la que ahora estaba. Los dos lobos estaban a cierta distancia, sin moverse ni proferir sonido alguno, pero atentos a todo cuanto les rodeaba. Tal era el poder sobre ellos del lobero.

-Os aseguro, buen hombre, que os dejamos carne, pan y un poco de queso y sidra como cada día. Yo misma, junto a mi sobrina; que vive aquí conmigo y junto a otras mujeres de la aldea, os dejamos vuestros manjares en el sitio de siempre. Alguien debe de haberos robado. - dijo la

anciana con la voz un poco temblorosa.

-Alabo vuestra bravura y generosidad, así como vuestra sinceridad, buena anciana. - dijo el lobero. - ¿Y no tendríais, por caridad, algo más que darme? -

-Pocas cosas tenemos mi pobre sobrina y yo aquí, lobero. Desde que falta mi esposo, poco hay en esta casa. Pero puedo daros algo de caldo, aunque esté frío. Le diré a mi sobrina que lo vuelva a calentar. -

-No os molestéis. Yo lo calentaré en una hoguera. Y os doy gracias, buena señora. - respondió el lobero.

Tras esto, el lobero se despidió de la anciana y le dijo que atrancase bien la puerta por las noches. Se encaminó a la linde del bosque, donde nadie lo viera y allí encendió la hoguera. Pero al caldo agregó algo que parecía manteca que llevaba en un saquito que tenía al cinto y lo calentó al fuego. Tornáronse azules las llamas de la lumbre a medida que aquel ungüento se iba calentando y, al fin; cuando aquello era una pasta hervida y maloliente, se lo bebió de un solo trago.

Se adentró el lobero en lo profundo del bosque el resto de esa noche. Al llegar a un claro, se despojó de todas sus vestiduras, excepto la piel de lobo que traía sobre la cabeza. Se subió a una roca y con un pico de pedernal se cortó en la palma de la mano y luego le hizo un corte superficial a uno de sus lobos, bebiendo su sangre y dándole a beber la suya al animal. Comenzó a jadear y a proferir ensalmos en lengua desconocida. Sus dos enormes lobos gruñían a sus pies.

Entonces el lobero se puso a cuatro patas, como un animal. Sus ojos brillaron con un resplandor amarillento, abrió la boca y de ella salió un alarido más de animal que de hombre. Nadie lo vio, pero sí se escuchó aquel alarido que a todos llenó de espanto. Nada más pasó esa noche.

Al día siguiente, una doncella de la aldea que había salido a por leña al bosque, se adentró un buen trecho en el mismo y fue a parar al mismo claro del bosque en el que el lobero había realizado su orgía pagana la noche anterior. La muchacha vio sobre una roca una mancha de sangre y una sustancia bituminosa y maloliente, la cual iba dejando un rastro por un sendero que conducía hasta una cueva.

Como estaba en pleno día y era en verdad un día soleado de verano y como la muchacha era muy curiosa, siguió el rastro de aquella mezquindad putrefacta hasta la cueva, por ver qué era. Al llegar a la entrada de la cueva, sintió frío y un poco de miedo y le parecía escuchar una especie de respiración o jadeo entrecortado.

Un impulso irresistible se apoderó de la muchacha y decidió adentrarse en la cueva. Anduvo hasta llegar a lo profundo de la garganta. Allí, a oscuras, sintió una presencia amenazante, como de una bestia enorme y quiso huir, mas no pudo. Unas garras enormes de una fiera la asieron con violencia y le desgarraron las ropas. Ella gritaba, mas nadie podía oírla. Y nadie la volvería a oír ni a ver jamás.

Pasaron un par de días desde la desaparición de la muchacha y algunos jóvenes lo comentaban en el pueblo. Y es que aquella muchacha vivía sola y no se había casado aún. Además, era muy bella y muchos de aquellos jóvenes la habían pretendido en vano. Bromearon diciendo que siempre había sido un poco bruja y que quizá se había fugado con el lobero. Riéronse todos y no pasó de ahí la cosa, como si nada se hubiera perdido.

Una noche en que había luna llena, el lobero volvió a aparecer como siempre en la aldea. Parecía agotado, pues venía andando muy despacio. Al contrario que otras veces no permaneció de pie, sino que se sentó en el suelo, flanqueado por sus dos fieras. Vio que le habían dejado algo de carne, la cual cortó en tres trozos, dándoles dos de ellos a sus lobos. El otro lo guardó para sí mismo. La gente dormía, pues ya hacía mucho que se acostumbraron a su presencia en la aldea.

Esa noche, sin embargo, los lobos volvieron a atacar. Apareció una feroz manada y viendo al lobero y a sus dos congéneres parados en el centro de la aldea, esta vez se acercaron a donde estaban. La manada rodeó al lobero, pero ningún lobo parecía querer atacarle. Empezaron a olfatear y a gruñir. Sin embargo, esta vez el lobero no tuvo que hacer ademanes ni pronunciar sus extraños ensalmos. La manada de lobos se dispersó entonces y echó a correr al monte.

Resultó que el lobero aquella noche decidió llamar a la puerta de otra casa. Por puro azar, fue a dar con el hogar donde vivía un matrimonio. Y el marido era el miserable que a veces le robaba sus provisiones. Cuando éste se asomó a las rendijas de la puerta y vio al lobero y sus dos deformes bestias allí de pie le dio un vuelco el corazón. A pesar de estar henchido de espanto, abrió su puerta por algún extraño impulso que no pudo controlar. Y entonces, el lobero le habló así:

-Desearía, buen hombre que, por caridad, me dieseis algún ternero o incluso una vaca, pues veo que tenéis muchas y que parecéis persona cabal y generosa. -

- ¿Pero cómo osáis? No. No puede ser. Ni hablar. Marchaos con vuestros lobos y demonios y dejadnos en paz. - respondió el miserable ganadero alborotado.

-Mirad que os conviene darme lo que os pido. ¿Queréis que vuestros ganados sean atacados? ¿Pensáis acaso que no sé qué sois vos quien me

roba las limosnas? Pagad de una vez, bellaco miserable. -

Y esto diciendo, el lobero se adelantó dos o tres pasos penetrando en la casa del ganadero. El otro porfiaba porque se fuese y por no pagarle lo que le pedía. Entonces el lobero, con una fuerza descomunal, asió del cuello al ganadero, lo sacudió en el aire como si fuera hecho de alfeñique y lo lanzó afuera de la casa. Allí, el ganadero lo miró con un inmenso pavor y comenzó a proferir alaridos de terror pidiendo auxilio. Con un chasquido de los dedos del lobero, sus deformes fieras se abalanzaron sobre el ganadero y lo destrozaron haciéndolo jirones y devorando incluso las ropas y los huesos.

A tales escándalos nocturnos, vino a despertarse y salir del aposento la esposa del ganadero, pudiendo contemplar parte de la escena con inmenso horror. Ella, sin embargo, vio cómo el lobero se despojaba de sus ropas y se ponía a cuatro patas, como un animal. Ella lo contempló paralizada por la fascinación y el terror. Entonces al lobero comenzaron a brillarle los ojos, soltó un alarido, le brotaron infinidad de pelos por el cuerpo y sus miembros y facciones se deformaron convirtiéndose en una bestia medio hombre y medio lobo. No vio más en este mundo, pues aquella bestia se abalanzó sobre ella, arrancándole el camisón y luego jirones de piel. La devoró hasta el tuétano. Mientras tanto, la horrible bestia había dejado en el lugar de su transformación una hedionda sustancia bituminosa.

Tales gritos y ruidos en la noche no pasaron desapercibidos en la aldea. Varios aldeanos salieron armados con hoces, horcas y guadañas de sus casas y se encontraron con el mayor de los espantos. Vieron a los dos lobos deformes devorando los sanguinolentos despojos del ganadero, el cual era una masa irreconocible de carne, huesos y sangre. Cuando intentaron acercarse, vieron que de la casa salía una feroz bestia con trazas de ser lobo y hombre. En vano trataron de atacar a las tres fieras demoníacas, pues éstos se abalanzaron también sobre todos ellos con ferocidad, mordiendo y desgarrando. A dos aldeanos más abatieron las fieras esa noche, mientras que el resto, impotentes, huyeron refugiándose en sus casas.

Antes de despuntar el alba ya habían desaparecido los vestiglos. Cuando hubo amanecido ya del todo, varios de los aldeanos formaron otro grupo y decidieron ir rápidamente a la ciudad más cercana para dar noticia de cuanto había pasado a la Inquisición y a la Santa Hermandad. Relataron todos los hechos, desde la aparición del lobero y sus fieras endemoniadas, hasta lo acontecido la anterior noche, por lo que tanto La Inquisición como la Santa Hermandad determinaron de poner a aquel individuo en rebeldía y de enviar patrullas a buscarlo.

Mientras tanto, por la aldea no volvió a aparecer el lobero. Ni tan siquiera una noche en la que los lobos mataron cuatro ovejas, dos cabras y

algunas gallinas.

Allí llegaron, una tarde, varios hombres armados de espadas, hachas y ballestas de la Santa Hermandad, los cuales iban acompañados por dos frailes y por la partida de aldeanos que habían ido a avisarlos. Todos los hombres de la aldea, junto con los frailes y los hombres de la Santa Hermandad decidieron ir a buscar al lobero por los alrededores para capturarlo e interrogarlo.

Antes de eso, los dos frailes observaron la casa donde el ganadero y su esposa habían sido atacados. Aún podían verse manchas de sangre y una sustancia bituminosa y maloliente. Santificaron aquel lugar y lo cerraron con tablas y gruesos maderos y, después, hicieron lo mismo con las tumbas del matrimonio en el camposanto. En el lugar donde el lobero solía aposentarse para realizar sus rituales, colocaron una cruz hecha con maderas, sobre la que aplicaron frutos de enebro y verbena, mezclados con santos óleos. Tras esto, todos decidieron encaminarse al monte para dar caza a aquel licántropo, pues así lo llamaron los frailes, junto a sus dos demonios.

Iban armados de antorchas, pues ya oscurecía e iban a necesitar de luz para alumbrarse en la noche y también para ahuyentar a las bestias con el fuego. Los hombres de la Santa Hermandad que iban armados de ballestas, llevaban unos virotos cuya punta estaba hecha de plata y que los frailes habían santificado. Peinaron el monte y los alrededores durante la noche entera, hasta que les sorprendió la mañana, mas no hallaron cosa alguna.

Ya se hallaban cerca del mediodía cuando fueron a dar a un claro del bosque. Allí, sobre una roca, los frailes vieron los restos secos y tenues, pero aún perceptibles de la sustancia extraña que habían encontrado en casa del infortunado ganadero y su esposa. Desde allí había un sendero, el cual siguieron hasta la entrada de una cueva, en donde hallaron el rastro de la sustancia aún más fresco.

Determinaron entonces de entrar en la caverna, no sin antes volver a encender sus antorchas para ver bien. Despidieron a los aldeanos y entraron tan sólo los de la Santa Hermandad y los dos frailes. Éstos dos iban haciendo ensalmos y rezos, mientras iban vertiendo agua bendita por los ángulos de las paredes de la gruta, hasta que se quedaron sin ella. Luego, sacaron sendas cruces de plata de sus cinturones y los blandían como si fuesen armas.

Descendieron todos hacia una galería profunda y amplia de la cueva, en donde advirtieron un olor pútrido que los llenó de espanto. Pero de mayor espanto fue descubrir que, por las paredes de la cueva y clavados en estacas, había restos de animales y de humanos roídos por alguna clase de alimañas, que ya estaban podridos. Había restos de pieles

ennegrecidas ya algunas y de huesos. En el fondo de aquella infame galería advirtieron que se movían tres figuras en las sombras. Dos parecían lobos, más grandes de lo normal y deformes. Mientras que, la otra figura era de una enorme bestia, que parecía hombre, pero tenía características de animal.

Todos sacaron sus armas y se pusieron en guardia. Ambos frailes, blandieron sus cruces de plata sobre sus cabezas y empezaron a orar en voz alta. Los ballesteros no dudaron un instante y acribillaron a los dos lobos deformes, los cuales cayeron pesadamente al suelo de roca y de ellos brotó la sangre. El lobisome, se irguió y aulló de furia, pero no se movió. Estaba como hipnotizado por la acción de los crucifijos de plata. Hasta que, en un punto, dio un enorme salto y se abalanzó sobre uno de los frailes, al que desgarró la garganta de un zarpazo. El otro fraile soltó su cruz y echó a correr dando gritos de terror. Consternados y antes de que la bestia pudiera atacar de nuevo, los de la Santa Hermandad, recargaron las ballestas y llenaron de virotes aquel cuerpo que se agitaba furioso y dolorido. Aún hirió de muerte a tres hombres más antes de ser abatido por las espadas.

La escena que siguió fue de pesadilla. Vieron que la bestia se encogía y se quedaba sin su pelambre enmarañada, mientras bajo el cuerpo se formaba un charco pestilente de aquella mezquindad ruinosa. Vieron allí tendido a un hombre alto y musculoso, desnudo y atravesado por virotes, el cual allí mismo se disolvió, se pudrió, quedando tan solo un enorme charco de una sustancia bituminosa y maloliente.

Hay que decir que la Inquisición juzgó a un desconocido in artículo mortis por lobisome, que la aldea en la que se dieron aquellos sucesos quedó desierta y desapareció para siempre tiempo después y que, a partir de entonces, las gentes temieron la noche y sintieron pavor cada vez que una figura en la noche llamaba a su puerta e iba acompañada de lobos o adornada con la piel de éstos.

Ayudad al lobero o temedle. Y si lo veis, corred. Pues nada bueno augura.

## II

Mucho leí aquella noche en el primero de los bestiarios. En verdad que el viejo librero había hecho una exhaustiva compilación de fieras y vestiglos en esos libros. Estuve hasta bien entrada la noche leyendo historias de bestias mitológicas, lobisomes y vampiros, entre otras criaturas demoníacas e imposibles. De todos, el relato del lobero me pareció el más reseñable, por lo que lo marqué en las páginas del bestiario y quedó a

fuego en mi memoria.

Y en verdad que era tarde. Tanto que estaba agotado, aunque al menos, los vapores de la cerveza se disiparon de mi mente. Pero ahora, en mitad de la noche, me visitarían mis propios demonios. Visiones maravillosas de una vida pasada se emborronarían y se irían distorsionando, corrompiéndose y transformándose en horribles pesadillas sin dormir siquiera.

En la habitación que tenía por estudio tenía yo un catre con dos mantas, por lo que decidí quitarme las ropas y meterme en el catre a dormir. O al menos intentarlo. Allí, en la más inmensa oscuridad y el silencio más absoluto quedé tumbado. Pero pronto, acudieron a mí en tropel imágenes de Doña Celia, de sus ojos verdes llenos de vigor, de su suave piel de alabastro, de su sonrisa y de su voz cálida de soprano. Luego la vi atacada por lobos y fieras, aunque eso nunca pasó. Pude verla en su ataúd, aún bella y luego la vi invadida y roída por gusanos. ¡Qué horribles visiones tuve esa noche! Todas sucediéndose en horrible tropel tras un pensamiento feliz. Muchas veces ansié que el espectro de Doña Celia apareciese y me arrastrara a donde quisiera que estuviese.

Hubo un momento de paz y sosiego, en el cual ya me hallaba yo casi rendido y en brazos del sueño, cuando de pronto escuché un ruido, como de brisa, que provenía del pasillo y del fondo de éste, para ser más exactos. No quise darle demasiada importancia, pues no tenía deseo alguno de levantarme. El ruido persistió. Lo escuché aún con más violencia. De manera que decidí levantarme por ver si tenía abierta alguna ventana y había corriente. Alguna corriente que produjese aquel violento lamento.

Anduve por el pasillo, que conducía a la habitación en la que yo estaba, en sentido contrario y en dirección a la fuente de aquel ruido. Por el camino comprobé que ninguna ventana del pasillo estaba abierta, por lo que el ruido debía de provenir de alguna otra habitación. Cuando llegué al final del pasillo, donde tenía un pequeño cuarto de baño, pude ver en la semioscuridad cómo se entreabría la puerta, por lo que aquella debía de ser la habitación del ruido. Observé, empero, un extraño fenómeno. Un espejo de algo más de un pie cuadrado, el cual yo usaba para afeitarme; cuando lo hacía, aparecía flotando en el vacío. No pude dar crédito a lo que veía y se lo atribuí al mucho cansancio y al alcohol y las medicinas. Vi cómo el espejito daba dos vueltas en el aire y sobre sí mismo, hasta que finalmente se precipitó al suelo y se hizo añicos. Pero aquello no fue todo. Creí ver un torso humano y estilizado, una sombra que se asomaba por la puerta. Y era sólo un torso, pues no había piernas sobre las que se sostuviera. La puerta se abrió de par en par. Lo vi extender sus brazos y venir hacia mí. Una sombra negra sin piernas. Estaba yo paralizado por el

horror. Creí morir.

Pero desperté. Desperté gritando y empapado en sudores fríos. Todo había sido un sueño, un delirio sin sentido alguno. En algún punto hube de quedarme dormido y lo había soñado todo. Sin embargo, el ruido de la brisa lo oía. Decidí no moverme de allí donde estaba y totalmente desvelado, retomé mis lecturas.

## EL HOMBRE PEZ

Por tierras del Norte se cuenta la leyenda de un hombre de Liérganes, el cual vivió a mediados del Siglo XVII y del que se dice que fue un hombre pez. Este muchacho respondía al nombre de Francisco de la Vega Casar y era el segundo hijo de un matrimonio de la antedicha localidad cántabra.

La leyenda cuenta que, en la víspera de San Juan del año de mil y seiscientos y setenta y cuatro, el joven se fue a nadar al río Miera con sus amigos, ya que según parece, era un excelente nadador y adoraba estar en contacto con el agua.

El muchacho, despojado de sus ropas, nadó río abajo hasta que sus compañeros lo perdieron de vista. Después de unas cuantas horas, en las que vieron que no volvía, sus compañeros apesadumbrados, lo dieron por ahogado.

Unos cinco años más tarde de aquel suceso trágico, resultó que unos pescadores en Cádiz avistaron por varios días una criatura en el mar que parecía un hombre, pero tenía más rasgos de pez, tales como escamas y una piel pálida. Decidieron capturarlo, cebándolo con trozos de pan y de carne. Y así le echaron las redes. Al izar aquella captura, comprobaron en efecto que se trataba de un hombre extraño y corpulento, cuyas escamas le cubrían toda la espalda y desde la garganta hasta el estómago. Su cabello era ralo y de un tono rojizo. Y tenía las uñas gastadas, como si el salitre las hubiese corroído de alguna forma.

Llevaronle los pescadores a un convento en donde los frailes conjuraron a infinidad de espíritus, por ver si era una criatura maligna. Lo interrogaron en varios idiomas, sin obtener respuesta alguna. Hasta que la criatura, tras varios días, sólo dijo una palabra: "Liérganes".

La noticia de que aquel extraño ser había hablado corrió como un reguero de pólvora por todo Cádiz, mas nadie sabía qué quería decir con esa palabra. Dio la casualidad de que en Cádiz se hallaba un joven cántabro trabajando, el cual dijo que en el lugar de donde él procedía había un pueblo que se llamaba Liérganes. Incluso un tal Domingo de Cantolla, alto cargo de la Inquisición pudo corroborarlo, ya que él mismo era de ese

pueblo.

Tras hacer algunas averiguaciones en el propio Liérganes, convinieron que tal vez la extraña criatura pudiera tratarse del desaparecido hacía cinco años Francisco de la Vega Casar, por lo que los frailes determinaron de acompañarlo hasta aquella localidad cántabra.

Cuentan que, al llegar al Monte de la Dehesa, el cual se halla a una considerable distancia de Liérganes, un fraile ordenó a la silenciosa y extraña criatura que se adelantase un trecho. Entonces, el extraño hombre pez, llegó a Liérganes por sí solo y se encaminó a una casa en concreto. Aquella en la cual vivía María Casar con los hijos que aún le quedaban. Nada más verlo, la mujer reconoció a la criatura como su hijo Francisco y lo estrechó entre sus brazos, prorrumpiendo en sollozos de alegría. Al ver que la criatura parecía también sollozar de alegría todos convinieron en que se trataba del joven Francisco y allí lo dejaron.

Y allí vivió, junto a su familia, sin mostrar especial interés por nada, aunque hacía toda clase de recados que le mandaban. Siempre iba descalzo y no hablaba. Además, solía ir en pelota a no ser que lo vistieran casi por fuerza. Nunca hablaba, salvo algunas palabras aisladas, tales como "pan" o "tabaco", pero no fumaba y sólo comía peces y carne, para luego estar sin comer durante días. Las gentes lo creyeron loco, pues sólo mostraba interés por la mar a la que un día volvería. Y, en efecto, tras nueve años que pasó en Liérganes, un día se zambulló en el agua y desapareció para siempre.

Esta historia del Hombre Pez de Liérganes es excepcional, sin duda alguna. Pero ni mucho menos ha de tratársela como un caso único o aislado. Las historias de hombres peces se cuentan por millares y trascienden las fronteras. Se habla de estos casos no sólo en España, sino también en los países nórdicos, en Inglaterra e incluso en Alemania, en Polonia y en Lituania, por poner algunos ejemplos.

Estas criaturas, que a excepción del de Liérganes, son generalmente malignas, pertenecen a una familia de seres necrófagos acuáticos a los que se conoce como Hombres Pez, Sumergidos, Anegados, Brujas del Agua, Chochas del Pantano, etc. Fue una suerte que al de Liérganes lo encontrasen cuando aún no había completado su metamorfosis y conservaba gran parte de sus rasgos humanos.

Los Hombres Pez, llamémoslos así; son criaturas necrófagas, es decir que se alimentan de cadáveres, las cuales surgen por lo general, cuando una persona resulta ahogada. En ocasiones, los ahogados nunca aparecen y sus cuerpos van a dar a lugares malditos o impregnados de algún poder. Entonces, en lugar de pudrirse o ser comidos por los peces o cangrejos, estos seres, reviven de alguna forma y se transforman lentamente en

estas criaturas.

Un Hombre Pez presenta todas las características físicas de una persona ahogada. Su piel suele aparecer arrugada y blanquecina, con livideces rosadas. A veces presenta una textura jabonosa. Y a medida que avanza pueden surgir escamas. Por lo general el cuerpo se hincha y presenta signos como de putrefacción. Su metamorfosis se da durante años. Y, a diferencia del de Liérganes, los Hombres Pez, suelen ser criaturas malignas, que ahogan a los desprevenidos que encuentran y se alimentan de ellos. También suelen devorar peces que capturan en las aguas con sus propias manos. Estos seres, además, no viven sólo en el mar. También pueden habitar ríos o pantanos. E incluso cuevas donde haya corrientes subterráneas.

Sucedió un caso, allá por mil doscientos y cuarenta y cuatro, en una remota aldea del centro de Europa, de una mujer que fue a lavar sus ropas al río, cerca de la linde de un bosque antiguo. Dicha mujer era bellísima y muy alegre, parecía haber inventado la vida, como suele decirse, pues rebosaba vitalidad. Resultó que esta mujer, lavando la ropa un día, como hemos dicho, se resbaló con el barro y cayó al río, golpeándose al mismo tiempo la cabeza con una roca. Quedó inconsciente y murió ahogada, pues nadie había alrededor que pudiese ayudarla. Para colmo, parece ser que fue arrastrada por la corriente y nunca la encontraron.

Un tiempo después, un viejo pescador se aventuró al lugar exacto en el que la mujer había desaparecido. Allí se sentó con su caña y esperó a que picaran los peces que le servirían de alimento. Ya llevaba un buen rato allí, cuando algo picó, pero debía de ser enorme y no podía sacarlo. Tiró de la caña con violencia y con todas sus fuerzas, mas no había forma en que pudiese sacar aquel enorme pez, o lo que quiera que fuese.

Entonces, se escuchó un borboteo extraño y vio burbujas en la superficie del agua. Y de allí surgió la más horrenda visión de su vida. Y la última. Lo que parecía una mujer, totalmente desnuda, pero con la piel blanquecina, arrugada e hinchada apareció ante el viejo pescador. Parecía como que tenía escamas también y olía a podredumbre. Aquella horrenda visión lo agarró con una fuerza descomunal, lo arrastró al río y allí lo ahogó, para devorarlo después hasta los huesos.

Muchos fueron los incautos que se aventuraron por aquel río y perdieron la vida de la forma más horrenda que se pueda imaginar. Pronto, en las aldeas y ciudades cercanas, empezaron a hacerse eco de las noticias sobre ese río y convinieron en que estaba maldito y que alguna clase de demonio o bruja vivía allí. Nadie sospechaba que se tratase de la bella mujer que se ahogó una vez allí, hace tanto tiempo. Simplemente, evitaban el lugar y sólo se aventuraban allí sacerdotes o caballeros que

querían probar su valía desencantando el lugar.

Se cuenta que fue un Caballero Teutónico, que respondía al nombre de Hermann, quien pudo librar el lugar de la presencia del monstruo. Acudió allí un día armado hasta los dientes y simplemente se sentó cerca de la orilla a esperar. Pasaron horas, pero finalmente, el monstruo apareció ante él. Vio una mujer de horrible aspecto, como el de los cuerpos de los ahogados que permanecen mucho tiempo en el agua. Desenvainó su espada y se dispuso a atacar a aquel ser, que se defendía con sus garras y dando dentelladas con unos afilados dientes.

Tras asestar un tajo con su espada a la criatura, el Teutónico titubeó al ver que aquel ser no sólo no dejaba de atacarle, sino que parecía hacerlo con más fiereza. Entonces el ser lo aferró con fuerza y lo arrastró al río.

El Caballero perdió su espada, arrastrada por la corriente y ya se daba por muerto, pero entonces reparó en una daga que llevaba en el cinto y se la hundió al monstruo en un ojo. Y así consiguió matarla. Vio que se hundía en el agua sin remisión, por lo que, tras librarse del abrazo mortal de aquella mujer monstruosa, se despojó de su armadura y salió desnudo a la superficie, nadando.

Fue recompensado con un título y el Gran Maestro de su Orden pudo interceder ante instancias superiores, para que le otorgasen aquellas tierras, que conocieron la paz al fin.

Se cuenta también el caso de un joven muchacho, el cual era un excelente nadador y adoraba estar en el agua. Se dice que aquel joven era capaz de alcanzar los barcos nadando y, en ocasiones, lo usaban para enviar recados y el correo a dichos barcos. Se decía que aquel niño era capaz de nadar como un delfín.

Un día, las proezas de este joven atrajeron la atención de nada menos que un Príncipe, quien lanzó al agua un exquisito cáliz de oro. El niño se sumergió en las aguas marinas y después de un buen rato salió con el cáliz de oro entre sus manos. Describió, además, a quien quiso escucharlo que, bajo las aguas, había hallado no pocas maravillas de flora y fauna, tales como corales y criaturas fantásticas. Entonces, el Príncipe le dijo al joven muchacho que le hablase más de aquellas maravillas y porque se volviese a sumergir, volvió a arrojar el cáliz al agua junto con un saco de monedas de oro.

El niño volvió entonces a sumergirse, tal y como había hecho antes. Encontró pronto el cáliz y lo recogió. Pero no pasó lo mismo con el saco de oro. Lo buscó y no podía verlo por ningún lado, hasta que reparó en una figura mitad mujer y mitad pez en las profundidades, la cual sostenía el saco con el oro en unas manos unidas por membranas. El niño se sobresaltó y quiso huir, pero le pudo la vergüenza de salir sin el oro y una

extraña fuerza que emanaba de la criatura lo retuvo allí donde estaba. Se fue acercando más y más a la mujer pez.

Hay quien dice que aquel niño simplemente se ahogó buscando los tesoros. Otros aseguran haberlo visto, nadando junto a los barcos. Y aseguran que posee una piel lívida y escamosa, así como manos con membranas. Incluso aseguran haberlo visto acompañado de una extraña criatura mitad mujer, mitad pez, tal y como es ahora él mismo.

Las historias de hombres pez pues, como hemos visto se cuentan por millares. Hemos querido reseñar aquí, tres que sean significativas y no todas malas. Podríamos decir, por dar un voto a favor de tales criaturas que, pese a que la mayoría de ellas son malignas y se dedican a cazar seres humanos desprevenidos que se aventuran en los misterios del agua, todas ellas son personajes trágicos, tristes, solitarios, retraídos; los cuales hallaron en el agua, de alguna manera, la paz que no pudieron hallar en tierra.

### III

Después de que hube leído estos asombrosos relatos sobre hombres pez, me sentía ya un poco más sosegado. Y todo, pese a que aún tenía en mi cabeza las terribles visiones que sufrí antes de dormirme y cuando al fin lo había conseguido. Por suerte, los efectos del alcohol ya se habían disipado por completo. Cerré el viejo bestiario, me tomé una medicina y decidí volver a meterme en la cama.

Debía ser una hora ya avanzada, pues ya se escuchaba el canto del gallo. Fue entonces cuando al fin pude dormir. Mas debía levantarme temprano aquella mañana, pues quería escribir lo que fuese y a como diera lugar.

Tuve unos sueños extraños y agitados, como ya era costumbre. Soñé con hombres lobo que me perseguían por el bosque; hombres y mujeres que salían de las profundidades del agua y me arrastraban al fondo; soñé con una sombra que me seguía a través del pasillo. Y también soñé con la bellísima Doña Celia, a quien había perdido. Soñé que estaba justo allí, en esa habitación. Yo escribía y le leía mis notas en voz alta y ella sonreía. Después soñé que ambos íbamos paseando por una playa. Cogí sus delicadas y blancas manos de dedos finísimos y besé sus rosados labios. Pero entonces, una gran ola vino y nos sepultó a ambos. La perdí en la inmensidad de un océano que se tornó negro por la oscuridad de la noche y de una tempestad.

Me desperté tarde. Ya debían de ser más de las nueve y media. Sentía dolor de cabeza y estaba empapado en sudores fríos. Así como estaba, en ropa interior, me levanté de un salto del camastro y me senté corriendo

en mi escritorio. Y así fue como comencé a escribir este extraño diario. Determiné, no sólo de relatar lo que iba aconteciendo en mi vida desordenada, sino también de contar con mis palabras lo que iba leyendo en los bestiarios del viejo librero.

Estuve escribiendo hasta bien entrada la tarde y estaba encantado de volver por fin a tener algo en que trabajar. Pero después de un buen rato en que me hallaba suspendido sin saber cómo seguir, decidí vestirme y salir a que me diera el aire. Y tal vez a tomar alguna nota e incluso varios tragos si se terciaba. Todo ello en el camino.

Así que salí de mi casa y me encaminé a una taberna que no estaba muy lejos de ella. Para llegar sólo había que pasar por entre un bosquecillo, el cual había sido en otro tiempo propiedad de mis tatarabuelos y a través del cual pasaba la vieja carretera. Decidí ir andando, pues brillaba el Sol y el aire era puro, plagado de aromas de flores primaverales y de hierba recién segada. Iba con cuidado y muy atento, pues a veces venían automóviles que cruzaban por esa carretera. Y en verdad que era muy estrecha. Alguna vez se produjeron atropellos o que alguno de esos automóviles se estrellase contra un árbol.

Ya veía cerca la vieja Iglesia del pueblo, cuyo campanario se podía observar desde la lejanía de mi casa, pero ahora podía admirar cada detalle de la majestuosidad del edificio, alzándose por encima de las copas de los árboles, por lo que supe que ya estaba cerca del pueblo.

Por fin, llegué a la linde del bosquecillo y vi las praderas que se extendían más allá, así como la Iglesia y el pueblo en toda su plenitud. Era este un pueblo pequeño, en lo que a demografía se refiere, pero grande en extensión. Sus casas descansaban todas en torno de la vieja iglesia y en lontananza, veíanse montañas verdes, plagadas de árboles. Y también algunas otras casas desperdigadas.

Crucé por al lado del cementerio de la iglesia y no pude evitar mirar de soslayo el viejo mausoleo de mis antepasados y algunas descuidadas tumbas salpicadas en torno del mismo. Incluso en la muerte hay estatus y ahí resultaba evidente cómo mi linaje había venido a menos. Un poco más allá, a lo lejos frente al mausoleo, descansaba la bella dama a la que amé con tanto fervor. Su tumba aparecía impoluta y adornada de flores frescas. Luché por desterrar de mi cabeza estos pensamientos y otros tales y apreté el paso. Anduve una calle y llegué a mi destino.

Ya debían ser las seis cuando llegué al pueblo. Las gentes aún seguían con sus quehaceres en los campos y las cuadras, por lo que apenas se veía un alma por las calles. Los comercios permanecían abiertos. Entré al colmado y compré tabaco y unas cerillas. Después entré en la taberna fumando y

pedí una cerveza.

La taberna era un sitio bastante acogedor donde las gentes del pueblo, después de terminar sus trabajos, se reunían. Allí tomaban sus copas y sus pintas y solían charlar animadamente y a veces hasta discutir, pero pocas veces peleaban, por suerte. Las veces en que ocurría solía ser por malentendidos o porque alguien hacía trampa a las cartas.

Apuré mi cerveza de tres o cuatro tragos y pedí otra. Y a esa siguieron otras tres o cuatro más. Me rasqué el bolsillo por ver si tenía más cambio para rematar la media borrachera, pero poco hallé en el mismo. Supuse que ya había bebido bastante. Cuando ya me empezaban a subir los vapores, decidí retomar el camino por el que había venido.

Se había hecho tarde, por lo que ya había oscurecido hacía un buen rato. Por suerte llevaba el abrigo puesto, porque había empezado también a helar y una ligera bruma cubría el pueblo.

Eché a andar y cuando pasaba de nuevo junto al cementerio, por alguna extraña razón me detuve a contemplarlo. Miré al viejo mausoleo familiar en estado abandonado y las tumbas desvencijadas de mis antepasados más cercanos que se desperdigaban en torno al edificio. Siempre me decía a mí mismo que tendría que acicalar esas tumbas y el panteón algún día, pero la flaqueza de mi cartera y de mi ánimo, así como el hecho de vivir solo y sin otros parientes vivos, me lo impedían. La bruma cubría toda la estampa y por un instante imaginé a los esqueletos de mis parientes levantándose y viniendo al lugar en que yo estaba, más allá del murete que servía para acordonar el camposanto. Imaginé los fuegos fatuos flotando y haciendo cabriolas en aquella atmósfera. Luego, eché una mirada a la tumba de Doña Celia y exhalé un largo suspiro.

Entonces, por alguna extraña razón que no comprendí salté por encima del murete y entré de lleno en el cementerio. Caminé alrededor de las tumbas de mis ancestros. Puse derechas algunas cruces, retiré telas de araña y hojas secas, enderezando cada una lo mejor que pude con mis manos desnudas.

En el bolsillo, en un llavero con las llaves de mi casa, tenía también la llave del panteón y la del candado de la cancela de hierro. Decidí encajar la llave en el candado herrumbroso y abrir la verja, que chirrió como si del lamento de algún difunto se tratase. Tras ella, se hallaba una gran puerta de madera de roble, la cual resistía guardando los restos de mis ancestros desde el siglo dieciséis, mientras que quienes dentro se hallaban no eran más que viejos huesos carcomidos y luego serían polvo. Abrí esta puerta con la llave del mausoleo y empujé la hoja con gran esfuerzo, pues los goznes estaban duros y herrumbrosos y la madera había dilatado. La

puerta cedió a mis fuerzas haciendo un gran ruido.

El viejo mausoleo estaba oscuro como las fauces de alguna infame bestia. No se podía distinguir nada dentro. Entonces, recordé que cuando era niño, mi abuelo y mi padre dejaban una antigua lámpara junto a un ángulo de la mampostería, al lado de la puerta. Dicho ángulo era lo suficientemente pronunciado como para apoyar tal objeto en su superficie. Y allí lo hallé. Tanteé con cuidado, por no tirarlo al suelo y que se rompiera. Cuando pude echarle mano, lo agarré por el asa, lo abrí y encendiendo una cerilla, pude prender el farol. Me alegré de que después de tanto tiempo aún funcionase, pues nadie había entrado allí desde que murió mi abuelo.

El mausoleo se iluminó con una luz trémula y pude ver allí las tumbas de todos mis antepasados. Observé las inscripciones. Desde uno que luchó en Alarcos y después en las Navas de Tolosa, pasando por otro que estuvo en la toma de Granada. Uno que se fue en viaje a lo desconocido con Juan de la Cosa y con Colón. Otro que marchó a Cuba en los tiempos de Carloquinto. Y así, sucesivamente. Sentí una pincelada de orgullo y me prometí a mí mismo de adecentar aquel viejo mausoleo en cuanto tuviera más dinero. En este punto, se apoderó de mí la vergüenza por no haber tenido éxito en esta vida y decidí dejar allí a esos grandes ancestros reposar. Qué sentirán ellos al verme, me pregunté; si es que podían ver o sentir nada allá donde estuviesen.

Me llevé la vieja lámpara conmigo y posándola sobre la tumba de mi abuelo, cerré la enorme puerta, otra vez con gran esfuerzo y tras de ella la cancela de hierro con el candado.

Tras esto, volví a agarrar la lámpara y me fui acercando, con paso tembloroso pero decidido, al otro extremo del cementerio, en donde se hallaba reposando aquella a la que tan tiernamente amé. Su tumba se hallaba muy bien cuidada, sin hojas secas sobre la losa ni la lápida, en la cual habían esculpido un ángel de figura femenina de una gran belleza. Entre la niebla y la trémula luz del farol, me pareció como si aquella figura fuese la de mi adorada, pero me desengañé cuando me fui acercando más.

Me quedé allí, de pie, observando la tumba. El día del funeral no había podido acudir, por razones obvias. Salvo en la noche, cuando todos se habían ido. Pero simplemente me limité a observar desde afuera del cementerio y a lamentar allí mi gran pérdida. Me había enamorado de lo inalcanzable y ella me correspondía. Pero estuvimos juntos unos días tan solo. A partir de entonces ella me evitaba por temor a su marido y a sus padres. Decidió tomar distancia por eso y en sus propias palabras: "si estuviéramos juntos todo se estropearía. Y para mi eres lo más importante. No quiero perderte. Es mejor así." Eso me lo dijo la última vez que estuve con ella. Y ésa era la última frase de las cartas que me

escribía. Ella era dos años mayor que yo y diez más joven que su marido. Y murió joven. A los veintisiete años.

Mientras estaba embebido en estos recuerdos y pensamientos, de pronto me pareció escuchar un ruido, como el removerse de una losa. En principio no le di crédito al asunto, creí que era una alucinación. Pero entonces volvió a sonar y supe que provenía precisamente de esa tumba. Retrocedí unos pasos y al hacerlo tropecé con mi talón sobre otra tumba y caí de espaldas cuan largo era. La lámpara se rompió. Volví a escuchar el ruido de nuevo y creí ver una rendija abierta en la tumba. Rápidamente me incorporé, volví la espalda a la tumba y comencé a correr en dirección al murete, el cual sorteé de un salto como si ahora fuese todo un atleta. Pero entonces me detuve en seco y miré en dirección a la tumba de reojo. Entonces, me pareció ver una sombra que salía del interior y que venía muy presto en mi dirección. Así que eché a correr al interior del bosquecillo, atravesando la penumbra y la niebla, mientras escuchaba el crujir de los árboles mecidos por el viento.

Corrí como ánima que el diablo lleva. Hasta la extenuación. Entonces, tropecé con la raíz de un árbol que invadía la estrecha carretera y caí de bruces, una vez más cuan largo era. Me invadió la oscuridad y antes de perder el sentido, sentí sobre mí una ligera brisa y la presencia de aquella sombra.

Cuando recobré el sentido estaba en casa, en mi cama. Sentía un terrible dolor de cabeza y una gran sequedad en la boca. Además, tenía una magulladura en un brazo y en la frente. Al caer supongo que me las había hecho. Pero quién me trajo a casa y cómo lo ignoraba.

Escuché unas pisadas en el pasillo y temí que la sombra siniestra que me perseguía, bien fuese producto de mi mente o real, apareciera tras la puerta. Pero no fue así. La puerta se abrió y apareció una hermosa mujer de cabellos negros y rizados, cuyos azules ojos me deslumbraron con su belleza.

- ¿Quién... quién es usted? - pregunté aturdido- ¿Cómo ha entrado en mi casa? -

-Soy su vecina. He comprado la casa que está a unos cien metros de la suya. Y he entrado con una de las muchas llaves que lleva en el bolsillo. -dijo ella de manera casi irónica.

- ¿Cómo hemos llegado a casa? Quiero decir... ¿cómo me encontró?, ¿dónde...? - yo estaba aún más aturdido si cabe.

-Yo conducía de camino a casa y lo vi tirado en la carretera. Pensé que estaba muerto, pues estaba pálido y helado. Advertí que respiraba y lo subí a mi automóvil con gran esfuerzo. Le reconocí, pues le he visto a

veces en su casa y por el pueblo. Le traje hasta aquí y hurgando en su bolsillo encontré sus llaves. Ahora no pregunte más y descanse. Yo debo irme, pues veo que ha recobrado el sentido. Vendré por la mañana a verle. Y un consejo, si me lo permite. No abuse del alcohol. - repuso ella y se fue sin más.

Permanecí largo tiempo meditando qué demonios pudo haberme pasado y, lo más importante, quién podría ser esa mujer. Me pregunté si no me estaría volviendo loco. Las magulladuras y dolores que ahora tenía eran reales. Y aquella mujer también, desde luego. Pero qué demonios era lo que vi o creí ver en el cementerio y luego me persiguió hasta el mismo bosque. Me tomé una de mis medicinas y me levanté aprisa para ir corriendo a mi estudio, pues sentía la necesidad no sólo de escribir, sino también de seguir leyendo los bestiarios.

## EL BUSGOSO

Existen infinidad de leyendas acerca de unas criaturas que habitan los bosques, junto con otras muchas. Pero en este caso nos vamos a centrar en la historia de unas criaturas en particular, las cuales reciben el nombre de busgosos, o musgosos; depende del lugar en el que se encuentren.

Estos musgosos son relictos los cuales, como ya se ha dicho, habitan en los bosques y se dedican a proteger la flora y la fauna. Se asemejan mucho a los sátiros de la mitología griega, salvo en que los musgosos tienen un tamaño gigantesco. Son seres con cuernos y con patas de cabra. Tienen largas y espesas cabelleras y barbas, de un color a veces verdoso y a veces rojizo, como las hojas de los árboles en primavera u otoño. Incluso hay quien dice que se los ha visto ataviados con trajes de musgo verde y sombreros hechos con hojas. Pueden ser tan altos como un roble e igual de fuertes. Suelen habitar no sólo en lo profundo del bosque, sino también en cuevas.

Estos seres suelen ser enemigos de los leñadores y cazadores que se aventuran en los bosques y, en ocasiones, es posible que los ataquen con fiereza. Aunque, por lo general, los musgosos suelen ser pacíficos, son muy territoriales y, si se les provoca, el resultado suele ser fatal. En muchas ocasiones, persiguen a quienes no respetan su territorio, a veces los extravían en el bosque, los despedazan con su fuerza cuando los alcanzan y también raptan a las mujeres de las aldeas, por refocilarse con ellas.

En algunos lugares, se cuentan historias de busgosos que son buenos y ayudan a los leñadores, siempre que no abusen del bosque; o a aquellos que se pierden en la espesura, guiándolos hacia su destino. Lo hacen tocando extrañas y melancólicas melodías con unas flautas que llevan

consigo. También arreglan cabañas en el monte y fuentes o abrevaderos.

Como vemos, el bien y el mal no sólo se halla en pugna en nosotros los humanos, sino también en las criaturas fabulosas o mitológicas. Y es menester que así sea, pues la naturaleza, la propia vida, siempre conseguirá hallar por sí sola el equilibrio entre ambas fuerzas y hacer que el ciclo siga prosperando.

Dicho esto, se cuenta la historia de una antigua aldea en la montaña, que existió en algún lugar allá por el año de mil y doscientos, en la que vivían gentes dedicadas a la caza de venados y a los trabajos de la madera. Una actividad les proporcionaba el principal alimento, mientras que la otra les daba una buena fuente de ingresos a través del comercio con otras aldeas o incluso las ciudades. Siempre había demanda de madera de roble, por lo que la aldea pronto empezó a prosperar hasta alcanzar, en un momento determinado, el estado de villa. De manera que ahora tendría incluso mayor prosperidad y el privilegio, entre otros, de celebrar Ferias o Mercados. Aquella villa fue creciendo más y más, pues cada vez venía más gente a asentarse y en busca de trabajo. Y llegó un momento en el que cada vez había que traer más caza y madera a la villa, para poder satisfacer la demanda creciente.

Un día unos cazadores se adentraron en lo profundo del bosque, siguiendo el rastro de unos ciervos. Se fueron adentrando más y más en la espesura, mientras rastreaban a los animales y mientras iban preparando sus arcos, para abatir a cualquier presa que se les cruzase o con la que dieran. Entonces comenzaron a oír los pasos de unas pezuñas entre la maleza y los árboles. Y aquella pieza debía de ser enorme según parecía. Todos los arcos estaban tensos y apuntaban en la dirección en la que venía el sonido. Las ramas y arbustos empezaron a agitarse y los cazadores aún esperaron el momento en que aquella pieza se dejase ver.

Entonces, allí apareció un ser enorme. Pero no era un ciervo, sino una criatura de aspecto sobrenatural. En efecto tenía pezuñas, en lugar de pies. Unas pezuñas enormes y unas musculadas patas de cabra, cubiertas de un pelo entre pardo y rojizo, como las hojas en otoño. Aquellas patas se alzaban hasta una cintura estrecha, que se unía a un torso musculado y velludo. Los brazos eran como de hombre, pero más grandes; parecían troncos. Unas manos enormes con uñas largas y negras que se cerraron en sí mismas, mostrando los puños. Unos puños como la cabeza de uno de aquellos cazadores. El ser tenía un cuello robusto, que llegaba hasta una enorme cabeza con cuernos retorcidos como los de un carnero. Sus ojos eran de un color amarillo refulgente; la nariz corva, en un rostro cetrino, el cual estaba cubierto de una barba larga y espesa de un color entre rojo y parduzco, al igual que su melena y el resto de pelos de aquel cuerpo.

Los cazadores estaban como petrificados contemplando aquel horror. Aun así, seguían apuntando con sus arcos y flechas hacia el ser. Nadie se movió, ni siquiera la criatura. Hasta que uno de los cazadores vio que aquella criatura comenzaba a prepararse como para atacarles, pues estaba haciendo con las patas lo mismo que un carnero y resollaba. Entonces, dicho cazador, tensó el arco y lanzó un flechazo más por miedo que otra cosa. La flecha se desvió e impactó en el antebrazo de la criatura, que lanzó un bramido de dolor y furia. Con una rapidez insólita para su tamaño, aquel ser atacó a los cazadores, dejándolos por el suelo, hechos un remolino de brazos y de piernas. Lanzó puñadas, coces y dentelladas y a todos mató de forma horrenda. Allí quedaron esparcidos los restos de los cazadores, descabezados, sin extremidades o partidos en dos mitades. Un terrible espectáculo de sangre, miembros arrancados y vísceras desparramadas cubría el suelo del bosque, sobre la hierba, los helechos y las raíces de los árboles.

Viendo que la partida de caza no regresaba, en la villa no tardaron en preocuparse, así que decidieron enviar a hombres armados en su busca, pues creyeron que tal vez unos bandidos les habían tendido una emboscada. Tras peinar todo el bosque, sin obtener resultados, los dieron por perdidos. No atreviéndose a entrar más en las espesuras, decidieron volver por donde habían venido y dieron a los cazadores por desaparecidos.

Pasado algún tiempo desde aquel suceso, cuando la villa había vuelto a la normalidad, unos cuatro leñadores se adentraron en el bosque, para ir a cortar unos robles, que habían plantado hacía años para tal fin. Cuando estaban con la sierra cortando uno, escucharon, por encima del ruido que ellos mismos hacían, un murmullo de pezuñas acercarse y una especie de resollar fuerte. Creyeron que se trataría de algún animal y no cesaron en sus quehaceres, hasta que, en un punto, se escuchó más próximo el sonido de aquellas pezuñas.

Los leñadores dejaron sus herramientas de manera inmediata y escucharon más atentamente, mientras miraban en derredor y en todas direcciones, por ver qué clase de animal podía producir aquel sonido. De pronto se escuchó un bramido estruendoso y de la maleza, surgió el gigantesco musgoso, alzando los brazos y con los puños cerrados.

Al contemplar semejante espanto, los leñadores en principio no dieron crédito a lo que veían, pero rápidos cual ánima que el diablo lleva, se dispersaron y echaron a correr por el bosque. Hubo dos de ellos que iban corriendo juntos, en direcciones opuestas a sus otros dos compañeros. El musgoso les seguía de cerca, pues escuchaban el estruendo de pezuñas tras de ellos. Se acercaba cada vez más.

Finalmente consiguió alcanzarlos. Agarrando a ambos por el cuello con sus gigantescas manos, se lo retorció a ambos y los mató, dejándolos allí a

merced de las alimañas. Entonces, dando la vuelta en la dirección contraria, corrió en persecución de los otros dos. Y todavía tuvo tiempo el musgoso de atrapar a uno de ellos antes de que llegasen a la villa. Mientras lo destrozaba sin piedad, quebrándole todos los huesos del cuerpo contra el suelo, el otro, con una agilidad y resistencia propias de quien ve su vida amenazada, consiguió llegar a la villa y dio la voz de alarma. Salieron los aldeanos a su encuentro, preguntándole el motivo de su agitación y dónde estaban sus compañeros. Acertó a balbucear algo acerca de una bestia gigante en el bosque y otras cosas delirantes y allí mismo se desplomó muerto del miedo y la carrera, cuan largo era.

Entonces todos lo vieron. Vieron al monstruo salir a través de los árboles del bosque y reinó el pánico y el pandemio. Todos corrían en todas direcciones, por buscar refugio en sus casas o en la Iglesia, a donde se guarnecieron muchos. Las campanas comenzaron a tañer frenéticas, como si hubiera un incendio. Los hombres armados que hacían la guardia, o algunos de ellos por mejor decir; pues otros salieron corriendo y arrojaron sus armas al suelo, intentaron hacerle frente a aquel espanto. Cargaron espada en mano y el musgoso los sacudió como si fueran hechos de alfeñique, dando golpes a rodabrazo.

El musgoso, que estaba aún furioso, rompió las casas y la fuente de la plaza a golpes y a cabezazos y se encaminó a la Iglesia, dispuesto a hacer lo propio. Allí salió el joven párroco, crucifijo en mano y le dijo que se detuviera si no quería sufrir la ira de Dios. Y le preguntó que cuál había sido el mal que se le había hecho para desatar su furia de aquella forma en la villa. A lo que el musgoso, que podía hablar, relató al cura cómo morían animales y árboles en demasía en el bosque y advirtió que, si no cesaba esa matanza o se controlaba cuanto menos, sufrirían su ira de forma aún más terrible.

El cura, entonces le prometió que se controlaría la caza y la tala, pero le dijo al musgoso que, si quería el perdón del Todopoderoso Creador, más valdría que reparase todo el daño que había hecho. Sorprendentemente, el musgoso se calmó y se mostró arrepentido y así lo prometió.

Ayudó a arreglar las casas y la fuente. Y no sólo eso, sino que, a partir de entonces, el musgoso seleccionaba los árboles que debían cortarse y llevaba los troncos hasta el aserradero. También orientaba a quien se perdía en el bosque y tocaba tristes melodías con su flauta, que hacían que se le saltasen las lágrimas a cualquiera.

Así fue durante años, hasta que aquel párroco se hizo anciano y hasta que murió de viejo. Cuando lo enterraron, el musgoso tocó una melodía tan triste y tan bella que nunca antes nadie había escuchado cosa igual y desapareció en la espesura del bosque para no volver jamás.

Aún hoy día, se tocan las campanas en esa villa intentando imitar la melodía de la flauta del musgoso. Y también para que sirva de advertencia a los cazadores y leñadores de que sean juiciosos y no abusen de la naturaleza en demasía. O enfrentarán la ira del musgoso.

#### IV

Tras haber leído y reseñado el relato del musgoso, me sentí aliviado por un momento. Pero no mucho, porque en un punto, todos los golpes y magulladuras que tenía empezaron a dolerme. Y también la cabeza, por la resaca. Decidí tumbarme en la cama de mi estudio, por ver si me dormía. Pero no había forma. Ya estaba totalmente desvelado y, además, no me podía sacar de la cabeza todo lo que había visto esa noche ni lo que había vivido. Luego estaban los extraños sueños de las noches anteriores. Sin embargo, yo porfiaba conmigo mismo en que debía dejar la bebida y descansar o me volvería loco.

Con tales pensamientos e inquietudes en mi cabeza, no tardé mucho en amodorrarme, hasta que finalmente caí en un profundo sueño. Pese a lo que me temía antes de dormirme, esta noche no fue agitada en exceso. Sí que tuve algún extraño sueño que luego no pude recordar. Pero, a pesar de ello, pude dormir una hora sin sobresaltos.

Cuando me desperté, debían de ser ya las nueve, por lo que me apresuré a asearme un poco y así despejarme del todo. Después me vestí y volví corriendo a mi estudio, pues quería escribir algo. Nada más que eso me importaba. Entonces, escuché que sonaba el timbre de mi casa. Muy molesto, me levanté de mi escritorio y salí del estudio. Tuve que apretar el paso, pues el timbre volvió a sonar. Atravesé el pasillo, en dirección a las escaleras. Bajé y me encaminé a la puerta de roble de la entrada de mi casa. Antes de abrir, miré a través de la mirilla y allí estaba la hermosa mujer que me rescató, por lo que mi enojo se fue disipando. Quizá de haberse tratado de otra persona, la habría mandado al diablo, pero no fue así. Aquella mujer me había salvado la noche anterior de lo que quiera que fuese y de ser atropellado. Además, lo hizo sin conocerme, dejándome en mi casa y cuidando de mí. Lo menos que podía hacer era agradecersele. Así que abrí la puerta.

-Buenos días. - saludó ella. - ¿Cómo se encuentra?

-Estupendamente. Gracias a usted. - contesté yo. -Pero pase. No se quede ahí en la puerta. -

Hice un ademán caballeroso, que ella apreció de forma tímida, aunque la vi asentir con la cabeza. Y tras este intercambio un tanto extraño de cortesías, la misteriosa mujer entró en la casa.

-Le he traído algo para desayunar y unas medicinas por si le duelen las magulladuras. - dijo ella.

-No tenía que haberse molestado. Anoche ya hizo más que suficiente con recogerme y traerme a casa. - repuse yo.

-No es molestia. Créame. Trabajo de enfermera, por lo que es mi deber. Aunque recogerle a usted en mitad de la carretera, inconsciente y a altas horas de la madrugada, no es lo habitual. ¿Podría decirme de qué venía huyendo? Si no le causa molestia, claro. -

Yo me quedé paralizado y lívido cuando me hizo esta pregunta y ella debió advertirlo. Sin embargo, le resté importancia diciendo que en realidad no era nada y que se lo contaría después del desayuno. Y en verdad que yo tenía un hambre atroz. Así que ella debió achacar mi lividez a este hecho y al susto de la noche anterior y, sin insistir más en el asunto, me acompañó desde el hall de mi casa hasta el comedor donde nos sentamos a desayunar unas magdalenas que había traído y un poco de leche que a mí me quedaba en mi despensa, la cual fui corriendo a rescatar de mi cocina.

Durante el desayuno, estuvimos charlando amigablemente y conociéndonos mejor. Estuve escuchando de forma muy atenta lo que aquella mujer hermosa me decía. Y pude averiguar que trabajaba en el turno de noche como enfermera en el hospital de la capital de la provincia, por lo que, cada día debía conducir quince kilómetros hasta allí, trabajar unas doce horas y después volver al pueblo en su coche. Debía de acabar rendida sin duda. Por lo que no pude sino admirar la suerte que tuve de que se topase conmigo la noche anterior, cuando volvía a su casa.

- No ha debido poder descansar mucho, por mi culpa. - le dije.

- Usted es el que no descansa. Y tiene que hacerlo. - respondió ella sonriendo. - Y recuerde. No abuse de la bebida. Y menos tomando esas medicinas contra la depresión. -

Volví a agradecerle que se topase conmigo y me ayudara. Y también sus consejos. Esta mujer debía de tener una gran vocación por su trabajo y un gran corazón. De haber topado con otra persona, mi situación podría haberse tornado bien distinta. Finalmente ella dijo que debía hacer algunas cosas, antes de irse camino del trabajo, por lo que no queriendo yo entretenerla ni entretenerme yo tampoco, la despedí cortésmente y volví a reiterar mis agradecimientos durante el proceso.

Cuando se hubo marchado finalmente, yo ya podía trabajar tranquilo en mi estudio. Y ello pese a que me sentía tremendamente agotado. Subí y me senté en mi escritorio. Cuando comencé a escribir, me salieron tres relatos cortos que consideré dignos de ser guardados. Ya vería si me los

publicaban. Pero me alegré de cómo volvía a fluir mi escritura. Además, de alguna forma, no podía dejar de pensar en los bellos ojos azules de mi nueva vecina y amiga.

Después de escribir los relatos y unas líneas de otra obra que tenía abandonada, abrí los viejos bestiarios y continué leyéndolos.

## EL NUBERO

Se cuenta que, a lo largo y ancho de los viejos Reinos de Castilla y Aragón, suelen aparecer por los pueblos, extraños monjes y buhoneros que, con sus ensalmos y cantos, pueden controlar el clima a voluntad. Estos hombres santos o no tan santos, pueden despejar las tormentas o atraerlas. Reciben el nombre de Nuberos o Nuberus y Espantatormentas, entre otros.

En aquellos tiempos, la agricultura y la ganadería tenían un papel fundamental en la economía de este país, por lo que las malas cosechas podían propiciar hambrunas y pestes. Por ello, si había sequía y las cosechas no recibían suficiente agua, podían perderse, al igual que si la tormenta traía granizo también podía perderse. Por ello, las gentes trataban por todos los medios de alejar o acercar las tormentas a su talante. Tarea imposible, tal vez excepto para la figura del Nubero.

Cuentan la historia de una aldea de agricultores, en tierras de Aragón, la cual hacía las veces de granero para la ciudad de Zaragoza. Allí se cultivaban el trigo y la cebada, entre otros productos, como la avena o el centeno. Aquella aldea llegó a ser muy próspera, pues contaba con buenas extensiones de tierra y pocas veces se perdían las cosechas.

Llegó una época en que el granizo y la nieve comenzaron a azotar las cosechas con extrema violencia. Las cosechas se perdían y no había forma en la que se pudiera cultivar, debido a las heladas y nevadas que azotaban los campos. Los aldeanos estaban desesperados y no sabían qué hacer. El medio de su sustento y su fuente de ingresos a través del comercio se estaba perdiendo cada año, bajo las tempestades. Reinó el hambre, la miseria y la pestilencia.

Un día llegó a la aldea un extraño vagabundo, ataviado con unas raídas vestiduras de monje. Era un hombre ya anciano y encorvado. El rostro estaba oculto bajo una capucha y una larga melena gris, al igual que sus barbas; pero se adivinaba una nariz aguileña. Tenía un andar cansino e iba arrastrando los pies, los cuales traía envueltos en vendajes hechos con trozos de tela.

Quien quiso verlo, que fueron las más de las gentes, advirtieron que se dirigía hacia la Iglesia de la aldea. Allí se quedó parado, bajo el pórtico, a fin de resguardarse de una lluvia torrencial y de la tormenta que comenzó en el momento de su aparición.

Las gentes de la aldea comenzaron a murmurar y a hacerse preguntas acerca de aquel vagabundo extraño y con aspecto de hombre santo. Se quejaban de que ya tenían bastantes problemas como para encima tener a un vagabundo que, a buen seguro, les pediría limosnas. Sin embargo, el viejo vagabundo no pidió nada. Ni se movió de allí tampoco. Hasta que el párroco de la aldea fue a su encuentro allí donde estaba.

Estuvieron un buen rato departiendo ambos hombres santos allí en el pórtico de la Iglesia. Mientras tanto, algunos aldeanos que pasaron por al lado de ambos, les observaron y escucharon hablar sobre la obra de Dios, las tormentas, los castigos divinos y no sé cuántas cosas más.

Finalmente, el párroco abrió el pórtico de la Iglesia, pues pronto había de dar la misa. Pero ese día abrió antes y dejó entrar al vagabundo dentro de la Iglesia, cerrando la puerta tras de sí. Al poco rato, algunos vieron que el vagabundo había subido a lo alto del campanario, en donde comenzó a lanzar al viento unos cánticos y ensalmos que nadie en la aldea conoció. Así estuvo durante horas, incluso cuando el cura estuvo dando misa. La gente escuchó aquel día los ecos de la lluvia, con los truenos y los cánticos del vagabundo, porfiando con las homilias y cánticos del cura. Así hasta bien entrada la noche, en que la tempestad cesó.

A partir del siguiente día, todos los habitantes de la aldea volvieron a ocuparse en sus tareas diarias. Muchos de ellos intentaron rescatar las cosechas perdidas y en verdad sacaron muy poco. Apenas había para alimentar a todas las gentes de la aldea. Ni qué decir tiene que el comercio no rendía con la fluidez de antes. Como los aldeanos no podían vender el excedente de sus cosechas, pues no lo había, tampoco podían comprar ropas ni nuevas herramientas. La resignación se veía en todos los rostros.

Mientras, el cura había empleado al viejo vagabundo como sacristán y aquél se encargó, a partir de entonces de cuidar la Iglesia y mantenerla limpia. También solía pasar el cepillo de las limosnas, que tampoco venían con la prodigalidad de antaño. El vagabundo se había recortado el pelo y la barba y vestía nuevos ropajes de clérigo, lo que le daba un aspecto solemne ahora. Las gentes empezaron a murmurar que un pueblo que no tenía para comer, tenía dos curas ahora.

Sea como fuere, pasó un año. La primavera y el verano habían sido bastante amables y brotó una buena cosecha. Los aldeanos obtuvieron una buena cantidad de trigo y cebada, pero también de otras cosas como coles, huevos de las gallinas, leche y carne de las cabras y las vacas. Fue

un buen año y la prosperidad pareció volver a la aldea. Si llovía, lo hacía de forma suave y beneficiaba a las cosechas cuando había sequía. Las tormentas y el granizo no volvieron a anegar ni estropear las plantas. Volvió a reinar la felicidad.

Hubo quien observó un extraño fenómeno. Y era que el viejo clérigo que había llegado vagabundeando a la aldea, subía muy de vez en cuando, al campanario de la Iglesia a entonar sus raros cánticos y ensalmos. Lo hacía cada vez que veía aproximarse los nubarrones. Entonces oraba y cantaba de una determinada forma. Al igual que, cuando el clima estaba seco, lo hacía de otra forma distinta. Era un tanto extraño, pero a algunas gentes les daba la impresión de que aquel viejo podía, de alguna forma, mantener el clima en vereda. Cómo era aquello posible, no se lo explicaban. Pero muchos lo creían y empezaron a mirar a aquel viejo con otros ojos.

Aquellos que observaron el extraño fenómeno dieron en llamar al viejo clérigo el Espantatormentas o El Nubero. Por supuesto hubo otra mucha gente que no podía creer que aquel vagabundo pudiese tener tal poder sobre el clima. Sea como fuere, los años fueron pasando y el Nubero seguía con aquellos extraños quehaceres. Por supuesto apenas hablaba con nadie, excepto el cura y algunos pocos que osaban dirigirse a él. Y cuando lo hacía, con su voz ronca recitaba pasajes de las Sagradas Escrituras o bien decía, a quien quisiera escucharlo, que en alguna tormenta que se podía oír en la lejanía, venían cabalgando los Jinetes del Apocalipsis.

Cuando finalmente el viejo Nubero murió, de extrema vejez, hubo unos cuantos aldeanos que lo sintieron en lo más profundo de su alma. Y todos en la aldea lo echaron en falta, de una forma u otra. Por supuesto, a partir de entonces se guardaron muchísimo de seguir unos consejos que a su muerte les dejó dados, sobre cómo guarecer sus cosechas de las tormentas y las sequías. Nada volvió a ser igual en aquella aldea. No volvió a haber hambrunas en mucho tiempo, porque se arruinasen las cosechas. Pero todos, en el fondo de su corazón, anhelaban el regreso del Nubero.

Se cuenta también la historia de otro Nubero; un joven monje que llegó a un pueblo de la verde Cantabria. Aquel monje pedía diezmos y limosnas a los campesinos, pues era avaricioso y glotón. Les amenazaba con que, si no le daban lo que les pedía, invocaría a las tormentas y les destrozaría las cosechas.

Al principio, cuando aquel monje llegó a ese pueblo, fue a ver a un matrimonio joven que poseía una buena cantidad de tierras donde sus trabajadores sembraban y trabajaban los cultivos. El monje les pidió, no de muy buenas maneras, que le dieran una buena parte de los frutos de la cosecha o les acaecería una gran desgracia. Entonces, el joven patrón se

echó a reír y le dijo al monje que se volviese por donde había venido, si no quería que lo corriesen a palos fuera del pueblo. Viendo que no sólo no se arredraba, sino que persistía en su empeño, el joven patrón y dos de sus trabajadores, comenzaron a darle puñadas y puntapiés al monje y lo dejaron en una cuneta tirado y molido a palos.

Tras esto, cuando el monje se hubo recuperado de la paliza, hubo quien observó cómo se levantaba de donde lo habían dejado sin titubeos, aunque molido. Lo vieron caminar con determinación en dirección a la finca del joven patrón. Cuando llegó allí, desde lo alto de una peña, comenzó a lanzar al viento extraños cánticos y ensalmos, como queriendo invocar alguna extraña cosa que viniera de los cielos. Y lo que vino fue una tormenta impía y sobrenatural, cargada de granizos, rayos y truenos.

Toda la finca de aquel joven patrón quedó arrasada, mientras él y su mujer observaban horrorizados e impotentes aquel espectáculo desde su casa. Desde allí, también, pudieron observar al monje con sus cánticos bajo el granizo. Entonces, el joven patrón, agarró una azada y ya salía de su casa a darle otra buena tunda al monje, cuando en un punto y sin saber cómo ni cómo no, cayó un rayo en la puerta de su casa, dejándolo fulminado y muerto al instante, ante el horror de quienes lo vieron.

A partir de entonces, los temerosos habitantes de aquel pueblo, le daban a este Nubero cuanto les pedía sin titubear ni por un segundo. Tal era el pavor que inspiraba. ¡Y, ay de aquellos que se negasen o trataran de engañarlo! Si eso sucedía, el Nubero entonces invocaba a la tormenta, la cual finalmente venía y arrasaba los campos, dejando sin nada a aquellos desdichados.

Hartos ya de aquel terrible monje, los lugareños decidieron aprovechar unos días en que se ausentaba, para ir a dar buena cuenta de sus actos al Santo Oficio. Lo acusaron de brujo y contaron todo sobre sus extorsiones y amenazas, llegando al punto incluso de exagerarlo. Hasta relataron cómo había asesinado a aquel joven patrón con sus artes diabólicas.

Hubo quien, aun tratándose del Santo Oficio, no podía dar crédito a semejantes disparates, locuras y exageraciones y ya iba a prender a los aldeanos. Pero un sacerdote que allí había detuvo a sus hombres y decidió dar crédito a las palabras de aquellos campesinos.

Finalmente se puso al Nubero en busca y captura. Unos cuantos hombres armados lo esperaron a que volviera al pueblo y, nada más verlo aparecer, se echaron sobre él y lo cargaron de cadenas no sin esfuerzo. Tras varios interrogatorios y torturas que aquel monje aguantó de forma sobrehumana, decidieron que era culpable de brujería y que sería ejecutado por ahorcamiento.

Así se hizo. Un día lo sacaron a la plaza del pueblo, desde una bodega donde lo tuvieron encerrado. Allí en la plaza, habían levantado un patíbulo y allí se veía una única soga destinada sólo a él. Antes de que lo fuesen a ejecutar, prorrumpió en maldiciones y amenazas, diciendo que arrastraría a todos consigo.

Finalmente lo colgaron. Cuando estaba en los últimos estertores, el cielo se oscureció por la presencia de negros nubarrones y se desató una terrible y furiosa tormenta. Una como no se había visto en muchos años. Un rayo cayó sobre el ajusticiado y su cuerpo comenzó a arder, por una extraña reacción de alguna chispa. Los que lo vieron no daban crédito, pues fue un espanto. Empezaron a notar el olor de la carne quemada y se quedaron como paralizados, pues aquel cuerpo seguía agitándose y emitía un gorgjeo extraño, como si tratase de reírse.

Pronto cayeron más rayos y se prendió fuego todo el pueblo. Las gentes corrían de un lado al otro, pisoteándose y tropezando, mas no hallaban escapatoria alguna, ya que aquel fuego sobrenatural rodeó todas las calles y se expandía con insólita violencia.

El pueblo quedó reducido a cenizas y no hubo ánima alguna que escapase al fuego aquel día. Y con el paso del tiempo, tras volver a edificarlo y a poblarlo, se tocan las campanas y las gentes se recogen a rezar en sus casas, con el fin de no olvidar aquellos terribles sucesos y también por alejar la maldición del Nubero.

V

Me sentía cansado, muy cansado. En verdad que estaba realmente agotado. Tenía que dejar de leer y escribir por un momento y dormir unas cuantas horas. Pero, lo más importante de todo era que tenía que dejar la bebida definitivamente. Debía, por fin, resolverme de una vez a dejar de beber en exceso. Y mucho menos a mezclar la bebida con los medicamentos. Desde aquel día me propuse ir abandonando el alcohol, hasta olvidarlo por completo. Y, si bien siempre tuve una vida bastante desordenada, cuando una cosa se me metía realmente en la cabeza, hacía lo imposible por lograrla. Y con esto no iba a ser menos. Quería hacer caso al consejo que mi nueva vecina me había dado. Y en el fondo de mi alma, deseaba con mucha fuerza volverla a ver y conversar con ella. Me sentía un poco estúpido por tener pensamientos tales. Desde la muerte de aquella a quien tanto amé, había podido pasar el día a día sin compañía de nadie. Y mucho menos de mujeres.

Supuse que lo mejor que podía hacer era tratar de dormir. Y no poco. Lo suficiente como para levantarme descansado y poder trabajar en paz. Así podría quitarme todos los pensamientos que se amontonaban en mi

cabeza. Trabajando, escribiendo, dando a mi cerebro rienda suelta y alejando todo de dentro de mí. Y lo que no sirviese, lo guardaría para otra ocasión o lo arrojaría a la chimenea. Pero antes, debía descansar un poco y serenarme.

Me desvestí de manera parsimoniosa y me tumbé en el catre de mi estudio, tapándome con las dos mantas. No tardé, por fortuna, mucho en quedarme dormido. Pero quien duerme, sueña. Y yo tuve unos sueños vívidos en exceso, raros y en llamativos colores.

Al fin soñé con que viajaba en un barco, a través de un mar en calma. La mar estaba, como dicen en mi tierra, planchada. Y una suave brisa mecía mi rostro y el de mi acompañante. Allí estaba Doña Celia, a la que tanto amé y un día perdí. Iba ataviada con un vestido blanco y llevaba una rosa prendida de sus cabellos negros y ondulados. En mi sueño estaba viva, sonriente, siempre amable. La luz del Sol bañaba su rostro ovalado, de sublime blancura. Y lo hacía de forma cálida, sin agredir con sus rayos su hermosa palidez. Palidez debida a la extrema delicadeza de su piel, a su fino cutis. Y no a la enfermedad.

Recuerdo que en el sueño habíamos decidido huir de todo y de todos, dirigiéndonos a tierras ignotas donde nadie nos conociese. Donde pudiéramos estar juntos y en paz. Mientras surcábamos aquella mar en calma, hablábamos de proyectos futuros, de tener una casita blanca en medio de un bosque y a ser posible junto a un lago donde se pudiera pescar. También de abrir una tiendecita donde pudiéramos vender alguna clase de souvenir. Tendríamos un automóvil para poder evadirnos por aquellas tierras cuando quisiéramos, de un territorio a otro y sin impedimento alguno. Y por supuesto habría niños. Creo recordar ahora que alguna vez mantuve con ella tales conversaciones, aunque no estoy muy seguro.

Mientras nos hallábamos en tales pláticas algo pasó de pronto. El Sol se oscureció y el mar comenzó a agitarse de manera violenta. Comenzó a llover de forma torrencial y nuestro barco empezó a bambolearse por acción del viento y el fuerte oleaje. Yo pugnaba por salir de la tempestad, acelerando el motor del barco. Pero tales fueron mis esfuerzos, que la maquinaria vino a fallar y surgieron de ella grandes chispas y llamas. Luché entonces por extinguir aquel incendio con lo que encontré a mano. Sin embargo, no pude. Y cuando fui a mirar en qué situación se hallaba mi amada sobre la cubierta, no pude encontrarla por lado alguno. Miré entonces alrededor, a las aguas embravecidas y vi la rosa que mi dama llevaba en el pelo, flotando en el agua.

Sin pensarlo dos veces me lancé al agua, por ir en su busca y sin ni siquiera saber si en verdad estaba allí. Aguantando la respiración, me sumergí. Pero no podía ver nada en absoluto. Todo estaba oscuro, negro como pluma de cuervo, como los cabellos de mi amada; a la que no podía

encontrar por más que la buscara. Entonces, una garra o tentáculo de alguna infame criatura, me aferró por en mitad del cuerpo y me arrastró hacia un abismo infinito de negrura, anti gravedad y ausencia de aire. Creí que me ahogaría, pero alguna extraña fuerza en contra de lo físico y lo mundano lo impedía.

Tras lo que me pareció una eternidad de eones, llegué a una profundidad imposible. Ningún ser humano podía llegar a tales profundidades sin hacerse pulpa. Pero ya hacía tiempo que no sentía mi cuerpo y mi espíritu descarnado quería seguir descendiendo hacia aquel espacio inconmensurable. Pues, a pesar del vacío, sentía una calidez antinatural que no podía explicar ni describir. Los tentáculos, o lo que fuesen, me soltaron finalmente. Al hallarme libre de aquellas prisiones, sin embargo, seguí descendiendo, pues muy en el fondo de este vacío, creía ver un débil resplandor sulfuroso, de un color entre verde y amarillo, por lo que comencé a seguirlo.

Lo único que mi ser alcanzaba a pensar o sentir era que allí tenía que ir. Y, de alguna forma, sabía que mi amada había ido a ese lugar. Mis pensamientos y recuerdos acudían a mi mente en tropel y pronto vi pasar ante mí toda mi vida, hasta el momento de hallarme inmerso en aquel vacío insondable. Pero nada me importaba, salvo llegar, al fin, a la fuente de la que irradiaba aquel resplandor sulfúreo.

Mi ser se fue acercando más y más a aquel lugar y, a medida que avanzaba, fui advirtiendo la forma de aquella fuente de la que irradiaban tales energías resplandecientes. Vi una construcción bajo el agua. Una enorme cúpula, rematada por un capitel que terminaba en una punta de lanza. Dicha cúpula aparecía sostenida por infinidad de columnas, talladas formando sinuosos y febriles arabescos. Y del interior de aquel extraño edificio era de donde emanaba aquel resplandor entre amarillo y verdoso. Quedé maravillado, no sólo por la estampa del edificio, sino por lo colosal de su tamaño y por lo increíble de su fábrica. Fueran los que fuesen los materiales de que estaba hecho, debían de ser los más resistentes de todo el Universo. Y qué o quiénes habrían levantado tal colosal construcción en el fondo de los océanos escapaba a cualquier humano entendimiento.

Cuando al fin pude llegar al fondo de aquel abismo y a la entrada de la colosal construcción, mi ser quedó sobrecogido ante su imponente figura y su diseño demencial. Aquel resplandor sulfúreo emitía un calor casi insoportable y una luz cegadora. Cuanto más me había ido aproximando, más se había hecho notar. Pero, aun así, me fui acercando más y más a aquella mole ingente que se hallaba en el océano, hasta adentrarme por completo en su interior.

Allí dentro, sólo se veían retorciéndose, criaturas imposibles; dignas de las pesadillas de alguien no muy cuerdo. Seres reptantes, oscilantes y babeantes por doquier, que me observaban curiosos. En sus miradas

fulgurantes, advertía yo también siglos de conocimientos ocultos y prohibidos, tan sólo comparables con su iniquidad. Seres innominables de un solo ojo, de dos, de tres y más ojos. Cientos de ojos me observaban curiosos y expectantes, mientras que mi ser, que no tenía ya ojo alguno, se esforzaba por encontrar allí a mi amada. Pero no conseguía verla por lado alguno.

Entonces, observé que, en el centro de aquella estancia, se erguía un enorme brasero, del cual salían unas llamas salvajes que producían aquel resplandor sulfúreo, que me había guiado hasta allí y que producía aquel calor sofocante. Y allí estaba ella. Al fin pude encontrarla. La vi de pie, detrás del brasero, con su vestido blanco y su cabello negro suelto y oscilante, al igual que aquellas llamas sulfurosas.

Ella extendió su mano e hizo un ademán porque la siguiera. Mi ser se arrastró entonces tras ella, evadiéndose de las miradas e infinidad de garras de aquellos seres ignominiosos, que ahora luchaban por atraparme. Conseguimos salir de aquel imponente edificio, cuyo interior estaba plagado de tales espantos. Mi amada me iba guiando hacia la superficie y noté que volvía a mí la carne y la sensación de vida. Así mismo, comencé a notar que mis pulmones necesitaban aire o me ahogaría. Casi cuando llegábamos a la superficie, me faltaron fuerzas y quedé suspendido en el fondo de las aguas. Noté entonces que mi dama, con una fuerza inusitada, tiró de mí para llevarme a la superficie.

Finalmente, me desperté de este sueño. No lo hice bañado en sudores, ni agitado siquiera. Aunque tal vez sí un tanto confuso. Y quizás comprendí un poco lo que significaba tal sueño, por lo que me decidí a escribirlo. Tal vez en un futuro me pudiera servir, aunque sólo fuese como "materia prima".

Tras desperezarme un poco, me levanté del catre, salí del estudio y fui andando, a través del pasillo, hasta el cuarto de baño. Una vez allí me lavé la cara, para poder desperezarme del todo. Después, me metí en la bañera y me relajé allí hasta quedar completamente limpio. Tras el baño me vestí. Me puse mi pantalón gris, con la camisa blanca y los zapatos marrones y bajé a la cocina, donde comí un poco de pan con jamón y queso y un café. Estuve un rato pensativo en la cocina, mientras comía. Pensaba en el sueño que había tenido, entre otras cosas.

Cuando hube terminado de comer, volví a subir al estudio. Me senté en mi escritorio y comencé a escribir. Primero, intenté plasmar el sueño lo mejor que pude recordarlo. Después, me puse a escribir unos breves relatos. A medida que avanzaba en uno de ellos, caí en la cuenta de que podía extenderlo mucho más, por lo que con esas ideas en mi cabeza y sobre el papel, comencé el primer capítulo de una obra más extensa.

Estuve escribiendo hasta bien entrada la tarde. El Sol ya se estaba poniendo, por lo que pronto no tendría luz natural. Había perdido por completo la noción del tiempo mientras escribía. Pero lo importante no era sólo que mi imaginación volviese a ser fértil, sino que volvía a disfrutar con mi trabajo.

Decidí tomarme un breve descanso. Encendí un cigarrillo y me preparé otro café. Cuando terminé de fumar, encendí la lámpara de mi escritorio y cogí el segundo tomo de los bestiarios. Ya había terminado de leer el primero y, pese a que contenía muchas y muy buenas historias, sólo me pareció de interés reseñar aquellas que ya hemos visto. En este segundo tomo, apareció la historia que a continuación relataré.

## EL CULEBRE

Cuenta la leyenda que en torno al año mil, en el norte de Castilla, hizo estragos un ser horripilante, con aspecto de dragón o de serpiente alada, que respondía al nombre de cúebre, culebre o cuéebre. Estos gigantescos reptiles de ancha cabeza y mandíbulas poderosas, repletas de afilados y terribles dientes, poseen también una cresta espinosa, que les recorre toda la cabeza y el cuello, a través del lomo y que se prolonga hasta su larga cola, con la que derriban casas, árboles, hombres y caballos. También poseen patas como troncos de roble viejo, provistas de unas afiladas garras, con las que pueden hacer trizas a cualquier ser viviente. Y también tienen unas grandes alas, como de murciélago, con las que pueden volar a través de los cielos, mientras causan estragos con su hálito de fuego y azufre.

Se dice que estos seres custodiaban los tesoros que dejaron los moros, tras sus correrías por el norte de la península. Se cuenta, además, que era casi imposible ver a uno de estos aterradores seres, pues ellos salen muy poco de sus guaridas cavernosas y muy pocos o nadie se atreverían a adentrarse en las mismas.

De entre muchos, existió uno particularmente terrorífico y voraz, el cual se dice que vivió en una cueva, cerca de San Vicente de la Barquera. Este ser, salía de su cueva de cuando en cuando y arrasaba todo lo que hallaba a su paso. Diezmaba los ganados; arrasaba los cultivos; tronchaba y quemaba árboles, montes y aldeas; devoraba a cuanto ser vivo se cruzará en su camino...

Estas calamidades las soportaban las gentes de la ciudad como mejor podían y, simplemente, se limitaban a reconstruir lo arrasado y a seguir con sus duras vidas en este valle de lágrimas.

Un día de primavera, en el que el tiempo era en extremo bonancible y se celebraba una Feria, el culebre salió de su cueva con un hambre atroz, rugiendo y bramando. Se encaminó, con sus enormes patas a la ciudad

abarrota, mientras devastaba los campos en su andadura. Por cada vez que bramaba, escupía su aliento ígneo hacia los hogares de la ciudad. Derribó los muros y algunos edificios con su cuerpo escamoso y con su larga cola. Cuando hubo llegado al centro de la ciudad, a la plaza donde tenía lugar la Feria, comenzó a devorar a todo ser viviente que allí se encontró. Hombres, mujeres, niños, perros, gatos y ganados fueron a parar a las fauces de aquel infame endriago.

El luto duró durante días y meses. La ciudad jamás volvió a ser la misma. Empero, en un acto de gran valor colectivo, los habitantes de la ciudad, decidieron presentarse un día ante la cueva del culebre, por ver si podían razonar con la criatura (pues se sabe que estos reptiles pueden hablar y pensar, como los dragones) y evitar calamidades aún mayores.

Hete aquí, que no habían llegado los ciudadanos de San Vicente a la cueva, cuando el infame monstruo los detectó por el olor y el ruido que hacían sus pisadas. Asomó la enorme cabeza y el largo cuello por la entrada de la cueva y con su atronadora voz les habló así:

- ¿Qué es lo que venís a hacer todos aquí, a mi cueva? ¿Acaso os habéis hartado de vivir? ¿O es que por ventura venís a desafiar mi poder y robarme mis tesoros?

A lo que un leñador, al que habían elegido portavoz del grupo por su bravura y buen juicio, respondió al mismo tiempo que daba dos pasos al frente. Y lo hizo todo de forma cautelosa, por no despertar la cólera del vestiglo:

-Tan sólo hemos venido a parlamentar. A concertar una tregua con vos, si así os place. -

El culebre se echó a reír, batiendo y chasqueando sus enormes y terribles mandíbulas, repitiendo burlescamente la palabra "tregua" y "si así me place". Finalmente se serenó, irguió el cuello como si fuese a salir de su guarida y adoptando un tono solemne dijo:

-Si en verdad deseáis que os de tregua y vivir en paz, cada año habréis de traerme a una moza, joven y tierna. Lo echaréis a suertes. Y para ello habréis de usar tantas conchas blancas como mozas haya en la ciudad y sólo una concha negra. Y a la moza que le toque la concha negra, a esa moza os digo que me habréis de traer. Yo gozaré de sus tiernas y rosadas carnes y vosotros viviréis en paz. Si así lo hacéis, nada más habréis de temer. Pero si no... ¡Preparaos, si no lo hacéis! Harto hemos parlamentado. -

Y así diciendo, el culebre volvió a esconder su cabeza en la cueva. Los ciudadanos se dieron la vuelta entre apesadumbrados y jubilosos. No sabían cómo afrontar la situación que se les presentaba ni tampoco sabían

si fiarse de la palabra del culebre. Pero no les quedaba otro remedio.

Pasaron algunos años y la gente de la ciudad fue tornando poco a poco a hacer su vida normal. Empezaron a asumir cada año la pérdida de una joven doncella a manos del horrible espanto que moraba en aquella cueva no muy lejos de allí. Tal era la naturalidad y entereza con que lo habían asumido, que cuando se daba lugar tal sacrificio, una vez al año como el culebre había ordenado, todas las gentes acudían a llevar hasta allí a la joven, la ataban a un palo o viga que allí se aposentaba a tales efectos y contemplaban el terrible festín, en apariencia sin inmutarse, pero con un inmenso pavor recorriéndoles el cuerpo entero.

Resultó que el leñador que en su día había decidido parlamentar con el culebre tuvo una nieta. Aquella era una hermosísima muchacha rubia de ojos verdes como las esmeraldas, o como las escamas del culebre. La chica tenía un talle torneado y unos flancos poderosos. Todos los jóvenes la miraban con una gran excitación y no pocos la habían pretendido en vano, pues la chica no daba muestra alguna de querer comprometerse y actuaba con cierta altivez. Aunque lo que en verdad a ella le apasionaba era el leer. Y leer especialmente las Sagradas Escrituras y otros libros que compraba cuando se presentaba allí algún mercader. Por supuesto había quien le reprochaba tales comportamientos, a lo que ella respondía que lo que deseaba era consagrar su vida a Dios. Ante tales deseos, el padre se devanaba los sesos por convencerla de que tomase otro rumbo en su vida. Pero ella pasaba más tiempo en compañía de sus libros y de su abuelo, el cual la animaba en su empeño y le contaba historias terribles sobre el culebre o sobre cómo Almanzor arrasó Santiago de Compostela cuando él era joven:

“Habían quemado la ciudad, que estaba vacía, pues los habitantes temían que les hiciesen esclavos. Incluso quemaron la basílica, en donde estaba enterrado el Santo. Entonces, se cuenta que a Almanzor se le apareció la figura de un hombre solitario, el cual dicen que era el mismísimo Apóstol. Aquel hombre habló con Almanzor y le convenció de que no profanase el sepulcro. Almanzor, picado tal vez por el temor a Dios, accedió a respetar la tumba. Pero sí que hizo cargar a los cristianos que había capturado en su aceifa con las puertas y las campanas de la basílica de Santiago para llevarlas a Córdoba. Con las puertas, tras desguazarlas, hizo vigas para construir mezquitas. Y con las campanas, tras fundirlas, hizo lámparas de aceite. Todavía vivió un lustro Almanzor tras arrasar Santiago de Compostela y tras Calatañazor, en el mil y dos, murió y fue sepultado en los Infiernos.”

A la chica le encantaba escuchar las historias de su abuelo. Y aquello probablemente fue lo que más la animó a la hora de leer libros y tomar aquella vocación que había elegido.

Cuando llegó el verano, mientras se celebraban las festividades de Santiago en la ciudad, se iba a celebrar también el sorteo para ver a qué desafortunada moza le tocaría este año ser sacrificada. Y resultó que fue la hermosa nieta del leñador quien sacó la concha negra. La muchacha, que había tenido que presenciar el horrible espectáculo por más de dos veces, se desmayó presa del más inmenso terror, igual que le sucedió las veces en que tuvo que presenciar aquella inmolación.

Su padre y su abuelo, abatidos y con lágrimas en los ojos, le dieron a beber agua con una extraña hierba que se halla en ínfimas cantidades en el monte y sólo el mes de septiembre, la cual recibe el nombre de aulaga blanca y le despoja a uno de todo sufrimiento físico y mental.

Tras darle el bebedizo y en tal estado de euforia artificial, condujeron a la joven hacia la entrada de la cueva del culebre y allí la ataron a un poste. Después todos se alejaron a una distancia prudencial y se resignaron a presenciar una vez más aquel horror.

No tardó mucho el culebre en oler la carne fresca y ya se escuchaban sus pisadas por el interior de la caverna. La tierra temblaba al paso del gigantesco endriago.

A pesar de la poción que le habían dado, la chica empezó a sentir un terror indescriptible recorriendo todo su cuerpo. Comenzó a marearse y se le aflojaron las piernas. De no ser por el poste y las ataduras se habría desvanecido de nuevo. Entonces, presa del terror, comenzó a vomitar.

Ya había el culebre sacado medio cuerpo de su cueva y pareció detenerse para refocilarse con los embriagadores efluvios que emanaban de su presa indefensa y temblorosa. Todos lo vieron allí, imponente y colosal, erguido cuan largo era su cuello y aspirando los dulces aromas de la muchacha.

El culebre se fue acercando hacia el poste, en el que la muchacha estaba atada cada vez más. De pronto, se escuchó un grito desesperado. Provenía de la chica, quien recordando las historias de su abuelo rogó en voz alta:

- ¡Santiago, por Dios, ayúdame! -

El culebre se paró de súbito, como si un rayo lo hubiese fulminado. Luego sus escamas chasquearon y chirriaron y, por alguna razón que nadie comprendía, empezaron a desprenderse. Bajo ellas aparecía una sustancia entre bituminosa y verdosa que desprendía un hedor nauseabundo.

Cuando estaba ya a punto de devorar a la muchacha de un solo bocado, un rayo destelló en los cielos y con el sonido del trueno, por los aires apareció una figura montada en un caballo blanco y blandiendo una enorme espada. Era Santiago, que venía en auxilio de quien le había

invocado.

Antes de que el culebre pudiese asestar el fatal golpe con sus poderosas y gigantescas fauces, recibió un tajo en el cuello de una espada. Y tras ese un segundo golpe que le cercenó la enorme cabeza, que rodó y rodó a través de las peñas y fue a parar al mar bravío. Allí se hundió, provocando un enorme chirrido y estruendo como de acero al rojo, que a todos llenó de espanto. El cuerpo del vestiglo se agitó violentamente en sus estertores y del mismo brotaron tres chorros de sangre cada una de un color distinto, inundándolo todo en derredor suyo.

Se cuenta que aquella joven se hizo monja, tras peregrinar a Santiago de Compostela. Y también se dice que, cerca del lugar donde aún puede hallarse la cueva del culebre, se pueden ver las marcas de las herraduras del caballo de Santiago sobre las rocas.

## VI

En verdad me encantó tener la ocasión de leer esta historia del culebre. Recordaba haber oído contarla a mi abuelo cuando era niño. Tras leerla en los bestiarios del viejo librero, sentí algo que no había notado hacía mucho tiempo, por lo que decidí plasmarla también en este diario que aquí voy escribiendo.

Después de que hube terminado de escribir la historia del culebre, de pronto me sentí absurdamente vacío, como si algo me faltara. Y es que no pude escribir ninguna otra cosa en todo aquel día. Sentí que me bloqueaba. Por mucho que les diera vueltas a otras cosas, siempre terminaba rompiendo los papeles que había escrito. De manera que decidí tomarme el resto del día no libre, porque uno siempre debe estar atento al "nuevo material" que pueda venirle, pero sí que decidí salir a airearme y a hacer otras cosas, por ver si algo acudía a mi mente.

De todas formas, ya era tarde cuando terminé la historia del culebre. Así que decidí ir a visitar a mi nueva vecina y charlar un poco con ella, mientras en mi interior deseaba que mi pequeño bloqueo no durase más de la cuenta. De manera que fui andando hasta su casa, pues no quedaba muy lejos de la mía.

Cuando ya había llegado a la casa de mi nueva amiga y me disponía a llamar a la puerta, reparé entonces en lo tarde que ya era. Así que, considerando que ella habría llegado hace poco del trabajo y que estaría cansada, decidí darme la vuelta por donde había venido y ni tan siquiera llamar, por no molestar.

Ya estaba retomando el camino de regreso a mi casa y pensando en volver a escribir o leer otro poco antes de dormirme, cuando de repente escuché tras de mí una voz de mujer que me llamaba. Me di la vuelta y allí estaba.

-Hola. ¿Qué le trae por aquí a estas horas? - me preguntó mi vecina.

- Buenas noches. Estaba paseando por el barrio solamente. Se me ocurrió que quizá podría visitarla y charlar un poco. Y así agradecerle una vez más lo que hizo por mí. - respondí yo, disimulando la incomodidad lo mejor que pude.

- ¿Y por qué no ha llamado? No iba a morderle. - dijo ella, mientras dejaba escapar una risita maliciosa que acentuó aún más su rara belleza.

- Bueno, es que no quería molestarla. Es tarde y debe estar cansada. - respondí, al par que me ponía tenso.

- No es molestia. - respondió ella aún sonriente. - Pase y tomaremos una copa. -

Seguí a mi vecina a través del camino de grava de su casa y franqué la puerta tras de ella. Yo aún estaba tenso y algo incómodo por haberla molestado a esas horas que eran, pero como ella no había parecido darle mayor importancia, me fui relajando poco a poco.

La casa de mi vecina era algo modesta, aunque amplia. Y lo mejor de todo era su ubicación. Tan alejada del pueblo, en un barrio tranquilo donde no hubiera vecinos curiosos o molestos, excepto yo, quizás. Pasamos a un salón comedor con una de esas que llaman cocina americana, el cual estaba decorado con muebles modernos y algunas pinturas contemporáneas. Me sorprendí a mí mismo intentando hacer una relación mental entre todos aquellos bienes y el sueldo que debía ganar mi nueva amiga. De pronto, como si me hubiese leído el pensamiento, dijo:

-Mi padre paga las facturas de esta casa, mientras yo me voy asentando y ganando lo suficiente como para devolverle algo. Él es industrial. Siempre deseó tener un hijo que siguiera sus pasos. Pero tuvo una hija que es enfermera. -

-Es bueno que la familia lo ayude a uno cuando lo necesita. - respondí yo, sin saber qué otra cosa decir, al par que volvía a notarme algo tenso.

Ella entonces me invitó a que me sentara. Luego hizo ademán de dirigirse hacia una alacena donde tenía algunas botellas con bebidas alcohólicas, pero antes de que lo abriera dije:

-Tomaré un vaso de leche, si no le importa. He decidido hacer caso de su consejo y dejar de beber. -

Se giró hacia donde yo estaba sentado y sonrió de nuevo, mientras decía:

-Hace usted muy bien. Su salud se lo agradecerá. -

Entonces entró en su pequeña cocina americana, la cual iba a dar justo al salón comedor en donde estábamos. Sacó del frigorífico una botella de leche y lo sirvió en dos vasos. Después se acercó a la mesa donde me había sentado y se colocó frente a mí, también sentada. Por un instante me quedé extasiado mirándole a los ojos. Eran muy azules y bellos en forma extraordinaria. Tenía el pelo recogido en un moño y un mechón negro y rizado le caía sobre la frente, de una blancura y tersura sublimes.

Estuvimos un rato hablando de banalidades, cuando de repente ella me miró con sus bellísimos ojos azules y me hizo la pregunta que yo esperaba, pero que deseaba no tener que contestar:

-Bueno. ¿Me va a decir qué fue lo que le sucedió la noche en que lo encontré más muerto que vivo en la carretera? -

-Nada del otro mundo, en realidad. - contesté torciendo un poco el gesto. - Estuve en el cementerio, visitando las tumbas de mis antepasados y la de alguien que fue muy especial. Entonces, entre las sombras y la niebla, creí ver algo. Debió de ser una alucinación debida al alcohol y la sugestión. Cuando volvía a casa, tropecé con la raíz de un árbol y caí. Eso es todo. -

Ella me miraba frunciendo el ceño y como si fuese consciente de que le estaba ocultando algo. Pero no insistió. Fue entonces cuando me preguntó quién era ese alguien especial a quien había ido a visitar. Yo, entonces, le hablé con todo lujo de detalles, sobre Doña Celia. Le conté cómo nos conocimos; cómo teníamos que vernos en secreto, después de que se casara; los planes que hacíamos y lo mal que lo pasábamos por tener que hacerlo todo en secreto y a espaldas de su marido. Y finalmente le conté cómo murió, en extrañísimas circunstancias, aunque no hubo investigación.

Por supuesto, no le hablé de los extraños fenómenos que me habían acontecido en estos últimos días. Y es que ni tan siquiera yo sabía si eran reales o imaginarios, ni mucho menos sabía qué demonios era aquello que me había perseguido aquella noche en el cementerio.

Puse un gesto compungido, apesadumbrado. Entonces, mi nueva amiga puso su mano sobre la mía y a continuación me la pasó por la frente. Noté una calidez reconfortante y el contacto de aquella mano hizo que me estremeciera en lo más profundo. Entonces, casi de forma automática, yo

extendí mi mano y agarré aquella que pasaba por mi frente, de forma firme, aunque con delicadeza. Y entonces quise acercar mi rostro al de aquella mujer y juntar mis labios con los de ella. No sabía qué rostro veía, pero me daba igual.

Cuando estaba a sólo unos centímetros de poder besar aquellos carnosos labios, recuperé la cordura y me retiré avergonzado y lleno de estupor y pesadumbre. Entonces, me levanté del sitio en el que me hallaba casi de un salto.

-No he debido hacer eso. -dije.

La mujer que tenía frente a mí se levantó también y se acercó a mí. Y, rodeando mi cintura con sus brazos, aproximó su bello rostro hacia mi mejilla y me besó. Y con tal beso, volvió a atraer mis labios a los suyos. Y así acabamos fundidos en un abrazo y un apasionado beso.

Pasé la noche en casa de mi nueva amante, como es lógico. Pero, al despuntar el alba, me apresuré a vestirme, preparé una taza de café y se la dejé sobre la mesita de noche de su dormitorio, con cuidado de no despertarla. Después, salí de la casa y procuré cerrar bien la puerta tras de mí.

Eché a andar por el camino, de regreso a mi casa. Estaba deseando llegar y retomar mis trabajos con los bestiarios y los que yo mismo tuviera pendientes por hacer. Iba concentrado en tales pensamientos, cuando me empecé a distraer con detalles insignificantes a medida que avanzaba en mi camino. Detalles como el fragante aroma de la hierba y de los campos o el canto melodioso de los pájaros. Y es que aquella mañana me estaba pareciendo particularmente hermosa.

Pronto atribuí tales sentimientos agradables al hecho de que quizás me estuviese enamorando de nuevo y me reí, no sólo por tener tales pensamientos y emociones, sino porque tales cosas, en el estado en que ahora se hallaba mi vida, me parecieron pueriles, estúpidas y poco productivas. Apreté el paso de manera instintiva, pues no tardaría mucho en llegar a mi casa, donde podría ponerme a trabajar en paz. El Sol estaba comenzando a bañarlo todo con áureos resplandores y una calidez reconfortante. Iba a ser un buen día.

Finalmente, llegué a mi casa. Abrí la puerta con mi manojito de llaves y volví a cerrarla tras de mí. La puerta hizo un extraño eco al cerrarse, como si anticipara la entrada a un enorme, viejo y solitario caserón. El sitio ideal donde poder vivir y trabajar en paz.

Subí las escaleras, en dirección a mi estudio, de forma apresurada. Por el rabillo del ojo, advertí que la puerta del cuarto de baño de enfrente estaba entreabierta y hasta me pareció ver una silueta extraña en la penumbra

de su interior, pero no le presté atención, pues podrían ser algunas de mis ropas, colgando de un perchero que allí tenía.

Casi corriendo, pude al fin entrar en mi estudio y, sin pensarlo dos veces, me senté en mi escritorio. Tras tomar varias notas que no venían al caso, abrí el segundo de aquellos volúmenes por donde lo había dejado y continué con su lectura.

## LA ZARRAMPLA

Hace ya cientos de años, en las tierras de Castilla, hizo estragos otro ser fabuloso que era capaz de comerse ejércitos enteros sin inmutarse. De hecho, se cuenta que en cierta ocasión se dio lugar una escaramuza entre ejércitos de cristianos y alárabes. Allí hubo choques entre infantería y caballería. Aunque cayeron muchos soldados, que allí quedaron tendidos en el campo, aún quedaban muchas fuerzas en ambos ejércitos y la batalla se prolongó durante horas. Hasta que, de las profundidades de un bosque cercano, surgió una especie de ogro gigantesco que fue a pararse en medio de ambos ejércitos. Aquel ser, barrió lo mismo a hombres que a caballos con sus gigantescas manos y devoró a muchos de ellos. Los pocos supervivientes que lograron escapar, de manera milagrosa, contaron esta y otras historias después.

La zarrampla, zamparrón, papón, zampón o más bien el tragaldabas es un ser o vestigio ogroide que llama la atención por su tamaño y gordura descomunales, su aspecto grotesco, su grandísima boca y una gran barriga. Su apetito es feroz e insaciable, ya que este ser está consumido y preso de la gula más atroz. Siempre va en pelota y no tiene verga, con lo que no se sabe muy bien cómo se reproduce o nace tal vestigio.

En una ocasión se dio la circunstancia de que uno de estos seres, se dio en molestar y atormentar a una aldea de pescadores, la cual se hallaba junto a un río y un lago, situados más allá de unas tierras boscosas. Los habitantes de dicha aldea, vivían de forma humilde y principalmente de la pesca de lucios, percas, truchas, lubinas, gobios y otras muchas especies que en aquel hábitat se daban. También solían cultivar el trigo y la cebada y algunos árboles frutales. E incluso tenían alguna cabra o algún cerdo y hubo hasta quien tenía alguna vaca. Por lo general, estas gentes vivían de lo que aquello les daba y no les faltaba trabajo y penurias en ningún grado. Pero así iban sobreviviendo a duras penas y raro era que algún vecino que hubiese tenido la despensa un poco más llena que otro, no estuviese dispuesto a compartir un poco de alimento con aquél.

La vida era dura en esta aldea. Pero todos los vecinos colaboraban en las labores diarias lo mejor que podían y así iban pasando cada invierno en este valle de lágrimas. Hubo unos años que fueron bastante bonancibles. El río y el lago les dio muchos peces, los cultivos dieron una buena cosecha y pudieron alimentar bien a personas y animales, con lo que

tuvieron buena leche y quesos, huevos, lana e incluso algunas buenas piezas de carne. Todos estaban contentos y rezaban por que la buena racha prosiguiera. Tanto progresó la aldea que se aventuraron a talar en el bosque, plantando a su vez nuevos árboles en ciertos puntos. También roturaron nuevos cultivos, que comenzaron a darles generosas cosechas. Hasta se atrevieron a ir a la ciudad u otras aldeas e intercambiaron sus productos por otros, tales como ropas y nuevos animales. Todo florecía, al par que su economía y esto hacía que se sintieran felices. Ya habían conseguido por fin desterrar las estrecheces y penurias de antaño, pero aquellos pobres aldeanos no se podían ni imaginar las penurias que estaban por venir.

Sucedió un día que amaneció espléndido. El Sol inundaba los campos con sus bondadosos efluvios y todo estaba inundado de aromas campestres y primaverales. Los pajarillos trinaban, cantaban y gorjeaban de forma alegre. Y los habitantes de la aldea, acudían prestos a sus labores, dispuestos a seguir conquistando su progreso a aquellas tierras.

Venía por el camino un carruaje cargado de ropas y pieles para la aldea cuando, de pronto y sin saber cómo ni cómo no, los caballos del carruaje comenzaron a relinchar, rampar y a encabritarse. En un momento los animales se volvieron locos, mientras dirigían sus miradas al bosque cercano. Entonces, sobre los relinchos histéricos de los caballos, se impuso el sonido de un feroz bramido que vino del interior del bosque. Y comenzaron a escucharse unas fuertes pisadas que provenían del mismo lugar. Al mismo tiempo, caían árboles tronchados al paso de algo terrible que de allí venía.

Los animales de la aldea se agitaban y bramaban furiosos. Cada vez lo hacían con más furia e intensidad, a medida que aquello, fuera lo que fuese, se iba acercando. El ruido era atroz y las gentes corrían de un lado a otro, tratando de calmar a los animales, mientras que otras veces se quedaban petrificadas por el miedo y mirando en todas direcciones, pero especialmente al bosque, tratando de averiguar qué era aquello y qué estaba ocurriendo.

De súbito, surgió del bosque la gigantesca figura de un ogro, el cual tenía una cabeza y una barriga demenciales. Aquel ser salió del bosque bramando de manera más atronadora que lo harían diez toros. Agitaba en el aire unos enormes y fofos brazos, mientras que ya se encaminaba hacia la aldea con sus piernas colosales.

Quienes lo vieron, que fueron casi todos, quedáronse boquiabiertos y paralizados por el miedo. Y en un punto, todos corrían en todas direcciones; esta vez por salvar su vida. Los aldeanos tropezaban los unos con los otros y hasta se atropellaban y pisoteaban.

El tragaldabas se adelantó unos pasos de manera torpe, pero con su descomunal tamaño, apenas necesitaba moverse con agilidad, ya que, de un par de zancadas, cruzó de la linde del bosque hacia la aldea, aplastando con sus pies a varias personas y animales, entre ellos los dos caballos que primero habían advertido su maligna presencia. Con una de sus manazas, asió a dos personas y se las llevó a la boca, donde comenzó a masticarlas. El sonido de la carne despedazándose y el chasquido de los huesos era algo espantoso. Hubo quien se desplomó desmayado y fue pisoteado por sus congéneres y por el monstruo. Todo era un caos.

El infame ogro aún iba a causar más estragos. Destrozó casas, cuadras y cercas y devoró a personas y animales. A otros los pisoteaba, dejándolos aplastados y hechos un remolino de brazos y de piernas. Destruyó el granero y se comió todo lo que pudo hallar en su interior.

Cuando finalmente cesó aquel pandemonio y nadie vivo quedaba en la aldea; pues muy pocos pudieron huir, sencillamente se acostó sobre las ruinas, eructó de manera atronadora y se quedó dormido.

Pasaron dos o tres días y allí no se atrevió a aparecer nadie, ya que la noticia se propagó de manera rapidísima y el pánico se extendió a las aldeas vecinas. El tragaldabas seguía durmiendo y haciendo su horrible digestión, mientras roncaba con el sonido del trueno. Hubo quien dijo que sus ronquidos y ventosidades se escuchaban a una gran distancia, aunque bien podría ser el ruido de una tormenta que se acercaba.

Al cuarto día, un conde con fama de ser valeroso hasta rozar la temeridad, se hallaba con varios de sus hombres en aquellas tierras. Y es que regresaban de hacer la guerra a los almohades y volvían al norte a descansar, recuperarse de sus heridas y reabastecerse.

Resultó que varios supervivientes de la masacre de la zarrampla, vinieron a buscar refugio a la ciudad en la que aquel conde se había hospedado, por lo que las noticias de lo que había acontecido llegaron a oídos del señor local, quien a su vez se lo contó a este conde. Y como la aldea devastada pertenecía a dicho señor, pues estaba en el límite de sus tierras, más pronto que tarde quiso hallar la forma de impartir justicia y vengar tal afrenta. Y para ello pidió ayuda a su amigo, que era nuestro bravo conde. De tal forma que éste se unió al señor con sus hombres y posteriormente partieron al camino con otros diez o doce valerosos soldados de aquella ciudad, dejando la gobernanza y administración al hijo del señor y al capitán de la guardia.

Iban a tardar dos días a pie, ya que había muchos infantes en aquella tropa y los que iban a caballo debían seguir la marcha de aquéllos. En esos dos días de camino, se desató una furiosa tormenta con lluvias torrenciales, que no hizo disminuir la determinación ni ralentizó la marcha de aquel bravo ejército, quienes sólo hicieron alto de noche para levantar

unas tiendas en las que pernoctaron.

Cuando finalmente se aproximaban a la aldea destruida, enviaron a dos exploradores como avanzadilla, quienes pudieron ver al ogro acostado sobre las ruinas y dormido. En verdad era un ser espantoso y enorme, cuyos ronquidos casi eclipsaban el sonido de los truenos. Pero aquello no les disminuyó el valor ni la determinación, de manera que se apresuraron a volver al lugar donde se hallaban sus compañeros y señores para darles la noticia del avistamiento.

Ambos señores ordenaron proseguir la marcha, hasta acercarse a sólo unas cuantas leguas de donde el vestiglo se hallaba reposando. Allí, ordenaron acampar a sus hombres y determinaron de trazar un plan de ataque que pudiera ser efectivo contra tan colosal monstruo.

Determinaron de mandar a la caballería delante, para que cabalgase alrededor del monstruo, para que se despertara y a fin de distraerlo. Mientras, los infantes, armados de arcos y ballestas le lanzaban flechas, desde la distancia. Finalmente lo ensartarían con lanzas, espadas o lo que tuvieran a mano.

Aunque el plan era sencillo, en principio y en apariencia, aquellos valientes hombres iban a comprobar muy pronto que se les presentarían muchos obstáculos para llevarlo a cabo. El peor obstáculo de todos era el propio monstruo, que yacía dormido ante ellos. Y otro era la tormenta y la lluvia, que embarrancaba el suelo y dificultaría la visión y el movimiento. Empero, ambos señores contaban con ello. Y si ellos se iban a mover con torpeza, confiaban en que lo mismo le pasaría a la zarrampla.

Ya debía de ser una hora temprana de la mañana, cuando ambos señores, al frente de la caballería, ordenaron el ataque. Y como habían planeado, cabalgaron en dirección al ogro y el derredor suyo, procurando mantener una distancia prudencial. Estuvieron un buen rato cabalgando, pero el monstruo no se despertaba. Los cascos de los caballos se hundían en el barro y los jinetes tuvieron que ralentizar la marcha de los mismos y domeñar su ímpetu. Cuando los líderes ordenaron replegarse para intentar una vez más el plan, se despertó el tragaldabas. Levantándose, comenzó a dar bramidos como el trueno y a perseguirlos.

Los señores dieron entonces orden de abrir fuego y una lluvia de flechas y virotos volaron en dirección al monstruo. Pero aquellas flechas apenas le hacían cosquillas. Es más. Parecían enfurecerlo. Se movía con torpeza, pero caminaba a grandes pasos en dirección a ellos.

Se dio orden de retirarse y todos los bravos soldados se retiraron de forma apresurada, aunque ordenada, hacia el bosque; a donde el monstruo les seguía. Internándose en la espesura, fueron a dar con una cueva en la que cabrían todos y el tragaldabas no podría alcanzarles. De

manera que, a una orden de sus señores, fueron todos a refugiarse en el interior.

El tragaldabas, que tras ellos venía, pudo atrapar a uno de los soldados, que fue lo suficiente lento e incauto para rezagarse un poco y quedarse en la entrada de la cueva para mirar al monstruo. Este lo atrapó con una de sus manazas y lo masticó para engullirlo después, produciendo un chirrido su armadura y unos horribles chasquidos sus huesos.

Después, el tragaldabas intentó en vano echarle mano al resto. Pero estaban bien adentrados y escondidos en la cueva. Aunque sí que algunos caballos se asustaron y salieron de la cueva al galope, un par de ellos arrastrando consigo al jinete, yendo a parar a donde el monstruo se hallaba y muriendo. El resto, por fortuna, pudieron domeñarlos y se salvaron por el momento. Y allí se quedaron, tratando de pensar qué hacer, en medio de las tinieblas y con la zarrampla aguardando en la salida de la cueva.

Los bravos soldados estuvieron un buen rato dando vueltas y adentrándose más y más en la cueva sin saber qué hacer. Finalmente, sus líderes ordenaron adentrarse en las profundidades aún más y hacer fuego de antorchas, por hallar otra salida y retirarse. De tal forma que así lo hicieron. Como la cueva iba estrechándose cada vez más y los caballos no podían avanzar, determinaron dejarlos allí y volver por ellos más tarde o, en el peor de los casos, abandonarlos a su suerte. De manera que siguieron a pie, a través de una abertura que avanzaba hacia arriba y se iba estrechando más y más. Ya sólo cabían los hombres en filas de a dos. Nuestro conde y el señor de aquellas tierras avanzaban los primeros.

Hubo un momento en que sintieron un poco de luz y aire del exterior, por lo que ambos señores ordenaron apagar las antorchas y siguieron avanzando con mayor cautela. Cuando finalmente pudieron llegar al término de aquella abertura, ambos señores echaron un buen vistazo al exterior. Pudieron ver que se hallaban por encima de la entrada a la cueva y allí vieron al tragaldabas de pie y de espaldas, mirando al interior de la cueva y esforzándose por escuchar.

Ambos señores convinieron entonces en un último plan desesperado. Asintieron con la cabeza, se irguieron sobre el final de la abertura y con ambas lanzas en las manos y un grito desgarrador, se lanzaron al vacío. Y resultó que no erraron en su cálculo, pues ambas lanzas fueron a clavarse en la nuca del tragaldabas, quien se irguió furioso y trataba de sacudirse a tan pesados mosquitos. Pero ambos señores estaban fuertemente aferrados a sus lanzas, las cuales estaban firmemente clavadas en la nuca del monstruo. El resto de hombres salía de la cueva y repitieron la hazaña de sus señores, clavando sus lanzas en distintas partes del cuerpo de sus

señores.

El ogro se agitaba furioso, aunque ya parecía estar algo débil. Mientras tanto, tanto el conde como su amigo, desenvainaron sus espadas y haciendo un gran acopio de fuerzas y una extraña acrobacia, las clavaron en los oídos del tragaldabas, mientras con la otra mano se aferraban a sus lanzas.

El tragaldabas lanzó un horrible alarido, se tambaleó por un tiempo y finalmente cayó muerto sobre su descomunal barriga. Los hombres vitorearon y sacaron a sus señores en volandas. Después cortaron con hachas la enorme cabeza y celebraron su victoria en torno a ella.

Y aquellas tierras conocieron la paz y la prosperidad. Incluso hay quien dice que la aldea arrasada volvió a reconstruirse hasta que se convirtió en una gran ciudad, la cual fue entregada a nuestro conde por su fiel y bravo amigo.

## VII

Al fin había conseguido superar mi momentáneo bloqueo. Después de leer la historia de la zarrampla, reseñarla en mi diario y tomar unas cuantas notas, pude finalmente trabajar en algo concreto. Escribí no sólo en mi diario, sino también unos cuantos relatos de mi propia cosecha, los cuales no me disgustaron del todo. De tal forma que, cuando hube acabado, lo guardé todo en mis archivadores, con el fin de acudir a todo ello más tarde. Y estuve trabajando hasta bien entrado el mediodía. Después, decidí bajar a la cocina y prepararme algo de comer y también descansar un poco, ya que terminé algo cansado.

Cuando recorrí el pasillo miré la puerta entreabierta del pequeño cuarto de baño y sentí un escalofrío al ver aquellas ropas colgadas y recordar el sueño que tuve, en el que algo salía de allí. Así que la cerré apresuradamente y bajé la escalera de igual manera. Me sentí un poco estúpido cuando llegué abajo, por tener miedo de un sueño. Pero lo que había visto en el cementerio era real, o al menos a mí me pareció real. Quería serenarme y necesitaba un trago. Pero ya sólo tenía café en casa y no quería recaer en la bebida. De manera que tomé un par de bocadillos de jamón con un poco de tomate y una taza de café y me sentí con fuerzas renovadas. Tras esto me quedé allí sentado un rato, pensando.

Me hallaba en mi suspensión momentánea, cuando de pronto, escuché un ruido en la segunda planta, donde se hallaban el pequeño cuarto de baño, el pasillo, un par de habitaciones y mi estudio. El ruido lo causaban el ulular del viento y alguna ventana abierta que golpeaba una y otra vez contra la otra hoja. Me quedé aún más pensativo, pues trataba de hacer

memoria y estaba seguro de que no había dejado ninguna ventana abierta. Aun así, tenía que subir para cerrarla. Y eso hice.

Cuando hube llegado a mitad de la escalera, volví a escuchar un ruido proveniente del pequeño cuarto de baño. Me estremecí, pues volví a pensar en el sueño en que aquella figura salía de allí. La misma figura que luego vi en el cementerio y me persiguió. Estaba seguro.

Llegué a la segunda planta y me planté ante la puerta del cuarto de baño. Volví a sentir aquel ruido, mientras veía cómo la puerta se iba abriendo poco a poco y muy lentamente. Un sudor frío comenzó a recorrer todo mi cuerpo. Alguna ventana seguía golpeando, cada vez con más fuerza e intensidad y el viento ululaba con furia inusitada. La puerta del cuarto de baño se abría más y más. Comencé a adivinar una silueta etérea, a través de la pequeña rendija de la puerta, la cual se iba haciendo cada vez más grande, hasta que aquello saltara sobre mí y me atrapara.

Era la figura del cementerio, de mi sueño. Aquello me estaba mirando y estaba recreándose en el pavor que me inspiraba. Y muy pronto estaría a su merced.

Con un alarido y, como movido por un rayo, me lancé a la carrera en dirección a la figura. Parecía un soldado que, sabiendo que va a morir, se lanza desesperadamente contra el fusil o la bayoneta enemiga. Llegando a la puerta del cuarto de baño, la embestí con todas mis fuerzas y la cerré, con la figura dentro. Después bajé las escaleras corriendo, sin pararme a pensar en que podría tropezar y romperme el cuello. Cuando llegué a la primera planta, saqué mis llaves del bolsillo lo más rápido que pude, abrí la cerradura de la puerta y salí corriendo de mi casa, sin volver a cerrar la puerta tras de mí.

Estaba seguro de que mi desesperada bravata no había detenido a la figura y que ésta recortaba distancias y me pisaba los talones. Corrí de nuevo, como ánima que el diablo lleva, igual que la noche en que aquello me persiguió desde el cementerio. Mientras corría, podía sentir que la figura se iba acercando, casi sentía un frío gélido en mi nuca. Mi corazón palpitaba con fuerza y casi me ahogaba. Maldije el día en el que empecé a fumar.

Iba corriendo en dirección a la casa de mi vecina, de mi nueva amante. Mi cerebro, acostumbrado a sopesar cada acción incluso en situaciones desesperadas, me trajo dos pensamientos inmediatos. Uno era que no quería ni debía poner a aquella mujer en peligro. Otro, totalmente contrapuesto, ansiaba que estuviera en casa, para poder hallar consuelo junto a ella. Eran pensamientos absurdos que se iban superponiendo uno sobre el otro. Seguí corriendo con más intensidad, tratando de huir de la figura y como si correr más, me fuese a alejar también de mi propia mente. Estaba agotado, sentía que me iba a derrumbar en el suelo en

cualquier momento.

El día había amanecido plácido y soleado, pero a medida que iba avanzando el mediodía, el cielo se había ido cubriendo de nubes y el viento soplaba con mucha fuerza. Sentía que me ahogaba no sólo por la carrera, el terror y el dichoso tabaco, sino también por la acción del viento al entrar en mi boca abierta.

A unos metros, pude observar la modesta casa, con su jardín pequeño y la valla, en la que vivía la mujer que ahora era mi amante y comencé a sentir un repentino alivio. Un pequeño esfuerzo más y estaría allí.

Corrí como un poseso, sacando fuerzas que pensé que no tenía de lo más profundo de mi ser. Finalmente pude llegar a la puerta. Podría haberla derribado, de la velocidad y el terror que traía en el cuerpo. Pero me detuve en seco. Entonces sentí un ruido tras de mí. Quería girarme, pero aquello era superior a mis fuerzas. Lo vi todo borroso y luego negro y creo que me desplomé en el suelo.

Me desperté aturdido y desorientado. Había perdido la noción del tiempo. Pero, al abrir los ojos, lo primero que vi fue un rostro angelical de mujer. Al principio, borroso. Creí que era el rostro de la que había perdido hacía ya algo más de un año y medio. Pero luego, cuando mi vista se fue aclarando, vi un rostro blanco y ovalado, pero en lugar de unos ojos verdes, los que allí había eran azules. Y unos bellos rizos negros que caían en cascada, desde una frente amplia y tersa. La nariz, la boca, cada rasgo, cada curva, se parecían a los de Doña Celia, pero eran distintos al mismo tiempo. Definitivamente, no era ella. Era la mujer a la que amé la noche anterior y su mirada y expresión eran de preocupación.

Inmediatamente hice ademán de querer levantarme, a pesar de que me sentía muy débil, además de desorientado. Ella, con un suave gesto, me lo impidió y me ayudó a recostarme de nuevo.

-Debería ir a cerrar la puerta de casa y recoger algunas cosas. - dije con un hilillo de voz.

- Lo que debes es descansar. Mañana irás a ver a un médico. - sentenció ella.

- Pero tengo un montón de trabajo pendiente y a punto de terminar. Un último esfuerzo y lo habré acabado. - quise poner yo como excusa, con tono de fastidio.

- Ni hablar. Ahora descansarás. Y mañana recogeremos tus cosas y cerraremos tu casa. Pero irás al médico. -dijo finalmente con un ligero

brillo en sus bellos ojos azules.

La idea de dejar mi casa abierta de par en par no me agradaba en absoluto, pero tendría que haberlo pensado antes de dejarla así. Claro que las circunstancias obligaban en este caso. No quise discutir con mi nueva dama sobre estos particulares más de la cuenta, de manera que tendría que resignarme. Si al menos hubiese podido recoger los bestiarios y alguna de mis notas. Pero no fui capaz. No mientras aquel ser estuviese allí. De manera inevitable, debía abordar de una vez esta cuestión con ella.

- ¿Pudiste ver algo o a alguien tras de mí? - pregunté

- ¿A qué te refieres? -

- Algo persiguiéndome. Cuando llegué a tu puerta y perdí el sentido, creo que me alcanzó. -

- No sé de qué estás hablando. Es la segunda vez que te encuentro sin sentido. Y esta vez ante mi puerta. No vi a nadie si es lo que te preocupa. - dijo. - Mañana te verá el médico y veremos qué hacer. Pero ahora duerme. Es obvio que aún estás en shock. -

Estaba claro que dijera lo que dijese ahora iba a sonar enfermizo y ella no lo iba a creer. Tendría que abordar la cuestión de la figura que me perseguía en otro momento. Y ni por lo más remoto debía decírselo a nadie más o me internarían. De manera que decidí hacer caso de lo que ella me decía y cerré los ojos.

Ella se quedó a mi lado todo el tiempo. Podía sentir su mano, algunas veces sobre mi frente y otras sobre mi pecho. No tardé en quedarme profundamente dormido. Y en verdad que debí pasar una noche horrible de agitación y de pesadillas; pues, al día siguiente, ella me lo dijo. Yo no recordaba haber soñado nada. Más aun cuando, en el fondo de mi mente, tenía incrustada la presencia de aquella figura que me perseguía.

-Ahora dúchate y vístete. - me ordenó. - Iremos a tu casa y podrás recoger lo que quieras. Luego iremos a ver al médico. -

-Y cerraremos mi puerta. Espero que no se haya colado nadie. - dije yo, sonriendo socarronamente; aunque, lo que en verdad pensaba era que nadie iba a haber en este pueblo para colarse en mi casa y que lo que en verdad me daba temor ya estaba allí. Me estremecí y ella pareció advertirlo.

Obedecí como un buen paciente y me fui directo al cuarto de baño, donde me duché, afeité un poco y acicalé lo mejor que pude. No tenía otra ropa más que la que había traído puesta, pero por fortuna, estaba bastante

limpia. De manera que me vestí con la misma ropa de los dos días anteriores y quedé bastante presentable.

Al salir del cuarto de baño, ella me echó un buen vistazo y, como si una vez más adivinase lo que pensaba, me dijo que estaba muy guapo, me besó y cogió las llaves de su casa y de su coche. Ella ya iba vestida con su uniforme de trabajo. Pensé por un momento que sería extraño que ella me acompañase al médico, pero como ella no parecía darle importancia, decidí olvidarme de ese asunto.

Cogimos el coche y, en menos de dos minutos, ya habíamos llegado a mi casa. Sentí un ligero estremecimiento y una desazón repentina. En verdad que no quería entrar solo. Y, sin que yo se lo pidiera, mi nueva compañera se bajó del coche, dispuesta a ayudarme a entrar, coger mis cosas y cerrar la puerta. Así lo hicimos. Al entrar, no vimos nada fuera de lugar, ni revuelto. Todo estaba, por suerte, como lo había dejado. No se veían signos de ningún intruso. Ni siquiera de la extraña figura. ¿Sería acaso un producto de mi imaginación? Parecía tan real. Esto no me tranquilizaba en absoluto. Sin embargo, no advertir la presencia del extraño ser sí que me tranquilizaba un poco.

Subimos a la segunda y a la tercera planta, revisando todas las habitaciones. Nada. Ni el más mínimo rastro de nadie ni de anomalía alguna. Después, volvimos a bajar al segundo piso. Me paré en seco frente al pequeño cuarto de baño de la segunda planta. Abrí la puerta de par en par y encendí la luz a toda prisa, esperando hallar al ser allí, esperándonos. Pero no había nada en absoluto. Me quedé un poco sorprendido y mi compañera no dejaba de mirarme extrañada. Pero no dijo nada. Tras esto, entré en la habitación de al lado del pequeño cuarto de baño. Una hoja de una ventana estaba abierta. Debía de ser la que golpeaba el día anterior y hacía ruido. Los rayos del sol penetraban a través de ella, inundando la estancia y se escuchaba el canto de los pájaros. ¡Qué diferencia con el día anterior!, pensé. Avancé hacia la ventana y la cerré, asegurándola bien. Finalmente, fuimos rápidamente a mi estudio, donde cogí los bestiarios y un cuaderno en el que tomaba notas y una pluma estilográfica que conservaba desde mis días de estudiante, regalo de mi abuelo. Luego llené una pequeña maleta con unas mudas, dos camisas, un par de trajes y unos zapatos negros.

- ¿Lo tienes todo? - preguntó ella.

-Sí. Está todo. Todo lo que necesito, por ahora. - contesté.

Nos fuimos, dejando mi viejo caserón cerrado tras de nosotros. Lo iba mirando por el espejo retrovisor del coche, hasta que lo perdí de vista. Sabía que el extraño ser estaba allí, en alguna parte, acechando. Y sabía

que pronto volvería a verlo.

Hasta la capital de la provincia había quince kilómetros de viaje, de manera que, allí mismo en el coche, me acomodé lo mejor que pude y me puse a leer y a tomar notas en mi cuaderno. Si de algo tenía ganas era de enfrascarme en el trabajo y evadirme de esta realidad.

## LA SANTA COMPAÑA

A lo largo de los siglos, por el noroeste de estos nuestros Reinos, especialmente en Galicia, se cuenta la leyenda sobre la aparición de una procesión de difuntos, los cuales van ataviados con túnicas negras y, en ocasiones, van a lomos de caballos. Su misión en esta tierra es la de advertir a los hogares en los que, en breve, habrá una muerte de algún familiar, vecino o bien del propio ser humano con quien se topan. Se dice que, cuando uno se cruza con la Santa Compañía, debe trazar un círculo en el suelo y permanecer dentro, sin decir palabra alguna, o bien poner las manos en los bolsillos, o trazar cruces. De lo contrario, los espíritus se lo llevarán para que se una a su macabra procesión.

Sucedió el caso de un hombre joven, el cual se dedicaba al pastoreo de ovejas. Cada cierto tiempo, solía llevar a sus animales a la montaña, donde estuvieran los mejores pastos. Allí pasaba el tiempo en una pequeña cabaña, mientras sus animales pastaban plácidamente.

Un día como cualquier otro, el pastor andaba entretenido en recoger sus aperos de su casa y sus rebaños del humilde y tosco cercado en que los tenía. También se llevó pan, queso y un poco de cecina, así como agua y algo de vino. Su intención era la de marchar al monte, para que sus ovejas pastasen, mientras él pernoctaba en la cabaña y se dedicaba allí a segar y a otros quehaceres. Salió bien temprano por la mañana, pues aún no había amanecido, para llegar al día siguiente por la noche.

Dejando atrás la aldea y a sus vecinos, algunos de los cuales ya se habían levantado para hacer sus labores cotidianas, el pastor echó a andar a través de un sendero que conducía sinuosamente a través de verdes prados y campos, hacia la linde de un frondoso bosque, a través del cual también discurría el camino.

Anduvo el pastor hasta bien entrado el mediodía, mientras conducía sus rebaños, cuando decidió detenerse a descansar un poco y comer algo. Se hallaba ya dentro del bosque, en una encrucijada en el camino, junto a la que corría un pequeño riachuelo de ondulantes y cristalinas aguas. Allí se detuvo. Y, sentándose sobre una peña que se hallaba en el mismo lugar, se puso a comer un poco de pan y queso, mientras sus ovejas bebían del riachuelo y rumiaban los helechos y la hierba del bosque. Llevaba ya allí un buen rato, cuando le pareció escuchar un ruido como de cascabeles en la lejanía y la espesura. Miró en derredor y en todas direcciones, pero no

consiguió ver nada ni a nadie, por lo que determinó que debía de haber sido algún ruido producido por el viento, por alguno de sus animales o bien fruto de su propia imaginación.

Cuando hubo terminado de comer su trozo de pan y queso, se levantó de donde estaba sentado, reunió a todos sus ganados y prosiguió su marcha a través del bosque, mientras iba silbando y canturreando por el camino, dejando atrás los altos árboles y una coloreada moqueta de helechos, tréboles, flores aromáticas, hierbas y hongos que se extendían a ambos lados del camino y hacia la espesura del bosque. Sólo se escuchaban los balidos de sus ovejas, el viento meciendo las ramas de los árboles, sus cantos, el fluir del agua a través del riachuelo y sus propios pasos.

Estuvo andando un buen rato. Ya estaba oscureciendo y haciéndose tarde, pero aún seguía dentro del bosque. El camino era ahora empinado, aunque no menos sinuoso y el pequeño riachuelo se había ido ensanchando y quedaba ahora atrás y muy abajo, siguiendo su imparable curso y su ondulante discurrir.

El pastor conocía un refugio de caza, no muy lejos de donde estaba, en el que podría pasar esa noche; para proseguir, a la mañana siguiente, su camino hacia la cabaña en las montañas. Apretó el paso, para poder llegar antes de que anocheciera, ya que no quería que la oscuridad lo sorprendiese en el camino. Unos robles viejos se alzaban a los lados del camino, mientras sus ramas se retorcían como serpientes. Las sombras se estaban empezando a cerner sobre el bosque, pues el crepúsculo ya estaba dando paso a la oscuridad de la noche. Cantaban los grillos y los sapos silbaban, mientras nuestro pastor apretaba aún más su paso y el de sus animales. Empezaba a notarse algo asustado y nervioso, sin razón aparente, pues había transitado por el mismo camino en numerosísimas ocasiones. Pero aquella vez, notaba algo diferente que no podía imaginarse. El viento soplaba con mayor fuerza y su ulular quejumbroso, como de algún ánima en pena lamentándose, contrastaba con el crujido de las ramas de los árboles. Estos sonidos lo exasperaron y asustaron aún más.

Finalmente, junto a un pequeño claro del bosque, a una corta distancia de donde se hallaba, pudo ver el refugio de caza. Dicho refugio era una diminuta cabaña en donde los cazadores descansaban y tenía un pequeño cobertizo en donde solían descuartizar a las presas. Por fortuna, nuestro pastor no vio luz ni movimiento alguno, lo cual significaba que los cazadores no estaban ese día, por lo que podría meter sus ovejas en el cobertizo, mientras él dormía en la cabaña.

Así lo hizo y, después de cenar un poco de cecina y beber algo de vino rebajado con agua, no tardó en quedarse dormido. Pues pese a que se sentía un poco nervioso, le pudo más el cansancio. Tuvo un extraño y agitado sueño que luego no podría recordar, salvo pinceladas, en las que

un esqueleto bailaba delante de él. Y a eso de las tres de la madrugada, le despertaron los balidos de sus ovejas. Entre todo el ruido que sus animales hacían en el cobertizo, escuchó de nuevo un ruido parecido al de los cascabeles.

Largo rato estuvo escuchando, pues sus ovejas fueron enmudeciendo, como paralizadas por algún extraño terror arcano que sólo ellas podían discernir entre las sombras de la noche. Pero el ruido de cascabeles se seguía oyendo, con más fuerza y cada vez más cerca. A este sonido, le siguieron al punto unos sonidos como de cánticos y de cascos de algún caballo. E, incluso, pudo distinguir el pastor el sonido de pasos a través del camino. Ansioso por tales ruidos y deseoso de que, al menos, la causa de tales, fuesen los cazadores, el pastor se asomó a un ventanuco que había junto a la puerta de la cabaña. Entonces, le invadió el mayor de los espantos.

Ante sí mismo, pudo contemplar el espectáculo de unas figuras fantasmales, algunas eran figuras de esqueletos, que iban envueltos en sudarios y sostenían cada uno una vela. Caminaban de forma lenta y parsimoniosa, mientras iban entonando cánticos y rezos, algunos de ellos en lengua extraña. El murmullo era incesante y demencial. Pero lo más pavoroso era ver el aspecto del que lideraba la lóbrega comitiva. Era un individuo altísimo, de gran osamenta, el cual venía envuelto también en un sudario o túnica negra, igual que el resto. Pero lo que destacaba del mismo era que traía la cabeza o más bien, la calavera al descubierto. Y era una calavera enorme con ojos llameantes. Y el cascabeleo que se había escuchado, provenía de unos huesos que, al entrechocar unos con otros, producían el sonido, que servía de guía para todos. Sostenía su líder estos huesos en sus manos descarnadas.

El pastor, que ya sabía lo que era aquello, pues había oído contar historias a sus abuelos, se santiguó, trazó un círculo en el suelo y, poniendo los brazos en cruz y cerrando los puños, comenzó a rezar cuanto sabía y a decir "cruz tengo", después de cada rezo.

De pronto, aquella comitiva se detuvo, cesaron los cánticos y un resplandor sulfuroso lo invadió todo, desde el bosque hasta la pequeña cabaña del refugio de los cazadores. El pastor estaba henchido de espanto y hubo de cerrar los ojos en un punto. Alguien llamó entonces con fuerza a la puerta de la cabaña. Lo hizo tres veces, con la fuerza que pudieran tener unos nudillos descarnados. El pastor ni se movió, cesó un segundo de rezar, tomó aire y volvió a orar con más fuerza y fervor que antes. Volvieron a llamar a la puerta. Otras tres veces. Nada se oía, salvo el lamentoso ulular del viento, el crujido de las ramas de los árboles y el rezo del pastor, que no se movía del lugar en donde estaba.

Entonces, alguien abrió la puerta de la cabaña y entró dentro, encorvándose un poco. Se trataba del espectro que lideraba aquella

compaña, quien se detuvo ante el pastor y parecía estar escudriñando hasta el más oscuro de sus pensamientos con aquella llameante y sulfurosa mirada. El pastor sudaba y temblaba al mismo tiempo y en un punto abrió los ojos para hallar de frente a aquel ser. Y su mirada se enfrentó con la del espectro. Dos luminarias sulfurosas, cuyo resplandor todo lo invadieron, sobre dos vacías cuencas. El pastor lanzó un alarido horrorizado y se desvaneció.

Cuando recuperó el sentido, tenía un cirio en sus manos e iba liderando la compañía. Caminaron durante noches y más noches, con sus cánticos y ensalmos, mientras el pastor se iba consumiendo, presa de la más atroz extenuación.

Los vecinos del pastor lo buscaron durante días, no pudiendo hallar más que a sus animales en un refugio de caza. Un vecino los cuidó, como si fueran suyos, mientras esperaba a que el pastor volviera sano y salvo.

Una mañana, lo hallaron muerto y cubierto de rocío, en una encrucijada del bosque, junto a la que corría un riachuelo de ondulantes y cristalinas aguas. Le hicieron la autopsia, pero no pudieron determinar la causa de su muerte. Allí, en aquel mismo lugar donde lo encontraron, levantaron un cruceiro, para honrar su memoria.

## VIII

El hospital era un edificio que se alzaba imponente y majestuoso. Sus muros eran demenciales, grises, lisos como si fueran de mármol. Sentí inmediatamente una gran desazón y un descorazonamiento infame que me corrieron desde los pies a la cabeza. Sólo de pensar en que debía entrar en aquel edificio, ya me ponía enfermo. Pero tenía que hacerlo, con tal de que mi nueva dama se quedase tranquila; pues, al fin y al cabo, yo fui quien corrió a su puerta en busca de su ayuda.

Cuando penetramos por fin en el edificio, pude ver que no todos andaban por allí con su propio pie. Cosa que, de manera absurda, me hizo sentir afortunado y consolado al mismo tiempo. Allí había uno en silla de ruedas sin una pierna, otro tumbado en una camilla, allá una mujer con muletas y sostenida por un hombre viejo y otro joven, acullá oíanse gritos y lamentos.

Avanzamos a través de los pasillos, plagados de gente enferma y sana, hasta unas escaleras por las que subimos a otra planta. Mi dama, que no soltaba mi brazo, me condujo a través de otro inmenso pasillo, hasta llegar a una puerta verde en la que, en una plaquita, decía "Doctor Suárez. Psiquiatra." y allí llamó suavemente con los nudillos. Ella me dijo

que esperara y yo me senté en un banco que junto a la puerta se hallaba.

Pasaron unos segundos y el doctor, un hombre calvo de abultada cabeza y gafas redondas salió e hizo pasar a mi nueva amante, mientras que yo me quedé allí sentado a esperarlos. Aunque no por mucho tiempo; ya que, al parecer, aquel doctor debía de tener muy pocos pacientes y a esa hora ya los había despachado a todos.

El hombrecillo de abultada cabeza me hizo pasar entonces a su consulta haciendo un ligero ademán con una de sus nervudas manos. Una vez dentro, me hizo tomar asiento frente a su mesa y junto a la que pasaba por ser mi enfermera, aunque los tres sabíamos que ya era más que eso. Entonces, de manera harto cortés y en voz muy queda me dijo que le hablara sobre lo que me había estado sucediendo estos días.

Miré a mi dama por un segundo, como si quisiera que ella respondiese por mí y, al mismo tiempo, como preguntándole qué le había contado y qué clase de trampa era aquella en la que me había hecho caer. Vi que ella, sencillamente, se encogió de hombros. Entonces, mirando al hombrecillo de abultada cabeza, traté de explicarle, lo mejor que pude, lo que había estado haciendo y lo que me había ocurrido, cuando aquel ser me perseguía, poniendo especial cuidado en no mencionar ni la existencia ni la presencia del ser. El médico se limitaba a asentir con la cabeza y a tomar nota de cuanto decía, salvo cuando le mencioné mi visita a la taberna y después al cementerio, donde me dediqué a acomodar las tumbas de mis ancestros y a observar la de Doña Celia. Llegado a este punto, me miraba frunciendo el ceño y con expresión parecida al asombro. Después, volvió a sus notas.

-Cuénteme qué le ocurrió ayer tarde, si no es molestia. - dijo, mientras se echaba hacia atrás en el respaldo de su silla y cruzaba las manos la una sobre la otra.

-Yo estaba en mi casa, trabajando. - dije tras un breve instante. -Estaba leyendo unos magníficos libros que compré no hace mucho y tomando notas. También estuve tratando de terminar algunos trabajos propios...-

- ¿En qué trabaja usted? Con perdón por la interrupción. -

-Soy escritor o lo intento- dije yo, esbozando una media sonrisa, más para tranquilizarme a mí mismo que otra cosa. -Como le iba diciendo, estuve trabajando y, después de haber estado un buen rato con este material entre manos, decidí tomarme un breve descanso para comer. Bajé a mi cocina, me preparé algo y tomé una taza de café, cuando de pronto, creí escuchar un ruido que provenía de una de las habitaciones de la segunda planta. Cuando subí, vi que era una ventana que estaba abierta. Creí que alguien se había colado, me asusté y salí corriendo, para vergüenza mía,

dejando mi casa abierta de par en par. –

El médico me miraba de arriba abajo frunciendo el ceño y esta vez volvió a adoptar la expresión de asombro, aunque pude notar algo de incredulidad. Se echó adelante en su asiento y volvió a sus dichas notas. Finalmente, al cabo de un rato me dijo:

-Es evidente que ha sufrido usted un ataque de pánico repentino, tal vez debido al estrés. Mi consejo es que vuelva a su casa, pero intente relajarse y tomarse la vida con más calma. Le recetaré unas pastillas para que pueda dormir. - volvió a echarse hacia atrás en la silla. –También le recomendaría que volviese a verme, por si quisiera usted hablar de alguna otra cosa que le atosigue o le perturbe. –

-Así lo haré, doctor. - respondí yo, mientras ya me levantaba del sitio.

El médico me tendió entonces su mano para que se la estrechara. Y así lo hice. Después, nos acompañó a la salida. Y yo salí, pero mi dama aún se quedó hablando con él un buen rato. No tengo ni la más mínima idea de sobre qué hablaron, pero cuando ella salió y enfrentó su mirada a la mía, advertí un matiz de reproche, pues los dos éramos conscientes de que no le había contado todo al médico.

-Tengo que quedarme aquí hasta acabar mi turno- me dijo. Y me tendió las llaves de su coche. -Tú puedes distraerte por ahí, si quieres o volver a casa. –

-Creo que sé a dónde iré. Vendré más tarde a buscarte. - dije.

Y, metiéndome las llaves en el bolsillo, le di un discreto beso y eché a andar por el pasillo, con dirección a las escaleras, pues en verdad que estaba deseando largarme de allí. Iría a visitar la vieja librería en la que compré los bestiarios.

Cuando bajé las escaleras y volví a ver todo atestado de gente, sentí un ligero estremecimiento. Tomé aire y, procurando no volver a mirar a nada ni a nadie, quise salir del edificio. Pero entonces, tras de mí y por el rabillo del ojo, observe una puerta que se abría. Y justo allí creí adivinar la silueta que me había estado persiguiendo. Una sombra, un torso estilizado o su silueta, sin piernas. Allí estaba. Me giré lo más rápido que pude y miré hacia la puerta, que se cerró de golpe, sin darme tiempo a ver nada.

Yo sabía, empero, que el ente me seguía allá donde iba. Y sabía que estaba allí ahora. Observando. Esta vez no huiría. Me armé de valor y, tras mirar en todas direcciones, por cerciorarme de que nadie me siguiera, anduve con paso firme en dirección a aquella puerta. Fui a dar a otro pasillo, iluminado de forma tenue y desierto. Las lámparas parecían estar fallando. Lo recorrí cuan largo era, con paso cauteloso. El sonido de mis

propias pisadas y un ruido eléctrico de las lámparas que fallaban me sobrecogían. Pero, aun así, avancé hasta llegar a una puerta entreabierta, la cual conducía a unas escaleras, que se dirigían a las plantas inferiores y al sótano del hospital.

Mientras bajaba por las escaleras, las lámparas que las iluminaban fallaron y me vi envuelto por la más absoluta oscuridad. Por suerte, las lámparas de emergencia, empezaron a funcionar y, aunque envuelto en la penumbra, pude seguir avanzando. Bajé unas dos o tres plantas, cuando me encontré con otra puerta abierta. Ignoraba a dónde conducía, pero vi que era hacia otro pasillo, totalmente a oscuras, salvo por un resplandor sulfuroso que lo iluminaba de forma tenue.

Sin pensar en nada, sólo de forma mecánica, atravesé esas puertas y me vi sumergido en aquel extraño pasillo al que el ser me había conducido. Y contemplé con inmenso horror como a cada uno de los dos lados de este pasillo, había camillas sobre las que estaban dispuestas bolsas negras, en cuyo interior se hallaban los cuerpos de los difuntos. Solté un grito ahogado. No quería mirarlas, pero aun así las miré, pues me parecía que alguno de aquellos difuntos se iba a levantar de un momento a otro.

En un momento determinado, miré al frente y al fondo del pasillo. Allí lo vi. Allí estaba esperando el ser. Me quedé paralizado por el miedo, preguntándome por qué demonios lo había seguido hasta aquella trampa de la que no podría escapar. Pero el ente no atacó, ni parecía venir en mi persecución. Sí que parecía hacerme señas hasta una sala en que se metió. Y, a pesar de que mi instinto y mis deseos me indicaban lo contrario, yo le seguí hasta allí.

Abrí las puertas de la sala de par en par y miré al interior de la misma, por buscar al ente allí. La última visión que recuerdo antes de salir huyendo y desvanecerme en las escaleras es la de varios cuerpos sobre las mesas, abiertos en canal y cuyos órganos aún descansaban a sus pies. Lo vi por un ligero instante, pero se grabó a fuego en mi memoria. Me giré de forma casi veloz, aguantando las ganas de vomitar y eché a correr sin mirar atrás, hacia las plantas superiores. Cuando estaba casi arriba, me fallaron las fuerzas y me desmayé. El ser no me seguía y tuve suerte de no caer por las escaleras y romperme el cuello. Pero allí, sobre un rellano, caí tendido cuan largo era.

Cuando recobré el sentido, estaba tendido en una cama del hospital. Me habían ingresado. Tenía puesto uno de esos ridículos pijamas que se atan con un trozo de cinta y se caen solos y no encontré mi ropa por lado alguno, por más que recorrí la habitación con la vista.

Al menos, en la mesita de al lado, pude ver un cuaderno y los viejos bestiarios. Supuse que mi dama me los habría dejado allí y los doctores habrían accedido a ello. Resignado a permanecer allí una temporada, abrí

los bestiarios y continué leyéndolos.

En esta parte se hablaba de brujas, aquelarres y apariciones del demonio. Y, rápidamente, a mi imaginación acudió el cuento que sigue.

## LAS BRUJAS

Sería el año mil setecientos quince, cuando en un lugar del Norte de España, se dieron lugar los terribles hechos que aquí se van a relatar.

Una pareja viajaba en su carro, tirado por su caballo, a través del bosque. Se dirigían hacia la ciudad para ir al mercado. En su carro llevaban unas botellas de un magnífico vino que el joven muchacho producía en unos viñedos que había heredado de su padre. La intención de la joven pareja era vender el vino y luego buscar un cura para acordar la fecha de su boda.

Llegaron a la abarrotada ciudad y no tardaron mucho en poder vender aquel magnífico vino a los dueños de las posadas y tabernas, a un mercader que había en la plaza y a un par de transeúntes que se toparon con ellos. La joven pareja no cabía en sí de gozo, pues habían vendido todas las existencias de vino que traían en el carro a una velocidad pasmosa.

Como aún lucía el Sol, pues era pronto por la tarde, la pareja se encaminó hacia la iglesia de la ciudad. La iglesia estaba también a reborar de gente, pues se iba a celebrar la misa. Dejaron su carro y su caballo a la entrada del edificio, atada la montura a un poste y junto a otras cabalgaduras que allí había. Entraron en el templo y escucharon la misa, determinados como estaban a hablar con el párroco una vez terminase la ceremonia religiosa.

Una vez que hubo terminado la misa y las gentes comenzaron a retirarse en paz, nuestros jóvenes no desperdiciaron un segundo y fueron a hablar con el sacerdote, a fin, como ya se ha dicho, de acordar el día de su boda. El párroco, hombre que frisaba la cincuentena, muy afable y cordial habló con ellos y todos pudieron llegar a un acuerdo. Los jóvenes podrían celebrar su boda a principios de verano. Y no quedaba mucho para esas fechas, por lo que el sacerdote les recomendó que estuviesen bien preparados para entonces. La muchacha brincaba y lloraba de alegría, mientras su prometido, sonriendo, le decía que se contuviera ante el cura, el cual, sonriendo también, condescendió de buen grado con la felicidad de ambos.

Todo había salido a pedir de boca ese día, por lo que los jóvenes prometidos, aún a riesgo de retrasarse un poco, decidieron celebrar su buena fortuna, bebiendo unos tragos y bailando en la taberna. Tenían

pensado marchar a su pueblo en ese mismo día y les preocupaba tener que hacer el camino de vuelta por la noche. Aunque pronto determinaron de pasar la noche en una posada que había en el camino, no muy lejos de la ciudad.

Estuvieron bailando y bebiendo un buen rato. Afuera ya estaba oscureciendo y los vapores del vinazo ya se les estaban subiendo a la cabeza a ambos; por lo que, dando gracias a los otros parroquianos y despidiéndose de todo el mundo, se fueron dando brincos de alegría y algún traspié, hacia donde tenían el carro y el caballo amarrado, que era en la entrada de la iglesia.

Despejándose un poco con el aire primaveral que corría y con un poco de agua de un abrevadero que allí también se hallaba, se subieron al carro y emprendieron el viaje de regreso.

En mitad del camino real estaban, cuando de pronto, el caballo empezó a cojear. Y era que las herraduras ya estaban muy usadas y se había herido con una piedra en la pezuña derecha delantera. Un poco borracho aún y consternado, el joven se apeó del carro y le miró la pezuña al animal, con lo que pudo confirmarlo. La chica se apeó también. Y con el animal renqueante y resollando, el carro vacío y los vapores del vinazo subiendo más todavía, determinaron de ir andando hasta la posada del camino, descansar allí y tratar de herrar de nuevo al animal.

Caminaron un buen trecho, mientras el viento primaveral mecía las ramas de los árboles del bosque, ahora a su derecha. Se oía el canto de los grillos y el ulular de los búhos, a medida que la noche se iba cerrando. La joven empezó a asustarse un poco, mientras el novio la tranquilizaba. El caballo, resollando, avanzaba a duras penas. En verdad, ambos estaban asustados, por si hubiese algún bandido en el camino y los sorprendiese con un saco lleno de dineros. Aún con esas, no hubo más remedio que hacer alto allí donde estaban, pues el caballo no podía más. Debían abandonarlo y volver por él a la mañana o bien quedarse donde estaban. El joven decidió esto último, a lo que su dama accedió con no muy buen talante, pero confiando en el buen juicio de su futuro esposo. Juicio un poco nublado por el vino, todo hay que decirlo.

Parados en la margen derecha del camino, se echaron en el carro y se abrigaron con la lona con la que habían traído cubiertas sus mercancías. Y así, trataron de dormir. Mas no pudieron, porque no dejaban de pensar en bandidos y otras amenazas nocturnas y no cesaron de musitar, temblar y dar vueltas. Por fortuna, los vapores del vino les hicieron efecto y el mucho cansancio también, con lo que a eso de la medianoche se durmieron al fin.

Serían ya las tres de la madrugada, cuando comenzó a sonar un rumor proveniente del bosque y traído por el viento. La chica se despertó y

comenzó a escucharlo. Al principio no sabía muy bien lo que era, pero en un punto, le pareció que eran voces humanas. Asustada, despertó a su novio, el cual no lo hizo de muy buena gana y le dijo que escuchara. El joven así lo hizo, aún adormilado. Y en principio creyó que debía de tratarse de algún resquicio del sueño, pero al despabilarse, escuchó el murmullo como de voces humanas entonando algún tipo de cánticos o ensalmos.

Ambos jóvenes se miraron un instante, confundidos y asustados. Trataban de explicarse quiénes podían producir tales ruidos y qué estarían haciendo. Como la curiosidad mató al gato, pero primero bien le pudo, al final, ambos convinieron en que, tal vez, deberían acercarse al lugar de donde provenían las voces, todo ello por ver quiénes eran las gentes que esas voces daban a tales horas de la noche. Y volviéndose a bajar del carro y de forma muy cautelosa y muy queda, la joven pareja se adentró en el bosque siguiendo aquel sonido que, aunque estremecedor, era atrayente para quienes lo escuchaban.

La pareja se adentró en las profundidades del bosque. El crujir de las ramas y los troncos de los árboles, por acción del viento, les asustaba. Pero el hechizo de aquellas voces, que se iban haciendo más audibles a medida que se acercaban a ellas, les tenía hipnotizados.

Llegaron finalmente a la entrada de una gruta en la falda de la montaña. Sobre dicha entrada se alzaban unos viejos robles retorcidos y sin hojas que casi la ocultaban a la vista. Pudieron dar con ella, porque de su interior salía un resplandor anaranjado, fruto de alguna gran hoguera. De allí también salían las voces que habían escuchado. Y parecían estar entonando alguna clase de conjuros malignos, que ningún humano entendimiento debía escuchar ni proferir.

Ambos jóvenes penetraron en la gruta y se asomaron cautelosamente a través de una pared formada por las estalactitas. Para su inmenso horror, vieron allí reunidas en torno a una gran hoguera, a un grupo de mujeres ataviadas con túnicas negras, otras totalmente desnudas. Las que estaban vestidas entonaban los cánticos y ensalmos, mientras las otras danzaban en torno a la gran hoguera. Aquellas mujeres eran brujas y estaban invocando al mismo demonio.

Los jóvenes prometidos temblaban por el terror. Pero decidieron que habían visto suficiente y que habían llegado demasiado lejos, por lo que intentaron dejar atrás aquella cueva y a los malignos seres que estaban en ella. Ya estaban dando el primer paso atrás, cuando de repente algo sucedió. Las llamas de la gran hoguera se tornaron azules, penetró en la cueva una ráfaga como de viento y justo en aquel círculo maldito que las brujas habían trazado, en torno a la hoguera, apareció la figura de un ser

altísimo y muy fornido, con cabeza de macho cabrío.

- ¿Quién se atreve a perturbar mi reposo? - preguntó el ser, con voz atronadora.

-Unas humildes siervas tuyas, que te llaman. – respondió una de las embozadas, de voz cascada.

- ¿Y qué es lo que queréis? - volvió a preguntar el ser.

- Servirte. Y aprender los oscuros secretos de los arcanos y de tu inmenso poder, ioh, Gran Señor! – respondió la vieja bruja, de nuevo.

- Para ello habré de disponer de vuestros cuerpos y vuestras almas. – dijo el ser.

- Así sea, ioh Gran Señor! – respondió la bruja vieja, finalmente.

Y las brujas rieron, chillaron y bailotearon en torno de la hoguera y del ser que había aparecido, mientras seguían entonando sus cánticos y ensalmos. Entonces, se escuchó un ruido en la cueva, cuyo eco se extendió hasta el último rincón. Era la joven pareja que habían tropezado con una estalactita, provocando así un pequeño desprendimiento.

-Parece que tenemos visita. No temáis, jóvenes. Acercaos. - dijeron las brujas.

La joven pareja, sin saber qué hacer y a pesar de su voluntad, se acercó a la hoguera en donde estaban las brujas y el mismo demonio reunidos. El terror que sentían era indescriptible, pero a pesar de ello, había algo que era superior a sus fuerzas, que los dominaba y atraía hacia el aquelarre.

-No temáis, jóvenes. Uníos a nosotros. - dijo una de las brujas.

Y todas las demás repitieron tales palabras en un coro infernal que se introducía hasta lo más profundo del cerebro de los dos jóvenes, quienes ya estaban en el centro de la caverna y, por tanto, en poder de las brujas y el horrible demonio.

Las malévolas brujas comenzaron entonces a acariciar los cuerpos de los dos jóvenes, mientras seguían entonando sus ensalmos. También reían y danzaban, ahora en torno de ellos dos.

Las brujas despojaron entonces a los jóvenes de sus ropas y les conminaron para que entrasen en el círculo con ellas, para danzar en torno de la hoguera y del ser maligno. Ambos jóvenes obedecieron y todos entraron en un demoníaco frenesí y un éxtasis satánico. Bailaron en torno al ser, mientras las llamas azuladas subían en intensidad, como si

aquel maligno fuego fuese a devorarlos a todos, si es que no era el ser quien los devoraba.

Entonces, en un punto, la joven pareja se entregó a sus deseos carnales y gozaron el uno del otro. Allí, rodeados por las brujas como estaban y a la luz y el maléfico calor de las azules llamas de la hoguera. Allí se besaron, se abrazaron y fundieron el uno con el otro. Las brujas chillaban y reían extasiadas, mientras proferían maldiciones y blasfemias.

Cuando los jóvenes hubieron consumado el acto de satisfacer sus deseos carnales, el demonio salió de la hoguera y se irguió ante ellos, haciendo que se levantasen. De pie, ante aquella figura altísima, los dos muchachos no sabían qué hacer ni qué pensar. El demonio tomó las manos de ambos muchachos y las unió, mientras musitaba que ya estaban casados y prorrumplía en una sonora carcajada. Las brujas secundaron al demonio en la carcajada y allí volvió a reinar un jolgorio, caos y pandemónium bestiales.

Finalmente, tras acabar los paganos festejos, la bruja más vieja se dirigió a la joven pareja en estos términos:

-Y ahora, queridos muchachos, debéis hacer un juramento con vuestra sangre y uniros a nosotras. –

Los jóvenes, no viendo otra salida, accedieron de grado a unirse a las brujas; las cuales, cortando con una daga en sendas muñecas de los recién casados, la vertieron en un cáliz robado hacía mucho tiempo y les dieron a beber. Tras esto, todos en pagana y diabólica comunión se dieron en celebrar más demoníacas liturgias durante el resto de la noche.

Se cuenta desde entonces que aquellos jóvenes nunca más aparecieron. Desde entonces se cuentan terribles historias de viajeros que desaparecen en el bosque de noche, de gritos y risas en la oscuridad y las profundidades de esos bosques. Quien se atreve a aventurarse en ellos por las noches, desaparece o fenece de forma horrible.

## IX

Una enfermera entró en mi habitación, interrumpiendo mi profundo ensimismamiento y mi lectura. Estaba acompañada del médico y dos celadores. Venían a darme algún tipo de medicación para calmar mis nervios y que durmiera. Pero yo no quería dormir, ni mucho menos permanecer allí donde estaba. Tenía que salir de allí como fuese y seguir trabajando. Pues, aunque ellos no lo entendieran y tuvieran la mejor de las intenciones, de mi trabajo dependía mi vida. Cada obra que escribía era, por así decirlo, asunto de vida o muerte. Y no podía permitirme el

lujo de estar parado sin hacer nada.

Aun así, no opuse resistencia. Me di la vuelta y la enfermera me inyectó algo en las posaderas. Estuvieron hablando después conmigo un rato sobre lo mucho que me convenía descansar y sobre lo afortunado que era, pues no me iban a internar en una institución mental. Que lo mío sólo era estrés y algún tipo de shock emocional. Yo asentía y decía que sí a todo, con tal de que se largasen y me dejaran en paz. Llegó un momento en que quise gritar que se fueran y me dejaran solo; cuando, en el pasillo, se oyó un grito y una carcajada. Incluso me pareció que alguien gritaba llamando al Mariscal Murat, haciendo que me compadeciera del hombre y en verdad me sintiese afortunado. Disculpándose los que conmigo estaban de forma harto apresurada, salieron todos para atender al sujeto, fuera quien fuese.

Al cabo de un rato, me sentí somnoliento. Comenzó a invadirme un pesado sopor. Y por más que luchaba por permanecer despierto, no podía. De manera que no tardé mucho en quedarme dormido. Ni tampoco tardaron mucho en acudir a mí los horribles sueños que solía padecer.

En uno, vi a mi antigua amada, Doña Celia. La vi tan hermosa y radiante como ella solía estar, sentada sobre un banco de piedra en un hermoso jardín, mientras en sus manos sostenía un libro. Yo estaba allí, junto a ella, susurrándole algo al oído. Ella sonreía y el brillo y hermosura de sus ojos verdes me hechizaba por completo. Luego, de su neceser, sacó un espejito y, al contemplarse en él, su expresión cambió, tornándose sombría. Me dijo algo que luego no podría recordar y ante mis ojos se disolvió, se pudrió, convirtiéndose en una sustancia bituminosa y maloliente. Grité aterrorizado y me envolvió una abismal e infinita negrura, que me tragó, conduciéndome a un infinito e infame abismo, del cual ya no podría salir.

Aparecí, tras lo que parecieron eones, en una mazmorra excavada en las más recónditas profundidades de la tierra. Estaba desnudo y encerrado en una de las celdas. El calor era sofocante. Tenía una sed rabiosa y la piel me quemaba, debido a la densidad de aquella atmósfera. Unos vapores candentes se elevaban de vez en cuando, haciendo un ruido como el del hierro al rojo al entrar en el agua. Noté que no estaba solo. En las otras celdas, había otros prisioneros, hombres y mujeres, en mi misma situación. Y de pronto comenzaron a sonar lamentos y profundos suspiros y sollozos; los cuales, al oírlos, enloquecían a quien los escuchaba, con lo que la sinfonía de aullidos y de gritos se fue intensificando aún más, hasta hacerse ensordecedora. Yo, empero, guardaba silencio. Tenía ganas de gritar, pero no podía. Observé a una mujer palidísima, aunque con la piel algo quemada también, que tampoco gritaba. Tenía en su cuello unas marcas como si la hubiesen intentado estrangular. Me pregunté si a mí, me pasaría lo mismo que a aquella mujer. Todos estaban palidísimos como cadáveres. Y algunos tenían más quemaduras que otros. Vi a un

hombre con una extraña cicatriz en su cabeza, como un agujero; otros tenían "marcas" como de puñales; quién la cabeza abierta; quién la barriga henchida... Cada "señal" era más horrible que la anterior y me es imposible describir a todos, por lo horrible de sus "marcas".

Entonces, de una escalinata de piedra que se hallaba en el centro de aquella mazmorra, vimos emerger la figura de un ser abominable. Era una especie de criatura antropomórfica, pero deforme y con una piel verde y viscosa, como de sapo. Estaba lleno de pústulas y de quistes supurantes. Tenía un brazo más largo que otro y el más corto era grueso como una viga, mientras que el largo era escuálido. Ambos terminaban en una especie de garras con tres dedos y unas uñas entre negras y verdosas, muy afiladas. El ser no tenía piernas y venía reptando sobre una especie de cola, como de gusano gigante. Y la cabeza no era tal. Lo que debía ser la cabeza era una masa informe llena de ojos y una boca circular plagada de dientes afilados como puñales.

Aquel ser se acercó a la celda en la que yo estaba encerrado, reptando con su cuerpo de gusano, dejando un rastro de apestosa baba entre verde y negra a su paso. Cuando estaba a unos pocos pasos de mi prisión, los barrotes se retiraron debido a algún extraño mecanismo, que no podíamos ver ni comprender; con lo que quedé a su merced.

Aquel horrible ser me asió con su brazo alargado, como si yo fuera hecho de alfeñique y me sacó fuera de la celda. Sentí una repugnancia atroz y el hedor del ser era insoportable. Tuve náuseas, pero no podía vomitar. Y el ser inmundo me condujo, a través de aquellas escaleras, hacia otra galería excavada en la roca. Allí pude ver a otros seres aún más abominables que el que he descrito, arrastrándose, gimiendo y babeando; observando curiosos, qué era lo que se les traía.

El gusano me lanzó como un saco al centro de aquella estancia y yo me quedé allí encogido en el suelo. Los monstruos me seguían mirando, presa de la curiosidad. Parecía como si intercambiasen impresiones entre ellos.

Entonces, como vieron que no me levantaba del suelo, el gusano me obligó a alzarme por fuerza, con el fin de que los otros me escudriñaran y estudiaran. Después, me agarró de nuevo y me expulsó de allí, lanzándome a la oscuridad de un pozo, por el cual caí durante lo que me pareció una eternidad. No notaba mi cuerpo, pero mi mente era un único ser, que viajó a través del espacio y el tiempo. Viajé observando estrellas y cometas. Mundos selváticos y oceánicos. Y también tóxicos y fundidos. Observé planetas habitados por extrañas criaturas y otros seres aún más extraños, que viajaban a través del espacio tiempo. Hasta que, finalmente, llegué a un mundo diferente, cubierto en su mayor parte de agua y habitado por seres antropomórficos que peleaban entre sí, por doquiera se hallaban. Todo me pareció extrañamente familiar entonces. Y

volví.

Desperté en mi cama del hospital, desorientado y con una sed terrible. Aunque, por alguna extraña razón, me sentía bien. Tan bien, que tuve la necesidad imperiosa de escribir y así lo hice, a pesar de notarme algo flojo, por así decirlo.

Se abrió entonces la puerta de mi habitación y vi entrar a mi amada que ya debía de haber terminado su turno.

-Eres incorregible. - dijo al verme. - Pero si sirve para que te distraigas, está bien que escribas.

Esbozó esa sonrisa suya que acentuaba sus rasgos y hacía brillar sus hermosos ojos azules.

-Tengo que salir de aquí. - dije yo

- Saldrás cuando te den el alta. No te preocupes, que será pronto. -

-No sé si fiarme, después de la trampa en que me has metido. -

- No seas bobo. Necesitas descansar y recuperarte. Ya lo sabes. No vas a permanecer aquí mucho, créeme. Y, cambiando de tema, ¿cómo te encuentras? -

-Bien, dentro de lo que cabe. He tenido un sueño de lo más extraño. Pero estoy bien. Ahora me disponía a escribirlo. Pero puede esperar. Prefiero disfrutar de tu compañía-

Ella se rio por lo que acababa de decir y, viendo que me sentía mejor, se relajó un poco. Y a mí, de repente, se me ocurrió que quizás podría leerle algo. A lo que ella accedió de buen grado. De manera que le leí el relato de mi extraño sueño y eso la sobrecogió un poco. Entonces, con el fin de distraernos un poco, abrí los bestiarios del viejo librero y le leí la historia que sigue.

## LA ISLA DE SAN BORONDÓN

Entre las más conocidas historias y leyendas que se dan en España, figura en un lugar destacado, la leyenda de la Isla de San Borondón o San Brandán. Esta isla, según nos cuentan, aparece y desaparece cada cierto tiempo y desde hace varios siglos al noroeste de El Hierro, en el archipiélago de las Islas Canarias. Recibe ese nombre por San Borondón o Brandán, un santo irlandés que buscaba la Isla del Paraíso y que vivió en el Siglo VI. Según el relato del Santo, que llegó a la isla en el año quinientos dieciséis, estaba aquella cubierta por la bruma cuando se la veía desde lejos, pero en la que el Sol no se ponía nunca, cuando uno se

hallaba en su interior. Sus playas eran de arenas negras y estaba cubierta por una gran cantidad de vegetación, que siempre daba fruto.

Hay muchos que dicen no sólo haber visto esta isla fantasma, sino que también hay quien dice haber estado. Incluso Toscanelli la dibujó en el mapa en mil cuatrocientos setenta y seis.

Se sabe que un portugués llamado Pedro Vello, mientras navegaba hacia Brasil y cuando pasaba junto a las Canarias, desembarcó en ella debido a una tempestad. Estuvieron explorando la isla, maravillados ante la posibilidad de haber descubierto nuevas tierras. Hasta que, de pronto, se toparon con unas gigantescas huellas de lo que parecía un hombre. Aterrados, los marineros insistían en volver al barco, pero Vello les conminó a que explorasen un poco más. Entonces se desataron en la isla unos vientos huracanados que les obligaron a volver al barco. Volvieron todos, excepto dos marineros a los que estuvieron buscando y llamando durante varias horas. Finalmente, Vello tuvo que abandonar la isla, dejando allí a los dos marineros para siempre.

Hubo muchas expediciones con el fin de encontrar esta misteriosa isla fantasma, las cuales, jamás dieron el fruto deseado, que era el descubrir y controlar esta octava ínsula del archipiélago canario. Nosotros relataremos una que se perdió en los anales de la historia, envuelta en la bruma del secretismo; brumas aún más espesas que las de esta isla fantasmal. Se trata de la que realizó el cántabro Álvaro Herrera de Camargo en mil quinientos cincuenta y ocho.

Se cuenta que, de Sevilla, salió una nave llamada Lantarón, al mando de la cual iba Don Álvaro con otros cien marineros, un cartógrafo y un sacerdote. Su misión era la de navegar hacia las Islas Canarias y buscar la legendaria isla fantasma de San Borondón. Si por ventura la encontraban, debían tomar posesión de ella en nombre del Rey. Pero estos hombres no iban con las manos vacías, pues llevaban a bordo provisiones para varios días y un buen número de armas.

Y falta les iban a hacer tal cantidad de provisiones, pues cuando llegaron al archipiélago, estuvieron navegando varios días en círculos, buscando la isla, que no la hallaban por lado alguno. Todo ello a pesar de que los cálculos que tenían hecho eran correctos. Y es que, cuando se aproximaban al lugar, unas espesas brumas todo lo envolvían y no había forma en que pudieran orientarse ni tampoco podían ver tierra en aquella zona.

Una mañana, los marineros pudieron ver restos de algunas plantas que venían flotando por el agua, lo cual los animó a seguir con la búsqueda de la isla. Estuvieron en ese empeño todo el día, sin mucho éxito. Pero esa noche, todos pudieron escuchar un pavoroso estrépito, como si la tierra y el agua se moviesen y resquebrajasen. Apenas no zozobró la nao, debido

a una extraña turbulencia que sacudió las aguas.

Entonces, alguien gritó que había avistado tierra. Y en efecto, a no mucha distancia, se podía ver una isla que antes no estaba. Las brumas la envolvían, pero la inmensa mole de tierra se recortaba en el horizonte. De manera que pusieron rumbo a ella y no tardaron mucho en desembarcar con los botes en una playa de arenas negras, tal como las leyendas las describían. La isla era enorme. Apenas podía abarcarse toda su extensión con la vista. Estaba plagada de vegetación hacia el interior. Y en su centro, podía verse una gran montaña.

De repente, las brumas que envolvían la isla, se disiparon en su interior y todos pudieron ver a su alrededor con una claridad cristalina, no sólo toda su superficie, sino también el barco y la mar. Ya estaba amaneciendo, además, por lo que todos pudieron contemplar aquel espectáculo en su mayor esplendor. Determinaron establecer su campamento en aquella misma playa, junto a los botes. Y decidieron que se pondrían a explorar hacia el interior cuando terminaran de montar las tiendas y el puesto de mando.

No tardaron mucho en establecer el campamento, de manera que el capitán Don Álvaro reunió a todos los hombres para darles instrucciones y comenzar la exploración de la isla. Dividió a los hombres en cinco grupos, llevando consigo a veinte de ellos, al cartógrafo y al sacerdote. Todos debían partir de aquel punto y explorar tanto como pudiesen, para luego volver a reunirse en el campamento. Irían armados, por si se diera el caso de que hubiera salvajes o animales peligrosos en las selvas. Y así, cada grupo se fue adentrando en la espesura de los bosques de San Borondón.

El grupo de Don Álvaro, que había partido el primero, se fue hacia el Norte de la isla. A cada paso, iban encontrando maravillosas plantas y árboles de plátanos, cocos, pimientos y otros frutos nunca vistos ni oídos. Todo era un paisaje exuberante de colores y frutos diversos. La fauna era extremadamente peculiar. Aves extrañas de varios colores, una especie de cerdos diminutos que correteaban, buscando frutos y huyendo de los conquistadores. Con un tiro de ballesta derribaron a uno de aquellos cerditos en miniatura, por tener algo de carne para el almuerzo. Y a aquél le siguió otro cerdito y unos cuantos más a ese. Recolectaron plátanos, cocos, bayas y unos extraños como panes que crecían en una suerte de palmera. Con todo aquello podrían darse un buen banquete. El cartógrafo, que iba tomando notas de todo, iba también dibujando los árboles y las plantas que veía, así como los extraños cerditos y aún las aves. Ya sólo faltaba encontrar agua dulce por algún lado. E incluso algún salvaje que hubiere menester civilizarse con la palabra de Dios y al que inculcar cristianas costumbres.

Caminaron un buen trecho, apartando algunas malezas y sorteando algún que otro obstáculo de árboles, matorrales y algunas rocas. Iban en

dirección a la montaña y el camino empezaba a empinarse un poco. Y en un punto, escucharon el sonido de unas aguas. Siguiendo tal sonido, fueron a llegar a un río de aguas puras, el cual discurría desviándose hacia el Sureste y que debía nacer de algún punto de la montaña. Y allí hicieron un alto, por refrescarse y por rellenar los cueros con esas aguas tan puras y cristalinas.

Y en ello estaban, cuando unos hombres llamaron a voces al capitán Don Álvaro, por que éste fuese a ver un nuevo descubrimiento que habían hecho. Se trataba de una enorme huella, del tamaño de un hombre, la cual estaba impresa en el suelo, junto al río. Y había otras huellas que discurrían en dirección Este. El cura, aterrado, se santiguó un par de veces y se encomendó a los rezos, mientras algunos hombres seguían su ejemplo. Don Álvaro trató en vano de calmarlos, diciéndoles que reservasen las plegarias para cuando en verdad las hubiera menester. Cuando logró imponer el orden a su tropa, con gran esfuerzo por su parte y la de los otros hombres, dio orden a todos de regresar al campamento, pues ya era tarde y quería reunirse con el resto de la tripulación. De tal forma que emprendieron el camino de regreso al campamento.

Los otros grupos ya debían también haber terminado de explorar y debían de haber emprendido el regreso al campamento. Lo que nadie sabía, excepto quienes lo sufrieron, es que uno de los grupos, que acometió la exploración por el Este, no regresaría nunca.

Este grupo, formado por otros veinte hombres y liderados por el contraamaestre, estuvieron explorando la isla por el Este. Y aquellos, no sólo encontraron las mismas huellas, sino que se toparon con un gigante.

Estaban recogiendo frutas y bayas en las selvas de la isla, cuando escucharon un sonido como de pisadas, que provenía del Oeste, de la espesura de la selva. La tierra y los árboles temblaban y se estremecían con aquel sonido. Los hombres estaban desconcertados y sin saber qué hacer, pero no rompieron filas, porque el contraamaestre mantenía la disciplina y los tenía a raya. A una orden suya, les aprestó para la batalla, sin saber aún a qué se iban a enfrentar.

Entonces, de entre las altas palmeras, los árboles y la maleza, vieron surgir a un hombre gigantesco. Algo insólito y sobrehumano. Aquel hombre iba desnudo y tenía unas largas barbas de color negro y una gran melena, del mismo color. Al verlos, el gigante se quedó un poco desconcertado. Entonces fue cuando el contraamaestre, sin pensarlo dos veces, ordenó a sus hombres atacar al gigante, al que abatieron a flechazos con las ballestas. Pero, antes ni siquiera de que pudiesen pestañear, otro gigante salió de las selvas y furioso los atacó sin contemplaciones. A puñadas y pisotones, aplastó a la mayoría de los hombres como si fuesen mosquitos, dejándolos por el suelo, hechos un remolino de brazos y de piernas. Al contraamaestre, que lo atacaba con su

espada en mano, le agarró con una de sus manazas y lo partió en dos mitades de una dentellada, devorándolo después. Y así fue cómo se perdió el grupo del contraamaestre.

Cuando el resto de los hombres y con ellos el capitán Don Álvaro, se reunieron en el campamento y echaron en falta al grupo del contraamaestre, determinaron de ir al día siguiente todos en busca de aquellos. Muchos dieron cuenta, no sólo de las extrañas maravillas que habían visto en la isla, sino también refirieron que habían visto unas enormes huellas de pies descalzos en varios puntos de la isla, añadiendo que, muy posiblemente, al contraamaestre y a sus hombres los habrían capturado los gigantes. Pero, pese a que en verdad y aunque no lo supieran no andaban muy desencaminados, el capitán estaba resuelto a encontrarlos y a continuar con las misiones de exploración, yendo esta vez a la montaña.

De manera que, cuando hubo amanecido al siguiente día, el capitán reunió a todos los hombres de los que disponía y se pusieron en camino, tomando el que los hombres del contraamaestre habían recorrido el día anterior, hacia el Este de la isla. Por este camino pudieron rastrear las huellas de los hombres que se habían perdido, hasta llegar a un lugar en el que el rastro indicaba que se habían detenido y en donde descubrieron con horror rastros de lucha, sangre y varios cadáveres, entre ellos el de un hombre gigante, que había sido acribillado por los virotos de las ballestas. No hallaron ni rastro del contraamaestre ni de algunos hombres, pero todo parecía indicar que habían sufrido una muerte horrible.

Los hombres estaban aterrorizados y el capitán tuvo que imponer la disciplina con gran esfuerzo, ayudado por otros oficiales. El clamor general era el de abandonar la isla para no volver, con lo que fracasaría la empresa y quién sabe las cuentas que Don Álvaro tendría que rendir ante el Rey. De manera que, cuando al fin logró imponer la cordura y la disciplina, ordenó a los hombres que lo siguieran para continuar la exploración de la isla, esta vez por la parte de la gran montaña que se alzaba en medio de ella. Hacia el Este se dirigían otras huellas de gigante, pero Don Álvaro se guardó de ordenar que las siguiesen, a fin de que la moral no se desmoronase del todo y por evitar conflicto alguno en aquel momento.

Caminaron durante horas, a través de aquellas selvas. Algunos iban rezando, mientras que otros se sobresaltaban con el más leve ruido o movimiento de la maleza. Pero, en general, la mayoría de hombres estaban más calmados, aunque alerta y se mantenían la disciplina y el orden.

Después de andar un buen trecho y justo al empezar el ascenso hacia la montaña, comenzaron a ver aquí y allá más de aquellas gigantescas huellas de pies descalzos. Y es que, aquellos gigantes que habitaban la

isla, debían vivir allá arriba o, cuando menos, tener alguna clase de asunto en la cima de la montaña. Los hombres ya comenzaban a murmurar y acobardarse de nuevo, de manera que hubo que hacer uso de alguna fuerza por volver a domeñar las voluntades y proseguir con el ascenso, sin hacer alto alguno en el camino y a marcha forzada.

El ascenso fue muy azaroso y les llevó muchas horas. Lo hicieron a través de un sendero serpenteante, construido sobre riscos y peñas, plagado de huellas de gigante, las cuales, continuaban ascendiendo a la montaña, quién sabe con qué extraño propósito.

Cuando, finalmente pudieron llegar a la cima, se ocultaron todos tras de unas peñas y allí pudieron observar un espectáculo sobrecogedor. Allí estaban un grupo numeroso de gigantes reunidos, formando un círculo, bajo una especie de construcción megalítica y en torno de un gran altar de piedra. Dicha escena estaba iluminada tan sólo por la luz de la luna y de una gran hoguera que los gigantes habían hecho en el centro de dicho altar. Al parecer, aquellos seres de aspecto primitivo y fiero, estaban celebrando alguna clase de rito o ceremonia. El capitán Don Álvaro y sus hombres contemplaban la escena llenos de pavor y también de curiosidad.

Entonces, apareció en dicha escena otro gigante, ataviado con una gran máscara tallada en madera y que parecía el jefe, un sacerdote o un miembro importante de aquella tribu de gigantes, quien traía los restos de algunos animales que habían cazado y, para horror de Don Álvaro y sus hombres, también restos humanos, los cuales lanzó al fuego. Tras esto, aquel sacerdote o chamán comenzó a orar en una lengua extraña y su voz se oía como el trueno por la montaña, mientras el resto de gigantes, danzaba en derredor.

Viéndose en inferioridad de condiciones, Don Álvaro aprovechó ese momento para ordenar una retirada. Y ya estaban descendiendo por el sendero de la montaña, cuando de repente, uno de aquellos gigantes escuchó un ruido de caerse unas piedras y, al mirar de dónde provenía, pudo ver al grupo de hombres y dio la voz de alarma.

Todos los gigantes que allí había se lanzaron en persecución de los hombres, quienes pudieron abatir a tres de ellos con sus ballestas y ocultarse después en una cueva que se alzaba sobre un risco. Los gigantes trataban de alcanzarlos con sus manos, pero por fortuna, la abertura de la cueva era demasiado pequeña para que pudiesen lograrlo o para que los gigantes pudiesen entrar en ella.

Desde el interior, Don Álvaro y sus hombres pudieron abatir a unos cuantos gigantes más con las ballestas. Aquellos rodaban montaña abajo y se despeñaban. Y si alguno no había muerto a causa de los virotos, sí lo haría a causa de los golpes contra las rocas. Así aguantaron Don Álvaro y

los suyos, hasta que se quedaron sin proyectiles. Y aún quedaban unos pocos gigantes y su jefe el de la máscara enorme de madera. La situación era desesperada. Así que Don Álvaro ordenó a los suyos que se internaran en las profundidades de aquella cueva, por escapar de los gigantes y por ver a dónde les conduciría. Improvisaron antorchas con trozos de tela y algunas ballestas y se internaron en las oscuras profundidades.

Avanzaron y avanzaron a través de galerías intrincadas, llenas de estalactitas y estalagmitas, mientras dichas galerías se iban ensanchando más y más y parecían conducir al grupo de hombres hasta las mismísimas profundidades de la isla, o al mismísimo infierno. Así lo hicieron durante horas, tantas que perdieron la noción del tiempo. Ya escaseaban las antorchas, hasta que llegaron a una enorme galería en la que pudieron ver pinturas en sus pétreas paredes, así como varios enormes lechos de hojas y ramas. Aquella debía ser la guarida de los gigantes, la cual habían decorado haciendo pinturas de los animales y de lo que conocían de sus dominios, de su isla.

Apresuradamente, Don Álvaro ordenó a sus hombres buscar la salida de la enorme galería y no tardaron mucho en encontrarla. Pero, al salir, se toparon con uno de los gigantes, el cual se hallaba junto a ella, recolectando frutos de los árboles. Al verlos, los atacó sin más miramientos. Los hombres desenvainaron las espadas y pudieron abatirlo con mucho esfuerzo. Y aún se llevó por delante a doce de ellos a manotazos y pisotones.

Tras esto, todos los hombres emprendieron una retirada ordenada hacia las playas, aunque estaban desorientados y no sabían ya en qué playa habían dejado el campamento y la nao. Tras caminar un buen trecho, tuvieron la suerte de hallar un río que les resultaba familiar y era el mismo que había descubierto el capitán y que el cartógrafo reconoció en el acto. Si seguían su curso, hacia el Sur, podrían aproximarse a la nao, la cual sin duda podrían ver desde cierta distancia. De manera que todos se dirigieron al Sur y, no habiendo pasado mucho tiempo, pudieron vislumbrar la playa, el mar y la nao que allí estaba todavía.

Apretando aún más la marcha, los hombres emprendieron la retirada hacia la nave. No albergaban la idea ni de levantar el campamento. Tan sólo volverían a la nave y abandonarían aquella maldita isla para siempre.

Pero nada iba a ser tan fácil, pues cuando se hallaban a una escasa distancia del barco, vieron que unos gigantes, liderados por el que tenía la gran máscara de madera, los estaban esperando en la misma playa. Allí comenzó una colosal refriega, pues Don Álvaro y sus hombres, esta vez no se arredraron y se aprestaron a la batalla desenvainando las espadas y lanzándose a la carga contra aquellos enemigos gigantescos, los cuales

lanzaban puñadas y pisotones, hiriendo y matando a varios hombres.

Entonces, Don Álvaro y otros dos hombres, uno de los cuales era el sacerdote, armado con una maza, alcanzaron a herir al líder de los gigantes en el talón, que se arrodilló por el dolor. A continuación, Don Álvaro le asestó un mandoble en el rostro, o por mejor decir, en la máscara y de debajo de la misma, brotó la sangre, pues debía haberle roto la nariz. Los hombres lo remataron con sus espadas al voluminoso pecho y el líder gigante cayó muerto sobre la arena.

Al ver a su líder caído, el resto de gigantes se quedaron como petrificados. Después, huyeron y se dispersaron por las selvas, dejando allí a su líder.

Los hombres que habían sobrevivido, entre ellos Don Álvaro, el cartógrafo y el sacerdote, se dispusieron entonces a subir al barco. Y, cuando se disponían a partir, ya un poco alejados de las costas de la isla, se escuchó un gran estruendo que embraveció las aguas y la isla volvió a hundirse en el océano. Y donde antes hubo tierra firme, ahora sólo podía contemplarse la inmensidad de los mares.

X

Cuando acabé de leerle el relato a mi dama, pude observar que estaba más animada y menos preocupada, lo cual me beneficiaría, ya que sin duda le iba a dar un informe muy favorable a los médicos que me atendían. De tal forma, que no tardaría mucho en poder salir del hospital. Mi primera intención, era la de acudir a la antigua librería donde había conseguido los bestiarios, con el fin de visitar al viejo librero, el cual me había caído simpático. Y también podría conseguir nuevas lecturas.

Aún permanecí dos días más en observación. Para distraerme y por no dejar mis trabajos, leía los bestiarios y escribía todo aquello que se me podía ocurrir. Antes de comenzar y al terminar su turno, mi amada venía a visitarme y pasábamos el tiempo charlando y leyendo. La verdad es que llegué a disfrutar mi estancia en el hospital, como si de unas vacaciones se tratase.

Al cabo de esos dos días, al fin me devolvieron mi ropa y pude salir del hospital. Me habían dado el alta. Y también unos cuantos consejos: que si evitase trabajar hasta tarde; que siguiese sin tomar alcohol; que evitase el estrés y el agotamiento, etc. Lo del alcohol lo estaba llevando muy bien. No sentía la necesidad de beber nada y me sentía bien, tanto por estar sin beber, como por no beber. Lo demás ya iba a ser otro cantar. Además, yo sabía perfectamente qué me había estado pasando y no era cansancio ni estrés lo que tenía. Cómo iba a encontrar la solución al problema era otra cosa. Pero si se lo hubiese contado a los médicos, acabaría como el tipo

que vociferaba llamando al mariscal Murat o peor aún.

Lo primero que deseaba hacer era, ya que estaba en la ciudad, ir a visitar la librería. Quería comprar nuevas lecturas y me pareció que aquella sería la librería más idónea para ello. Además, sentía no sé por qué, la necesidad de volver a ver a aquel anciano librero y preguntarle algunas cosas acerca de los bestiarios.

Así que eché a andar por las calles, con dirección hacia la zona portuaria, en donde la librería se hallaba. Por el camino iba pensando en alguna idea para mis obras, mientras me maravillaba contemplando los altos edificios que habían construido. Pensaba lo mucho que la ciudad había cambiado en unos pocos años y cuánto había crecido, tanto en habitantes, como en prosperidad.

Mientras iba caminando por la calle principal, observé cómo todo bullía de actividad. Por doquier se extendían los comercios y cafés, abarrotados de gente. Los automóviles y camiones iban y venían, parando aquí y descargando allá. Un guardia se afanaba en mantener ordenado el bullicioso tráfico. En el bulevar contiguo a la carretera, había un montón de transeúntes que se paraban a mirar los escaparates, o se sentaban en las terrazas de los cafés y bares. Algunos otros entraban dentro de los mismos, pese a que hacía un calor sofocante y los locales estaban llenos hasta los topes. El ruido era ensordecedor, pero era un ruido que denotaba cierta alegría en el ambiente. Y no era para menos, ya que esta escena se dio un viernes por la tarde y el siguiente lunes sería festivo hasta el martes. Por ello, yo apreté el paso, ya que quizás no volvería a tener oportunidad de visitar la librería en un tiempo. Además, todo aquel barullo de gente, empezaba a agobiarme un poco.

Cuando hube dejado atrás la calle principal, anduve hacia la izquierda, atravesando la calle donde se hallaban la Biblioteca, mi sitio preferido cuando era estudiante, y la estación del ferrocarril. Cuando consiguiese atravesar estas calles, conseguiría llegar a la zona del puerto.

Me metí por una estrecha y sórdida calle, la cual olía a orines. Era un contraste muy violento, comparado con las calles que había dejado atrás. Los muros de los edificios se me antojaron demenciales, apabullantes. Había basura y botellas tiradas por doquier. En un callejón muy estrecho y oscuro, vi una jeringa y un pequeño charco de alguna extraña sustancia. Sentí un enorme alivio cuando hube salido de esta calle y pude ver el puerto y el rótulo de la librería a lo lejos.

Cuando volví a traspasar el umbral de la puerta de la vieja librería, sentí que traspasaba el umbral hacia un portal, el cual me permitía viajar a una infinidad de mundos y vivir miríadas de vidas y aventuras. Todo estaba allí, desde el principio. Desde el primero que se atrevió a plasmar las historias en papel, a fin de que alguien lo leyese y pudiera vivir esos

viajes junto a él. Yo mismo escribía porque necesitaba sacar de dentro otras vidas que se me ocurrían y no sólo quería vivirlas, al plasmarlas en papel, sino que mis lectores las viviesen también conmigo.

Esta vez, cuando sonó la campanilla de la puerta de la librería, no vino a atenderme el anciano que tan simpático me había caído y que me despachara la otra vez, sino una mujer de unos cuarenta y tantos años, de estatura media y complexión delgada. Tenía el pelo castaño recogido en un moño y los ojos verdes. Venía esbozando una sonrisa que denotaba amabilidad y un poco de picardía. El gesto de su semblante era de una persona aguda y curiosa. Tuve la sensación de que ya la conocía, mientras la observaba acercándose hacia el mostrador, junto a la puerta vieja y ajada.

-Buenas tardes, caballero. ¿En qué puedo servirle? – dijo, sin que su expresión curiosa cambiase ni un ápice.

-Buenas tardes. Querría echar un vistazo a algunos libros, si no es inconveniente. – respondí.

-Faltaría más. – dijo ella. -Mire cuanto quiera y si necesita ayuda con alguno de ellos, hágamelo saber. –

Le dediqué mi mejor sonrisa, la más diplomática de la que dispongo, me di la vuelta y comencé a mirar los muebles tan bien ordenados donde tenían los libros. Comencé, de nuevo, por los autores contemporáneos y pude ver tres de mis propias obras, nada menos. Obras de terror que escribí cuando Celia aún vivía y mi propia existencia era un poco más fácil. Las dejé donde estaban, pues casi nunca leía mis propias obras una vez publicadas. Pues si lo hiciera, sería deprimente encontrar miles de cosas a corregir o añadir y pensar lo que pudieron ser y no fueron.

Junto a mis obras logré hallar las de otro autor que tenía más éxito que yo en todos los sentidos. Y, con el fin de conocerlo mejor, tomé un par de sus novelas, para poder leerlas y tratar de descubrir su esencia y su estilo; a pesar de que ya tenía algunas del mismo en casa y no había forma de averiguar por dónde “camina” el tipo.

Después de volver a darle un buen vistazo a los libros, me encaminé hacia el mostrador, con las manos repletas de libros. No sólo me iba a llevar las de ese autor que tanto éxito tenía, sino que además me llevaría a H.P. Lovecraft y a Asimov. Los puse todos sobre la superficie del mostrador. La mujer me sonrió y comenzó a hacer cuentas.

-Excelente elección, si me lo permite. – dijo. – Y, si no le molesta que se lo diga, entiendo que no quiera ver su obra publicada, pero no debería

despreciarla, pues tiene algo que engancha y hay mucho talento. –

Y es que la mujer me había reconocido, seguro que por la fotografía de la contraportada de mis libros. Y pudiera ser que me hizo tal crítica favorable por compromiso o quizá fuese sincera; pero yo me sonrojé un poco y sonriendo le di las gracias.

-Le agradezco mucho su crítica y reconocimiento. –

-Le he reconocido por la foto de los libros. Es una lástima que no tenga usted más fama. Sus historias me encantan. –

-Se lo agradezco de nuevo. – contesté. Y le lancé la pregunta que quise hacerle desde que entré. -Dígame, ¿esta librería es suya? Se lo pregunto porque en otra ocasión estuve aquí y me atendió un hombre anciano. –

-Sí es mía. - contestó ella. -El hombre al que se refiere debía ser mi padre, que viene algunas veces a ayudarme. Antes la librería era suya. –

-Entiendo. Un buen hombre su padre, si me permite decirlo. Estuve charlando un buen rato con él de varias cosas. Incluso me dio unos libros como regalo de bienvenida, a pesar de que yo insistí en pagárselos. –

- Los bestiarios. - dijo ella. Y creí advertir que se ponía un poco lívida.

-Sí, los bestiarios. Son unas obras magníficas y bien escritas. Me han inspirado mucho a la hora de crear mis propias historias – contesté.

-Dígame. ¿Cree usted en la magia y los espíritus? - me preguntó de pronto ella.

- Claro que no. – respondí con una media sonrisa. -Son temas recurrentes, sí. Pero sólo son producto de la imaginación.

Ella recuperó el color en su rostro y me sonrió amigablemente. Y me dijo:

-En ese caso no tiene nada que temer. Le sonará un poco raro, pero le pregunto esto porque mi padre me decía, cuando era niña, que sus bestiarios tienen cierto poder, como de invocar espíritus. Seguramente lo decía para asustarme, pero cuando era niña lo creía a pies juntillas. –

Ahora era yo quien se estaba poniendo lívido. ¿Y si todo lo que me estaba pasando tenía su origen en aquellos libros? Mis esquemas se estaban derrumbando. Nunca creí en fantasmas ni espectros. Y aun así no me costaba mucho escribir sobre ellos. Pero, desde que conseguí los bestiarios, me estaba pasando algo y yo sabía que era real. La figura que me había estado persiguiendo, fuese real o fruto de mi imaginación, se desató justo en el momento en que empecé a trabajar con esos libros. De

manera que, la causa o el origen de aquellas visiones, se hallaba allí. Tendría también que haber una forma de controlarlo o detenerlo, pero la desconocía. Y quien tal vez pudiera conocerla, no estaba en este lugar en estos momentos.

-Me pregunto qué impulsaría a su padre a escribir esos libros y de dónde sacaría las ideas. – inquirí.

-Mucho me temo que sólo él lo sabe. Y no es el tipo de persona a la que le guste revelar sus secretos. Pero puedo decirle que, cuando era joven, mi padre viajaba mucho y siempre estaba en busca de libros sobre ocultismo y esoterismo. Es una lástima que no esté aquí, para que pueda preguntarle a él. – sentenció la mujer, advirtiendo en mi rostro la decepción y desesperación.

-En el supuesto caso de que los bestiarios hubiesen desatado a alguna clase de espíritu. ¿Cómo podríamos detenerlo? –

-No lo sé. Pero mi padre me contó una vez que los libros no tienen el poder de atraer espíritus por sí solos. La persona que los invoca también debe ser especial. Debe tener alguna clase de vínculo con dicho espíritu. Esa es la clave. –

-Es decir que, si alguien atrajera un espíritu, él mismo sería quien debe ingeniárselas para expulsarlo, pues sólo él puede hacerlo. La cuestión sería descubrir cómo. –

-Me temo que eso tendría que descubrirlo él mismo. Y debería tratar de descubrir cuál es la causa de que tal espíritu lo persiga, en primer lugar. Debe haber algo que vincule tanto al espíritu como a quien persigue. Alguna especie de asunto pendiente. – dijo ella, finalmente.

Yo me limité a asentir con la cabeza. La verdad es que no había conseguido sacar mucho en claro, pero al menos ya sabía cuál era el origen de lo que me había estado ocurriendo estos últimos días. Y eso ya era algo. Ahora debía averiguar cómo detenerlo. Y eso ya iba a ser más difícil.

-Muchas gracias por todo. Y salude a su padre de mi parte. – dije, mientras pagaba la cuenta de los libros.

-Gracias a usted. Y cuídese. Espero volver a verle pronto. – se despidió la hija del librero.

Salí por la puerta de la librería. El sonido de la campanilla y las bisagras de la puerta, me trajeron de vuelta a esta realidad, aunque seguía pensando en todo lo que me había acontecido estos días y estaba tratando de averiguar cuál podría ser la conexión entre el espectro que me había

estado atormentando y yo mismo. Y en principio era autoevidente. Cuando me persiguió en el cementerio, lo vi salir de la tumba de Doña Celia. De manera que, de alguna forma, el espectro estaba relacionado con ella o era ella. Ella que había vuelto para reprocharme algo. Nada podía ser tan fácil.

Decidí despejar la cabeza, pensando en otras cosas. Y me volví caminando hacia el hospital, de forma apresurada, pues no sólo estaba oscureciendo, sino que había quedado con mi amada para volver a casa.

Cuando llegué, ella me estaba esperando en el coche, con gesto algo preocupado. Pero al verme llegar sonriente y con una bolsa llena de libros en la mano, su semblante cambió. Metí la bolsa con los libros en el portamaletas, en donde estaban mis cosas y de donde saqué un viejo bestiario, para ir leyéndolo por el camino, si me era posible.

## EL CAMINANTE NOCTURNO

María, Pedro y Ángel eran tres amigos que estaban de vacaciones en un bello paraje rural del Norte de España. María y Ángel tenían una relación sentimental, mientras que Pedro no parecía estar muy interesado en las mujeres, aunque no significaba aquello que fuese un solitario, pues era un muy buen amigo de la pareja. Además, los tres tenían el mismo trabajo en una emisora de radio y habían logrado hacer de su pasión por los fenómenos inexplicables su profesión. Los tres participaban en un popular programa de radio en el que exponían tales fenómenos a los oyentes.

Normalmente, en su programa hablaban de leyendas, folklore y hechos algo turbios de la Historia. Y solían entrevistar a gente que aseguraba haber vivido tales fenómenos o incluso a gente que decía ser experta en algunos campos de pseudociencias, como son llamadas, que están relacionadas con dichos fenómenos. Y su programa tenía mucho éxito, pues siempre hay gente dispuesta a creer en tales cosas. Personas a las que sólo les gusta pasar miedo o que gustan de escuchar historias fantásticas y leyendas.

Aquel verano, decidieron pasarlo de vacaciones, ya que el programa de radio tenía cada vez más éxito y habían terminado la temporada. Lo retomarían al acabar el verano. Y, por supuesto, se habían llevado consigo materiales de investigación, al par que albergaban la idea de buscar fenómenos raros y leyendas o, incluso, de entrevistar a alguna gente allá donde habían ido. De manera que no iban a estar mano sobre mano, pese a estar de vacaciones. Y es que el lugar que habían elegido tampoco era al azar. En aquellas tierras en las que ahora se hallaban encontrarían infinidad de material para su programa.

Visitaron el primer día la iglesia del pueblo. Una bella construcción Románica de fines del siglo XII, que se hallaba situada en un alto con

vistas al pueblo y a la bella ría que lo atravesaba. Junto a dicha Iglesia, se alzaban varias encinas centenarias que sobrepasaban los diez metros de altura. La planta de dicha iglesia era de gran belleza y originalidad. Constaba de una nave con ábside semicircular, al cual se agregaban por los lados dos ábsides más pequeños y, a modo de claustro, un falso crucero, rematado por una cúpula abovedada. En su interior, el ábside estaba formado por dos cuerpos horizontales, cada uno de ellos sostenidos por arcos de medio punto, cuyos capiteles representaban cabezas humanas, motivos florales y escenas de la Biblia. Y, lo más destacable, era su pila bautismal. También del siglo XII, o anterior, se alzaba sobre dos fieros leones que devoraban a una persona y se hallaba rematada por un friso de figuras entrelazadas.

Si las paredes de aquella iglesia hablasen, podrían contar tantas y tan variopintas historias. De hecho, aquel día la iglesia estaba a rebosar de gente. No era aún hora de dar misa, pero en ciertos días y horas se abría al público, que lo consideraba un bien turístico y cultural de primer orden.

Se cuenta que, no mucho tiempo después de ser construida, un terrible ojáncano venía persiguiendo a unas mozas desde el monte. Y, dichas mozas, fueron a buscar refugio dentro del templo, en el cual se hallaban el párroco y el sacristán preparando la misa. El ojáncano vio a las mozas entrar a la iglesia con su ojo que todo lo ve y, en viendo que no volvían a salir, comenzó a dar puñadas y puntapiés al pórtico porque salieran. Tanto las muchachas como el párroco y el sacristán se pusieron de rodillas a rezarle a la virgen y al niño; a lo que, al cabo de un rato, se estremecieron los cielos con un estruendo y de allí bajó la virgen con el niño en brazos, envueltos ambos en un resplandor fulgurante que cegó al ojáncano y lo hizo huir.

También se dice, que en tiempos de Felipe IV, se colgó de un árbol allí mismo a una bruja, sobre un cesto de gatos vivos, dándosele fuego al cuerpo después. Y es que aquella bruja tenía al pueblo entero aterrorizado con malas artes y encantamientos varios. Por las noches robaba a los niños recién nacidos para quitarles la grasa del cuerpo y preparar ungüentos y mezquindades que, según relató a los inquisidores, la conservaban joven y bella y le permitían volar y transformarse en animales, como el gato o la garduña.

Acabaron los tres amigos ese día muy fatigados. Se fueron a su hotel y, tras ducharse y cambiarse de ropa, decidieron tomarse unos refrigerios en los muchos bares que había en el pueblo. La calle estaba hasta los topes de turistas y de gente que había decidido tomar las mismas diversiones que ellos tres. Y es que, en verdad que en aquel pueblo no había otra cosa más que bares y restaurantes. Y, como es lógico, los comercios ya estaban cerrados a esas horas de la noche.

Estuvieron un buen rato yendo de bar en bar, tomando copas y charlando amigablemente. Y a eso de las dos y pico de la madrugada, decidieron volver al hotel a dormir hasta el día siguiente.

Cuando hubo amanecido, los tres amigos se ducharon y vistieron y se reunieron en el vestíbulo del hotel en el que se alojaban. Ese día iba a ser muy ajetreado también, pues tenían planeado subir al monte, con el fin de observar las cuevas y las especies autóctonas de árboles. El monte estaría también lleno de turistas y de gente practicando el senderismo o incluso de picnic. Pero ellos tenían planeado, después de visitar las cuevas y pasear por el monte, sentarse a almorzar en algún lugar apartado de los bosques y, después, pasear por su cuenta por aquellos parajes, para volver a su hotel al caer ya la noche.

Y así, armados con sus mochilas, en las que llevaban agua y algo de comida, se pusieron en camino bien temprano. Tuvieron que andar un buen trecho, a través del pueblo, para llegar hasta el camino por el que se subía al monte. Se cruzaron con muchos turistas y otros caminantes, los cuales se habían propuesto ese día realizar la misma actividad que ellos. Los saludaban amigablemente, al mismo tiempo que, entre ellos tres, iban charlando.

El camino, aunque estaba asfaltado, era muy estrecho y ascendía formando unas pendientes bien pronunciadas. Los tres amigos comenzaban a jadear, debido no sólo al esfuerzo de los ascensos, sino al calor sofocante que hacía ese día. Aun así, iban bastante alegres y animados, al par que seguían charlando de sus asuntos favoritos. Ángel, que era un locutor y narrador excelente, ya estaba empezando a contar historias sobre lugares terroríficos, habitados por espectros, mientras por su parte, Pedro, a pesar de que era muy analítico y reflexivo, le seguía la corriente. Y no sólo eso, sino que comenzaba a hablar sobre visitantes de otros planetas y toda clase de extraños fenómenos cósmicos. Por su parte, María, prefería escucharlos, pero no perdía ocasión de puntualizar o añadir algo a los relatos de Ángel y Pedro, si era menester, pues tampoco ella se quedaba atrás a la hora de hablar y aportar conocimientos sobre esos y muchos otros temas.

Y de esta forma, caminaron un buen trecho, ascendiendo por la montaña, mientras los árboles los iban rodeando. El monte estaba esplendoroso, plagado de encinas, altos y gruesos robles, hayas y eucaliptos, entre otras especies, que salpicaban aquí y allá el hermoso paisaje. Bajo unas encinas, no muy lejos de donde ahora estaban, se encontraban las cuevas que querían visitar. Una intrincada y sinuosa red de galerías subterráneas, cuya única entrada abierta al público era esta de debajo de las encinas. Se le llamaba por ello, la Cueva de las Encinas. Pero también era conocida como Cueva de las Brujas; Cueva del Ojancano y Cueva de los Moros, debido a tres leyendas locales que nuestros protagonistas ya conocían y

que deseaban comprobar, por así decirlo, sobre el terreno.

El nombre de Cueva de las Brujas y Cueva del Ojancano están relacionados con las dos leyendas que salieron a colación al principio de este relato. Se dice que en estas cuevas vivió un fiero ojancano que persiguió a unas muchachas hasta la iglesia. Y allí, la Virgen se apareció y espantó al terrible Ojancano. En estas cuevas vivieron varias brujas, entre ellas una que fue ejecutada en tiempos de Felipe IV.

El nombre de Cueva de los Moros se lo ganó debido a que, tras la Batalla de Covadonga, unos moros supervivientes habían huido hasta estos parajes y se habían refugiado en esas cuevas. De vez en cuando, salían de ellas y emboscaban a los viajeros, con el fin de robarles sus pertenencias. Y se dice que, en algún lugar de las cuevas, hay un inmenso y rico tesoro, que aquellos moros habían ido acumulando con el paso del tiempo. Finalmente, se enfrentaron entre ellos por poseer tales riquezas, hasta que sólo quedaron dos de ellos, los cuales se enfrentaron en singular batalla. Tras la lucha, el vencedor quedó herido de gravedad y murió perdido en las cuevas, mientras buscaba el tesoro.

La cueva estaba en ese momento rebosante de turistas. Los tres amigos pudieron entrar, tras aguardar un buen momento en la cola de gente que se había formado afuera. Pudieron observar que las galerías y túneles eran enormes y antiquísimos. En las paredes de las galerías, podían verse extraños símbolos pintados, así como algunas pinturas rupestres. En los albores de la humanidad, aquellas cavernas habrían servido de hogar para los primeros representantes de la raza humana.

Ya era más tarde de las cinco cuando nuestros tres protagonistas salieron de la cueva. Tenían un hambre atroz y estaban ya un poco cansados. De manera que se internaron en el monte por su cuenta, con el fin de encontrar un lugar tranquilo en el que pudieran descansar y comer algo. Y lo hallaron en un pequeño claro del bosque, a una considerable distancia de la cueva, por donde discurría también un riachuelo, que les sirvió para remojarse un poco, pues el calor era sofocante, a pesar de ser ya el atardecer.

Allí comieron tortillas y unos bocadillos que en sus mochilas traían. Tras haber comido, se tumbaron en unas esterillas a descansar y disfrutar lo que quedaba del día. Siguieron hablando acerca de sus pasiones y proyectos un buen rato. Decidieron que, cuando retomaran su programa de radio, hablarían sobre el lugar en donde ahora estaban y sus peculiares leyendas locales, pues los tres convinieron en que esto les encantaría a sus oyentes. Finalmente, los tres se durmieron bajo el sol, arrullados por el trino de los pájaros y el discurrir del riachuelo.

Ya era de noche cuando se despertó Pedro e hizo lo propio con sus amigos. Los tres lamentaron lo tarde que se había hecho, pues tenían

planeado irse a dormir pronto, para al día siguiente, visitar otras localidades cercanas al pueblo. No se veía un alma en derredor. Así que los tres amigos decidieron recoger todas sus cosas y volver a incorporarse al camino, a fin de volver al pueblo.

Alumbrando con unas linternas, lograron salir del bosque hacia el camino y vieron, un poco a lo lejos, la entrada de las cuevas, con sus grandes encinas. A esta hora ya estaba cerrada y no había nadie. Pero, aun así, decidieron acercarse a la entrada de la cueva, no más de por retomar el camino de vuelta al pueblo.

A medida que se iban acercando a la Cueva de las Encinas, fueron contemplando una extraña luminaria que se sostenía en el aire. Cosa que les pareció extraña, aunque digna de sus investigaciones. Se sobresaltaron un poco, pero a medida que se iban acercando más, en un punto, pudieron ver que la luminaria era una lámpara antigua o candil que un individuo encapuchado y ataviado con una larga túnica sostenía con una de sus manos.

Toparse con tan extraño individuo y hacerlo en medio de la noche, les erizó el vello por el sobrecogimiento. Los tres amigos se pararon de repente y a una distancia prudencial y considerable del extraño individuo. Éste se hallaba parado junto a la cueva y bajo una de las encinas. Los tres amigos se habían quedado tan sorprendidos y desconcertados por la presencia de aquel personaje, como lo estarían unos niños traviosos sorprendidos en el jardín del vecino. Trató entonces Ángel de hablarle, pero no recibió respuesta alguna, por lo que los tres amigos se miraron entre sí aún más desconcertados. La extraña figura permanecía allí, inmóvil, mirando en su dirección.

Al cabo de un rato, llenos de un extraño desasosiego, los tres amigos decidieron irse de allí y perder de vista a tan extraña figura. Pero no querían caminar en dirección a donde se encontraba, pues sentían un repentino terror y un desasosiego que iba en aumento hacia aquel individuo. De forma que, dando la espalda a la figura y dejándola atrás, decidieron volver sobre sus pasos y tomar otro camino al pueblo, que sería más largo, pero más seguro, según el parecer de ellos.

Mientras caminaban e iban ganando distancia de la cueva y la extraña figura, iban relajándose y recuperando la compostura. Incluso bromearon sobre el hecho de que unos investigadores de hechos insólitos se comportasen como niños asustados ante uno tan minúsculo como la presencia de un individuo extraño en medio de la noche. Los tres se rieron del susto que se habían llevado, aunque en determinados momentos echaban atrás la vista, quién sabe si por burlarse o más bien, por ver si aquel extraño individuo los seguía. Como no vieran ni oyeran nada, se

calmaron definitivamente.

Pero, en un punto, María creyó observar algo por el rabillo del ojo que la llenó de espanto y le hizo girar la cabeza y advertir a los otros. Y era que la extraña figura les venía siguiendo. Y venía caminando, aunque llevaba un paso bastante rápido. A María le pareció un paso tan rápido que era antinatural, como si el individuo se desplazara flotando en el aire.

Los tres miraron tras de sí una vez y apretaron el paso, internándose en el monte, aunque por ese camino iban a llegar a un cruce por el que podían llegar al pueblo. Lo que les aterraba era que el extraño caminante les diera alcance.

Al cabo de un rato, volvieron a mirar atrás y comprobaron que el extraño caminante no sólo no había dejado de seguirlos, sino que ya acortaba una buena distancia y les pisaba los talones. Así que, ni cortos ni perezosos y llenos de espanto, los tres echaron a correr por el camino, a fin de alejarse de aquel extraño y persistente perseguidor.

Corrieron como posesos, jadeando y sudando, hasta que por fin llegaron al cruce, donde se detuvieron. Estaban exhaustos, pero tenían que seguir. Echaron una mirada al camino y vieron que no había nadie, pero de alguna manera sabían que el caminante venía por allá. Y, en efecto, el respiro no les duró mucho, pues al final del camino a lo lejos, pudieron ver una luminaria que se acercaba.

Tomaron el camino de la derecha del cruce y volvieron a correr. Les dolían los músculos y el pecho por el esfuerzo; pero, aun así, siguieron corriendo sin que el dolor les importara. Tal era su afán por escapar del caminante. Ya les faltaba sólo un poco para llegar al pueblo. Entonces, Pedro tropezó y cayó al suelo cuan largo era y clamando conque no podía seguir. María y Ángel se detuvieron para ayudarlo. Mientras tanto, iban echando la vista atrás, por ver si el caminante les seguía. Mas, como no lo vieron, los tres se calmaron un poco, se armaron de valor y decidieron seguir caminando, llevando a Pedro auestas, quien se había torcido un tobillo.

Ya se divisaban las luces de las casas del pueblo a lo lejos, lo cual les infundió más ánimos. De pronto, al girar un recodo del camino, vieron la luminaria que sostenía el caminante y, al acercarse otro poco, reconocieron al mismo y a sus extraños atuendos. Estaba cortándoles el paso. Los tres amigos se quedaron asombrados y sobrecogidos, pues no sabían cómo el caminante había llegado hasta allí primero que ellos.

Se detuvieron y se quedaron un buen rato mirándolo. El caminante no hacía nada. Entonces, los tres amigos, con Pedro ya recuperado de su torcedura, decidieron desandar todo el camino que habían hecho y volver por el lado de la Cueva de las Encinas. Todo ello a pesar de que les parecía absurdo y estaban agotados. Fueron caminando, mientras que el

extraño personaje les seguía. A veces parecía que les daría alcance y se abalanzaría sobre ellos, pero no fue así.

Cuando ya llegaron a la cueva, vieron con horror que el caminante estaba allí, bajo la encina. Y es que, en algún momento, les adelantaba y se situaba delante de ellos sin que lo vieran o sintieran. Tras quedarse parados de nuevo y observarlo, los tres amigos decidieron esta vez enfrentarlo por ver qué quería de ellos. De manera que caminaron en su dirección. Pero, en el último momento, cuando ya se hallaban a la altura de la entrada a las cuevas, se arrepintieron y quisieron seguir por el camino. Entonces, el caminante arrojó su lámpara a los pies de los tres y surgió una barrera de fuego sobrenatural y de azules llamas.

Los tres amigos miraron al caminante y cayeron de rodillas, rendidos ante él. Haciendo un gesto, pero sin proferir sonido o palabra algunos, el caminante les dirigió hacia la entrada de la cueva, a donde los tres amigos entraron, perdiéndose en las sombras. El extraño caminante los siguió al rato. Nunca más se volvió a saber de ellos.

## XI

Reconozco que este último relato era algo extraño. Pero, si había decidido incluirlo en mi diario, era por la similitud del mismo con mi caso. Sólo que yo no pensaba correr el mismo destino que sus protagonistas. Tenía que poder librarme de ese extraño fantasma que me perseguía. Debía saber, para ello, de quién se trataba y qué quería de mí. Y, por ello, lo principal era que dejase de huir de él. O ella.

En el caso de que el espíritu que me había estado persiguiendo se tratase de Doña Celia, tenía que descubrir qué era lo que le atormentaba y porqué había decidido volver a la vida para atormentarme de aquella manera. Y, de alguna forma, tales pensamientos me hicieron perder algo de miedo y deseaba poder ayudar al espíritu y reconciliarme con ella, si es que la había agraviado de alguna manera.

Pero, ¿y si no era el espíritu de Doña Celia el que me perseguía? ¿Quién más podía ser y que podía querer de mí? Esta idea me carcomía por dentro y me impedía pensar con claridad. De nuevo el terror se apoderaba de todo mi ser.

En ese momento cerré el libro. No sin antes hacerle una pequeña marca al relato del caminante, para después, una vez estuviera en casa, incluirlo en este diario con mis propias palabras. Mientras tanto, mi dama conducía el coche. Iba totalmente concentrada en la carretera. Yo la miré por un instante, de forma furtiva, pues no quería distraerla. Sus hermosos ojos azules de largas pestañas, estaban fijos en la carretera y se movían de

forma rápida cuando iban procesando cada elemento nuevo presente en la ruta. Sobre su pálida frente, se agitaba un mechón rizado color de azabache.

Guardé silencio durante el resto del viaje, mientras los pensamientos y recuerdos acudían en tropel a mi mente. Faltaba ya poco para llegar a nuestro destino. Entonces noté que mi dama había reparado un momento en mí y había puesto una mano sobre mi rodilla. Yo puse entonces mi mano sobre la de ella, se la acaricié durante un instante y, de forma delicada, volví a ponérsela sobre el volante. Ella sonrió.

Ya se estaba haciendo de noche cuando llegamos al pueblo. Al pasar junto a la vieja taberna, vimos que no cabía un alfiler, de tanta gente como había. Yo eché una larga mirada al sitio, cargada más de curiosidad que de nostalgia, por así decirlo. Pasamos junto a la iglesia y el cementerio y sentí un repentino estremecimiento, al par que me sentí transportado a la noche en que conocí a mi dama. Una noche cargada de niebla y pavoroso espanto. Sin embargo, aquella otra noche aparecía despejada y con un tiempo agradable. Aunque, en alguna parte, el espíritu que me atormentaba acechaba entre las sombras, tal vez esperando la oportunidad de atacar de manera definitiva.

Mientras pasábamos por la carretera del bosque, acudió a mí el recuerdo de la persecución, la noche en que conocí a mi dama. De cómo corrí cual ánima que el diablo lleva y, aun así, el extraño fantasma pudo darme alcance. Recapitulé entonces y supe que fuera quien fuese el extraño ser, no pretendió en ningún momento hacerme daño físico alguno, pues pudiendo y teniéndome a su merced todas las veces, me dejó vivir. Ese fantasma podía aparecer ante mí en cualquier momento, incluso en sueños. Y no pretendía matarme, tan sólo decirme algo.

Era necesario entonces que yo estuviese solo. Tanto porque se me apareciese, como para no poner en riesgo a nadie más.

-Deberías dejarme en mi casa, querida. - le dije a mi amada.

- Ni hablar. Te vienes conmigo a la mía. Cuando estés bien del todo, entonces podrás irte a tu casa con esos dichosos libros tuyos. - contestó ella severa, aunque fue dulcificando su respuesta de forma gradual.

En aquel momento no quise discutir la decisión de mi amada, así que no repliqué en forma alguna. Tan sólo deseaba que el fantasma no se apareciese con ella presente, por lo que pudiera pasar.

Dejamos atrás el bosque con su endemoniada carretera y llegamos al barrio. Todo permanecía tal cual lo dejamos, en especial mi casa, la cual permanecía desierta y apagada. Me quedé mirando fijamente a una de las ventanas del segundo piso. Cerca de allí estaba mi estudio, mi apacible

lugar de trabajo. No parecía haber nada fuera de lo normal, pero quizás allí, en alguna de aquellas viejas habitaciones, estuviera el ser esperando a mi regreso.

Tras dejar atrás mi viejo caserón, a no mucha distancia y en el mismo barrio, llegamos a la casa de mi amada. Ella aparcó el coche junto a la entrada y, tras coger las maletas con mis cosas del portamaletas del coche, entramos.

Me acosté temprano esa noche, pues me sentía muy cansado, por la caminata que me había dado durante el día. Pero no dormí muy bien. Lo hice a saltos y tuve unas extrañas pesadillas.

En uno de los sueños, volvía a la horrible y sofocante mazmorra en la que se encontraban todas aquellas gentes desnudas y la cual estaba guardada por aquel repugnante y hediondo ser, parecido a un gusano. Me hallaba yo también desnudo y en el centro de la estancia. Y, en un punto, me vi perseguido por el horrible ser a través de pasillos demenciales e infinitos.

De las paredes salía un fulgor incandescente y un calor vaporoso y sofocante, al mismo tiempo que se iban haciendo cada vez más estrechas. Muy pronto se estrecharían tanto, que acabarían por aplastarme.

Mientras tanto, el horrible ser que me perseguía, venía reptando tras de mí, dejando a su paso una estela de baba repugnante y hedionda. Y también él iba estrechando la distancia hasta mí.

Ignoraba yo qué sería peor. Bien que el ser gusano me alcanzase o bien ser aplastado por las paredes de aquellos túneles. Corrí, intentando en vano escapar de ambos peligros, pero bien sabía que tanto una cosa como la otra me estaban destinadas.

El calor era sofocante y me quemaba la piel. Me estremecía por el dolor, mientras clamaba porque todo acabase rápido, pero no iba a ser así, ya que, si me detenía, el gusano iba a atraparme y a torturarme de formas aún peores que aquellas paredes que me estaban chamuscando. Sin embargo, hubo un momento en el que no pude más y caí al suelo. Entonces, el ser gusano me dio alcance y me alzó agarrándome con uno de sus brazos por el cuello. Sentí una repugnancia infame y ganas de vomitar, pero no podía, pues la presión de aquella garra sobre mi cuello lo impedía. Al mismo tiempo, pude observar cómo las paredes de aquella gruta se iban retirando, hasta volver a su posición original. Entonces, el ser gusano, me cargó sobre su hombro y me llevó de vuelta a una de las celdas de la mazmorra, arrojándome al interior con tal violencia, que mi cuerpo maltrecho se estrelló contra una de las paredes de roca. Y allí quedé magullado y hecho un remolino de brazos y de piernas.

Los gritos y alaridos fuera de mi celda eran demenciales, atroces y atronadores. En especial los de una mujer que allí también se hallaba. Yo me di la vuelta como mejor pude y molido como estaba, a fin de ver qué era lo que ocurría. Allí, en el centro de la estancia donde se hallaban las celdas, el ser gusano había levantado una especie de cadalso, en el cual había tres sogas. Pude ver entonces cómo el ser gusano arrastraba a la mujer que gritaba hacia el cadalso. Una vez allí, alzándola con una fuerza sobrehumana, le colocó en el cuello una soga y dejó a la mujer suspendida en el aire, colgando del cuello. Tras ella, subió a un hombre al que le aguardó el mismo destino.

Algo sobrenatural estaba pasando, pues los ahorcados no morían ni perdían el conocimiento. Tan sólo estaban allí, agonizando. Me compadecí de ambos y rezaba porque la tercera soga no estuviese destinada para mí. Entonces se abrió mi celda y el ser penetró en ella. Me alzó como si mi peso fuese el de una pluma. Yo no oponía resistencia, de tan molido como estaba, pero vi claro mi destino. Quise gritar, mas no podía.

El ser gusano me llevó hasta el cadalso y me dejó allí colgando del cuello. Sentí un dolor agudo alrededor de mi cuello y no podía respirar. No podía ver nada, salvo que mi visión estalló en montones de estrellitas en un fondo negro. Quería morir y no podía. Y permanecí así durante lo que me pareció una eternidad de eones. Nada se veía ni se escuchaba. Tan sólo sentía ese dolor agudo en mi cuello y la sensación de no poder respirar.

Y entonces desperté, dando grandes bocanadas de aire y desconcertado en grado sumo. Estaba empapado de un sudor frío y miraba en todas direcciones. A mi lado estaba mi amada, quien se había despertado a su vez, a causa de tales ruidos y agitaciones. Ella intentaba calmarme en forma vana y desesperada.

Cuando recuperé mis sentidos y la noción de dónde estaba, pude calmarme y permanecí varios segundos abrazado a mi dama, sollozando como un chiquillo, mientras ella me acariciaba el rostro y los cabellos y chistaba, como una madre le hace a un niño asustado por un mal sueño.

Entonces, recuperé la cordura y miré a los hermosos ojos azules de mi dama, sus rizados cabellos negros y su pálida piel de belleza clásica. Se había incorporado en la cama y estaba desnuda. Sentí de pronto el irrefrenable deseo de besarla. Y así lo hice, mientras sentía cómo sus pechos se aplastaban contra mi torso, al estrecharla entre mis brazos. De modo que, permanecimos así, desnudos y abrazados hasta las del alba y no pudimos dormir más.

A la mañana siguiente, me levanté y dejé que mi dama descansara un poco más. Estuve un buen rato contemplándola allí dormida. Le acaricé el blanco rostro y, con un dedo, aparté un mechón de pelo de su cara. Luego, me duché, me vestí y preparé dos tazas de café. Le llevé una a mi

amada al dormitorio con unas galletas y se lo dejé todo en una bandeja pequeña, sobre la mesita de noche. Entonces, volví a la cocina y me tomé mi café. Lo hice apresuradamente, porque quería ponerme a trabajar en alguna cosa. Abrí los viejos bestiarios y pude reseñar la historia que sigue a continuación.

## EL OJÁNCANO

De todos los seres fantásticos que se hallan presentes en la mitología ibérica, es probable que el más aterrador e impresionante sea el Ojáncano. Es este ser un gigantón, más alto que los más viejos robles que podamos hallar en los bosques y más fuerte que las duras peñas que salpican el paisaje cántabro, en donde habita. Sus poderosas piernas y sus brazos, terminan en unos pies y manos con diez dedos en cada uno. Con ellas es capaz de recorrer grandes distancias en muy poco tiempo y también de arrancar árboles y piedras, con los que aplasta a hombres y ganados, para, en ocasiones, devorarlos. Su tremendo corpachón está cubierto de una maraña de pelos de color negro o castaño rojizo y también suele llevar barba, que le llega hasta la cintura. Se dice que, en su barba, el ojáncano suele tener un mechón de pelo blanco, el cual, si se lo consiguen arrancar, haría que este monstruo muriera. Pero lo más característico y terrorífico de este vestiglo abominable es que tiene un único ojo, tan feroz y penetrante que, con él, puede observar hasta las más lejanas distancias.

Se dice, además, que existen ojáncanas, las cuales son un poco más pequeñas en tamaño que los machos y tienen unos pechos enormes que se echan a la espalda cuando corren tras una presa. Pero los ojáncanos no se aparean con ellas ni dan a luz a otros seres como ellos. Se dice que los ojáncanos nacen a partir de la descomposición de un cadáver de ojáncano viejo. Y es que, cuando uno de estos seres llega a una edad avanzada, sus propios congéneres lo matan, le abren el vientre para repartirse las vísceras y, después, lo entierran bajo un roble viejo. Al cabo de unos días salen de allí unos enormes gusanos amarillos que hieden a podrido, a los que las ojáncanas amamantan, no con leche, sino sangre que mana de sus pechos. Cuando esos gusanos alcanzan un tamaño considerable, revientan y, de su interior, sale un ojáncano.

Los pastores y los montañeses temen a este ser como a la muerte y las historias sobre los estragos que causa se cuentan por miles. Aquí contaremos algunos ejemplos de dichas historias.

Se cuenta que, en torno al año de mil y cuatrocientos, vivieron en algún pueblo del Norte, tres hermanas. Se cuenta, además, que cada una de ellas era más hermosa que la anterior. Estas tres chiquillas, se dedicaban a ayudar a su padre, que era un pobre leñador que se había quedado

viudo, no hacía mucho tiempo.

Un día, las tres hermanas, subieron al monte para ir a buscar setas y algunas yerbas medicinales. Por el camino, iban las tres de la mano, cantando una alegre cancioncilla, mientras aspiraban el agradable aroma de las florecillas del campo y de la hierba de los prados. El viento, que no soplaba con mucha fuerza, agitaba los ondulados cabellos rubios de las tres chiquillas y sus bellas facciones quedaban expuestas al Sol. La mayor, que ya se había convertido en toda una mujer y era la causa de las cuitas y pependencias de muchos de los muchachos del pueblo, iba encabezando la marcha, mientras sus dos hermanas menores, le seguían de cerca, sin que ninguna soltase la mano de la otra. Tenía unos bellísimos ojos azules rasgados, de larguísimas pestañas, que hechizarían a cualquiera. La boca, sonriente las más de las veces, era de unos carnosos labios de un bello color casi rojo, que parecían dos rubíes. Y los dientes eran tan blancos como finísimas perlas. Su talle era largo y voluptuoso, con unas caderas anchas, que producían un sensual ritmo al andar. La piel era como el alabastro, de una tersura y delicadeza sublimes.

Las otras dos hermanas, más jóvenes, no le iban a la zaga a la mayor en cuanto a belleza, sino que cada una era más hermosa que la anterior. Y estas tres bellezas clásicas, respondían a los nombres de Clara, Marta e Isabel, siendo esta última la menor de todas y la que desprendía un candor con el que encandilaba a cualquiera. Se hallaba en esa edad en la que, en entrando en los cambios propios y naturales que en ella debían darse, aún conservaba muchos de los rasgos y comportamientos propios de una chiquilla llena de inocencia y de esa picardía astuta propia de los niños.

De modo que, las tres hermanas iban recorriendo el camino hacia el monte, de la mano y entonando sus canciones como alegres pajarillos. Si las hubiera visto cualquiera, bien podría haberlas confundido con tres ninfas o tres bellas anjanas, de hermosa que era la estampa de ellas tres con sus cabellos al viento y sus bellas facciones, de la claridad de ese preciso día y del verdor de los campos y los colores de las flores que las rodeaban por doquier.

Después de haber caminado un buen trecho, Clara hizo un alto en el camino y les dijo a sus hermanas menores que se sentaran con ella sobre una peña que allí, a la derecha del camino, se hallaba. Entonces, de un zurrón que llevaba, sacó un pan que repartió entre ella y sus hermanas y unos trozos de queso, que su padre le había dejado preparados por la mañana, antes de salir. Las tres comieron con buen apetito y, tras haberlo hecho, su hermana mayor sacó un pellejo lleno de vino rebajado con agua, del que bebieron.

Cuando hubieron comido y bebido, Marta, que era la mediana, pero la más inteligente de todas, quiso contarles a sus hermanas una historia. Y

habló así:

“Hace muchos años, en estas tierras había una cueva, en la cual vivía un ojáncano, que tenía secuestrada a una princesa y con ella, guardaba también un gran tesoro de oro y plata. Se dice que este tesoro fue guardado en esa cueva por los moros, quienes lo habían ido amasando a raíz de sus correrías por esta tierra. Dichos bandidos trajeron de su tierra a una hermosa princesa, de piel aceitunada y ojos y cabellos negros como pluma de cuervo. La tuvieron encadenada y la forzaron durante días. Hasta que uno de los bandidos, enamorado de la princesa y deseoso de poseerla a ella y todo el botín, decidió que acabaría con los demás y se quedaría con ambas recompensas para sí solo.

Así que, una noche, se deslizó furtivo por la cueva y mató al líder de los bandidos con una daga, cortándole el cuello. Y, a la mañana siguiente, se sirvió de engaños y mezquindades, para enfrentar a todos los miembros del clan. En principio, los hizo enfrentarse por ver cuál de ellos había matado al jefe. Y después, por ver cuál de ellos ocuparía su lugar. Lo echaron a suertes y por parejas, para trabar singular combate, hasta que sólo quedaron dos de ellos. Uno era el urdidor del plan. Y el otro, un forzudo y sanguinario alárabe a quien sus compañeros llamaban El Gigante. Tras un fiero combate, el urdidor del plan, a pesar de estar malherido por un tajo de la cimitarra de su adversario, logró cortarle en el talón y, cuando el otro echó la rodilla a tierra, le clavó la misma daga con la que había matado al líder en un ojo y lo mató.

La princesa, que había visto todo el combate, le imploró al urdidor que la liberase, pero el otro hizo caso omiso a sus súplicas y, riendo, le dijo que se quedaría con ella y con el tesoro. Entonces se aventuró en los túneles de la cueva para ir a buscar su preciado botín de oro y plata. Y, durante horas, sólo se escucharon los gritos de cólera y desesperación del urdidor, que no encontraba el tesoro, así como los sollozos de la princesa. Hasta que, en un punto, los gritos del urdidor cesaron y no se le volvió a oír ni a ver más. Y es que feneció por sus heridas, perdido y desorientado en los túneles de la intrincada caverna.

La princesa lloró y lloró durante horas, presa del hambre, la sed y la desesperación. Ya se daba por muerta y es lo que habría deseado de saber lo que aún le aguardaba. Y es que, al oír sus gritos y llores, un ojáncano que andaba por el monte tras unos gamos, lo pudo escuchar y se adentró en la cueva, donde descubrió a la princesa y los cadáveres de los bandidos. El vestiglo reía y bramaba con una voz atronadora, mientras la princesa gritaba y se estremecía por la presencia de aquel ser.

Sin ninguna contemplación ni pudor, el ojáncano devoró los cadáveres de los bandidos. Roía la carne, que chasqueaba y hasta roía los huesos. Y lo hacía delante de ella, que cerraba los ojos, a fin de evitar semejante espectáculo. De poco le sirvió, ya que, una vez hubo terminado su festín

de carne humana, el ojáncano violó a la princesa en repetidas ocasiones y durante varios días. Después, le obligó a comer la carne de los bandidos cruda, para mantenerla con vida.

Pasaron los días y llegó a oídos del señor de aquellas tierras que, no muy lejos de allí, en una cueva, unos bandidos moros retenían un gran tesoro y a una princesa cautiva. El señor ofreció una recompensa para quien acabase con los bandidos, le trajese el tesoro y liberase a la princesa. Muchos valientes se ofrecieron voluntarios y partieron en busca de la cueva donde se escondían los bandidos. Pero ninguno tuvo éxito, pues no volvían nunca.

Un día, un enigmático personaje, armado y montado sobre un caballo negro, se presentó ante el señor y le prometió no sólo dar con la cueva, sino acabar con los bandidos o lo que encontrase en su interior. A cambio pedía una parte del tesoro y la mano de la princesa. El señor de las tierras, resignado y desesperanzado como estaba, accedió al trato de no muy buena gana.

Así que, aquel extraño caballero, montó sobre su caballo negro y partió al monte, en busca de la cueva, en la que esperaba encontrar a la princesa y el tesoro, pero ignorante de los peligros que lo aguardaban.

Anduvo varias horas por el monte y, tras hallar un rastro bastante reciente de los bandidos, logró llegar hasta la entrada de una cueva. Pero el misterioso caballero no entró de forma inmediata, pues percibió un hedor como de carne podrida y un zumbido de moscas que provenía del interior.

Finalmente, amarró su montura a un árbol y, rompiendo una de las ramas, improvisó una antorcha con la que poder iluminar el interior de aquella hedionda sima, penetrando en ella.

Nada más haber traspasado la entrada, se encontró con un espectáculo grotesco. Por el suelo había algunos huesos roídos y restos de sangre y de armaduras. El hedor se había ido intensificando, hasta hacerse insostenible y las moscas revoloteaban por doquier. Desenvainando su espada, el extraño caballero, se armó de valor y continuó penetrando en la abertura. Los rayos del sol iluminaban de forma tenue el interior. Pero, a medida que avanzase, el caballero iba a necesitar más luz, por lo que, prendió su improvisada antorcha.

En un punto le pareció escuchar, en una galería lejana, un grito ahogado y una especie de gruñido, por lo que estaba decidido a adentrarse aún más en la cueva. Sin embargo, pronto advirtió un problema. Y era que, en aquellas galerías tan intrincadas, no había forma alguna de orientarse, cuanto menos a oscuras. Iluminó el techo y las paredes, tratando de descubrir alguna marca que le sirviera de referencia. Finalmente, arrancó

un trozo de tela de su propia ropa y lo dejó atado a una estalactita, justo a la entrada del túnel por el que iba a penetrar.

Anduvo durante un buen rato y en redondo, hasta que volvió a llegar a la entrada de aquel túnel y al trozo de tela. Entonces, maldijo para sí y llegó a la conclusión de que iba a necesitar algo más que un mísero trozo de tela para orientarse. Y de que tendría mucha suerte si lograba dar con la princesa, liberarla de quien la tuviese cautiva y luego escapar de nuevo de aquella cueva infernal.

Entonces, por otro túnel que se hallaba a la izquierda de aquel, creyó advertir una débil ráfaga como de viento, el cual arrastró consigo y de nuevo un grito ahogado, seguido de otra especie de gruñido. No teniendo más referencias que aquellas, el caballero decidió tomar ese camino, deseoso de que aquellos sonidos volvieran a producirse. Y, cuando ya se hubo adentrado un buen trecho y la oscuridad lo envolvía todo, salvo el halo tenue de su antorcha, sintió bajo sus pies algo que chasqueaba y se quebraba. Iluminó el suelo de la galería y descubrió un rastro de huesos humanos y animales que conducían a alguna parte. De modo que, el caballero, comenzó a seguir este rastro.

Al cabo de un buen rato, la corriente de aire se volvió más fuerte. Y es que debía provenir de alguna abertura que comunicaba con la superficie. También oyó nuestro caballero un nuevo grito y un gruñido, ahora más cercanos y perceptibles. Y es que, cuando hubo llegado al final de aquella galería, fue a dar a lo que era como una enorme cámara abovedada dentro de la cueva. Parecía que alguien la hubiese excavado en la misma roca, pero al iluminar con su antorcha, vio los picachos y las estalactitas, por lo que llegó a la conclusión de que aquella maravillosa cámara era natural.

Y entonces lo vio. Desde el techo, entraban débiles rayos de luz. Y era por allí también por donde había entrado aquella corriente de aire que lo condujo hasta aquel lugar. Los rayos del sol, iluminaban unos bultos que refulgían esplendorosos. Y era el tesoro de oro y plata. El caballero se fue acercando, aún con su antorcha encendida, para descubrir otro bulto con figura humana. Y vio a una hermosa mujer, de cabellos negros y ojos del mismo color. Pero no dejó que tales maravillas lo cegaran, pues en los tobillos torneados de la mujer, había grilletes y una cadena gruesa que aparecía como flotando en el aire, en dirección a la izquierda mano de la chica. El caballero, entonces, iluminó con su antorcha hacia aquella parte y descubrió un bulto enorme de color oscuro y un gran ojo que lo miraba y brillaba en la oscuridad. Era el ojáncano, que sujetaba las cadenas de la princesa y estaba esperando la ocasión para atacar al caballero.

Tan pronto como fue descubierto, el ojáncano soltó a la princesa y la arrojó sobre el tesoro. Luego, se lanzó sobre el caballero para asestarle un golpe con una de sus manazas de diez dedos. El caballero pudo apartarse

a tiempo, con una agilísima maniobra, al mismo tiempo que le asestaba un tajo con su espada al ojáncano en la muñeca. Pero eso no hizo sino enfurecer más al ojáncano, que ya se preparaba para atacar de nuevo. Cogió impulso y asestó un nuevo golpe, pero el caballero lo esquivó de nuevo y volvió a cortar al ojáncano en la muñeca, mientras éste se ponía cada vez más furioso. La caverna entera se estremecía por los golpes y bramidos del ojáncano, que no podía alcanzar al extraño caballero y cuanto más se enfurecía, más erraba los golpes.

Entonces, en el momento en que el caballero vio que el ojáncano se cansaba, se puso delante de él desafiante, blandiendo su espada. El ojáncano, furiosísimo, intentó una nueva acometida y fue corriendo hacia el caballero para embestirlo con su corpachón. Pero, en el momento en el que el ojáncano se acercaba e iba a aplastarlo, el caballero dio un salto sobre una roca, cogió impulso y volvió a saltar, espada en mano sobre la cabeza del gigante, clavándole su afilado acero en el ojo.

El ojáncano bramaba de dolor y furia y trataba de echarse las manos a la cara para sacarse la espada o golpear al caballero, pero éste rápido y ágil como el viento, soltó el arma y se agarró a sus barbas, arrancándole con sus propias manos, el mechón de pelo blanco. Y así, el ojáncano se desplomó muerto.

Y así fue cómo se liberó a la princesa y al tesoro de la cueva. Cuentan que, después, el caballero poseyó a la princesa y después la abandonó. También que se quedó con una buena parte del tesoro, pero esas son otras historias que ya se contarán... algún día."

Cuando Marta hubo terminado de contar este cuento a sus hermanas, las otras dos la miraban boquiabiertas y extasiadas por la emoción. Isabel aplaudía, mientras que Clara le reprochaba que no le llenase a su hermana la cabeza con tales fantasías. Tras de lo cual, viendo que se hacía tarde, las tres hermanas convinieron en que debían apurarse con la recolección de las setas y las yerbas y emprender el camino de vuelta, para que su padre no se preocupara.

Estuvieron un largo rato cogiendo las setas que eran comestibles, las flores aromáticas y las hierbas con propiedades medicinales. Tantas cogieron que consiguieron llenar tres cestos, cada uno de los que habían llevado. Satisfechas y muy contentas, convinieron en emprender el camino de regreso. Y, en ello estaban, cuando de las espesuras, sintieron un estremecerse el suelo y los árboles, al par que escuchaban ruido de grandes pisadas y unos atroces bufidos. Las tres chiquillas se quedaron paralizadas de terror, mirando en dirección a la fuente de tales ruidos.

Entonces, de entre los árboles surgió una figura abominable. Un gigantón con un único ojo y cubierto de pelos. Un ojáncano, tal como su hermana se lo había descrito en aquella y otras ocasiones. El vestiglo, al ver a

aquellas tres chiquillas temblorosas, lanzó una sonora carcajada y un bramido mayor que el de diez toros, mientras se disponía a abalanzarse sobre ellas.

Las tres chiquillas chillaron de terror. Pero Clara, sin dudarle un instante, aferró las manos de sus hermanas y las tres echaron a correr monte abajo, como ánima que el diablo lleva. Mientras tanto, el ojáncano permanecía quieto, siguiéndolas con su ojo. Tras un buen rato, comenzó a perseguirlas dando enormes zancadas.

Ya estaba el ojáncano recortando distancias y estaba a punto de atrapar a las muchachas, cuando éstas, vieron a su izquierda la iglesia del pueblo. Así que decidieron refugiarse dentro y cerrar las puertas.

El ojáncano había visto a las tres hermanas entrar en la iglesia y, lejos de darse por vencido, decidió acercarse hasta allí para hacerlas salir. Y, ya de paso, hacer salir también al cura y al sacristán, los cuales se quedaron un poco sorprendidos cuando vieron a las tres chiquillas por la iglesia tan tarde.

Y ya iban las tres hermanas, llorando, jadeantes y llenas de terror y de angustia a contarle al cura lo sucedido, cuando de pronto se oyeron unos golpes atronadores contra las puertas de la iglesia, que parecía que las estuviese acometiendo algún ariete.

Entonces, Marta, la hermana mediana, logró serenarse un poco y le contó al sacerdote que quien daba golpes era un ojáncano terrible, que las perseguía desde el monte. El sacerdote se postró entonces de rodillas ante la imagen de la Virgen y se puso en oración, lo que las tres hermanas y el sacristán imitaron. Y oraron todos con gran fervor, mientras el ojáncano seguía golpeando las puertas de la iglesia.

Cuando las puertas estaban a punto de ceder y parecía desvanecerse toda esperanza, una luz cegadora lo invadió todo. Una luz que provenía de afuera de la Iglesia. Los golpes cesaron, se escuchó un terrible bramido de dolor y luego las pisadas del ojáncano que se alejaban corriendo. Más tarde encontraron al monstruo despeñado, monte abajo.

Si alguien hubiese podido ser testigo, sabría que aquella luz cegadora no fue otra cosa sino la mismísima Virgen, que con el niño descendió de los cielos, envueltos ambos en aquel halo de luz. El ojáncano, al ver esto, primero no se inmutó, pero luego aquella luz se fue intensificando y dejó al ojáncano ciego. Éste, comenzó a correr en dirección opuesta a la luz. Pero, ciego como estaba, se acercó al borde de la montaña, perdió pie y se precipitó al abismo.

Y así fue como las tres hermanas se libraron del ojáncano. Más tarde, crecieron y, al morir su padre, se fueron en peregrinación. Incluso

cuentan que Marta, la mediana, se hizo monja y pudo vivir rodeada de libros y material para escribir sus historias.

## XII

Poco me quedaba ya para terminar de leer estos bestiarios. Pero, por suerte, los cuentos dignos de reproducirse en mi diario, como éste último, no escaseaban.

Tras incluir el cuento, decidí ponerme a trabajar en algo propio y retomé unas notas que había ido tomando en los últimos tiempos. Con ellas, comencé una nueva obra de horror cósmico. Sin duda ese gusano de mis sueños me había servido de inspiración. A mi imaginación acudieron, no sólo el gusano, sino infinidad de criaturas, a cada cual más deforme y abyecta, las cuales habitaban otros planetas y dimensiones. Tanto escribí, que perdí la noción del tiempo. Y entonces, mi amada vino a interrumpirme cuando ya se iba a trabajar.

-Me voy al trabajo. - dijo- ¿Quieres que te traiga algo? Llevas todo el día enfrascado, deberías descansar un poco. -

-Sí, creo que es un buen momento para descansar. -respondí yo, obediente. - Además mi pluma se ha quedado sin tinta y los cartuchos que quedan están en mi casa. -

-No se te ocurrirá ir tú solo a por ellos, ¿verdad? - me dijo ella, mientras me miraba con los ojos muy abiertos.

-No, por ahora he terminado. Pero, si puedes y ya que te has ofrecido, podrías traerme algunos de la papelería. -

Casi no me dejó acabar la frase, diciendo que sí que me los traería y que no se me ocurriese ir a mi casa a buscarlos. Le di dinero para que los pagara, ella me besó y se marchó, dejándome solo.

Quise entonces distraerme un poco, así que sintonicé un aparato de radio que mi amada tenía en su cocina en la emisora de música clásica y me senté en un sofá a escucharla. Pronto, la habitación quedó inundada por los bellos acordes de la Novena Sinfonía de Beethoven.

Fue en ese momento cuando eché de menos tener una copa en la mano. Por alguna razón sentía ganas de beber algo en aquel momento, máxime cuando noté como si algo me acechara. Pero, en ese momento, no le di mayor importancia y me quedé dormido, pues en verdad estaba muy

fatigado.

Tuve entonces un sueño. Un sueño en el cual aparecía mi amada. En este sueño, estábamos los dos en el campo. Mientras ella preparaba lo que parecía un picnic, yo le leía parte de las cosas que había escrito. Muchas de ellas eran de terror, pero también había tenido tiempo para dedicarme a escribir poesías y obras románticas, al parecer. Y esas eran las que yo le leía en el sueño.

El verdor de los campos y las flores de colores salpicaban todo el paisaje. Y, aquella bella estampa, aparecía bajo un cielo azul e infinito y un sol radiante que todo lo inundaba. Parecíamos felices. Hasta parecíame que estaba oyendo música proveniente de algún lado. No le di mucha importancia, pues el trino de los pájaros y la risa de mi dama eran suficiente música para mí en aquel momento.

Yo miraba a los azules y grandes ojos de mi dama, que sonreía de forma seductora. Los negros cabellos se agitaban por la acción de la brisa que soplaba y, en ocasiones, un mechón de pelo negro caía sobre aquella frente pálida de gran tersura. Contemplé los abultados pómulos rosados, las comisuras de aquellos labios de rubí y los dientes como perlas y quedaba hechizado por esa sonrisa, por esa boca que ansiaba besar. Aquella nariz recta, aquel rostro ovalado, el cuello como de cisne. ¡Qué era aquello! Estaba poseído por la más fervorosa pasión y el amor más ardiente.

Mi dama estaba allí sentada ahora, mientras escuchaba cómo yo le recitaba unos versos que le había escrito. Su talle era glorioso. La voluptuosidad y gracia de su figura, sublimes. Toda ella era la suntuosidad hecha carne, como si se tratase de una escultura que algún maestro de los antiguos hubiera tallado con mimo y durante años. Y era mía. Allí estaba, riendo y llorando a causa de mis escritos y, a veces, estremeciéndose de terror. Era de carne y estaba allí. Sentíame pleno y afortunado.

Después de leerle algunos relatos y poemas que nunca pensé que hubiera escrito, me senté junto a ella y nos pusimos a comer algo, mientras charlábamos de banalidades y disfrutábamos de aquella magnífica estampa campestre.

Tras haber comido, nos tumbamos sobre la hierba y nos miramos a los ojos. Le dije algunas tiernas palabras y ella me besó. Puse mi mano sobre su hombro y la besé también. Y, en un punto, pasó corriendo una ardilla casi sobre nuestras cabezas. Y así fuimos interrumpidos por el pequeño y simpático animalillo. Nos echamos a reír a carcajadas y el eco de nuestra risa se perdía a través del bosque cercano.

Pero después, vimos salir corriendo a otros animales. Todos venían del bosque y parecían huir de algo. Y, de súbito, se produjo una estampida. Mi amada y yo nos incorporamos y yo la abracé con fuerza, tratando de protegerla de lo que quiera que fuese. Cientos de animales, ardillas, conejos, gamos, ciervos y todo ser viviente, pasaban corriendo por nuestro lado, huyendo aterrados. Más de una vez estuvieron a punto de arrollarnos, mas tuvimos suerte.

Entonces, el cielo se oscureció con recios y negros nubarrones, al par que se desataba una tormenta feroz. Comenzó a caer una lluvia que nos caló hasta los tuétanos y unos espantosos rayos y truenos cuyo sonido parecía querer partir la tierra toda.

Y fuimos a buscar refugio, antes de que todo empeorase aún más. Sólo lo hallamos bajo unas rocas que formaban una especie de cueva. Y allí nos quedamos, abrazados y tiritando de frío y de terror.

Un rayo cayó muy cerca de donde nosotros nos habíamos refugiado. La tormenta no cesaba, sino que se volvía aún más violenta si cabe. Entonces otro rayo cayó en el bosque y, por alguna chispa, se inició un incendio. Y las llamas comenzaron a devorar los árboles con voracidad. Estábamos atrapados y aterrorizados. Queríamos huir, mas no podíamos.

Lo peor de todo estaba aún por llegar, pues en un punto, creímos ver una sombra inmensa y de forma extraña, una figura que no era humana que salía del bosque. Y, de alguna forma, yo la creí conocer. Sí, yo sabía muy bien lo que era aquello.

Otro rayo cayó sobre la covacha en la que estábamos refugiados y hubo un desprendimiento de rocas. Yo apreté a mi amada con fuerza, tratando de protegerla de los cascotes y por sentirla por última vez, pues en verdad creí que sería el fin.

Todo se puso negro, como la boca de algún abominable vestigio. No podíamos ver nada, pero podíamos escuchar la tormenta afuera y seguíamos allí abrazados. Escuchamos un estruendo a nuestro lado. En principio no supimos que podía ser, hasta que, por fin, un resplandor sulfuroso iluminó la covacha en la que estábamos. Y este resplandor provenía de una abertura en el suelo que acababa de aparecer, como si algún mecanismo hubiese abierto una extraña puerta hacia las profundidades.

En la oscuridad que acababa de abrirse, pudimos ver una escalinata de piedra, la cual conducía en descenso hacia otra cueva más amplia. Mi amada y yo, sin otra opción, comenzamos lentamente a descender por aquellos peldaños, hacia la sima desconocida. Debíamos tener cuidado, pues los peldaños estaban algo resbalosos por causa de alguna sustancia

extraña que había en ellos y también por causa de la humedad.

Cuando hubimos descendido, nos hallamos entonces en una gran galería, la cual parecía haber sido excavada en las profundidades por alguna extraña inteligencia. Sus paredes de piedra aparecían casi lisas por completo, a excepción de algunos tramos en los que podían verse extrañas y recias columnatas y estatuas de seres inenarrables. El techo de esta demencial estancia, no había sido trabajado por mano alguna y se sujetaba sobre estas recias y demenciales paredes en su natural forma.

Y, en el centro de la estancia, se erguía un enorme brasero, con forma de altar, en el que ardían unas llamas de color sulfúreo y que era la fuente de tal luminosidad. Ya sospechaba yo qué inenarrables seres habían levantado tales construcciones. Pero no quise alarmar a mi dama y continuamos nuestro descenso, a través de un amplio túnel adintelado y sujeto por las mismas estatuas que antes vimos, aunque éstas eran algo más reducidas en tamaño y en sus bocas y ojos refulgía aquella misma luz sulfúrea.

Nos abrimos paso a través del túnel, siempre descendiendo. Estábamos maravillados al par que aterrados por estas maravillosas y demenciales construcciones. Anduvimos durante una eternidad, con paso firme y dispuestos a afrontar cualesquiera que fuesen los terrores que allí nos aguardaban.

Al llegar al final del túnel vimos otra gran sala excavada en la roca. Lo curioso de la misma es que me pareció muy familiar. Tenía la sensación de haber estado antes en ese lugar, en otro tiempo.

Entonces fue cuando, de repente, nos vimos rodeados por unas criaturas tan deformes y tan demenciales como lo era todo en aquel lugar infernal. De la misma oscuridad surgieron cientos de ellas. Y entre todos aquellos seres deformes, con cientos de ojos y con tentáculos, reconocí a uno en especial. Era el ser gusano, que venía arrastrándose hacia nosotros, que estábamos inmóviles por el terror.

Creo, entonces, que mi amada se desvaneció y a mí me golpeó una garra en la cabeza, tan fuerte que también perdí el conocimiento. Cuando volvimos a recuperar los sentidos, estábamos encerrados en sendas prisiones, dentro de esa mazmorra que yo ya conocía. Esta vez no podríamos escapar. Allí, encerrados en las demás prisiones, pudimos ver a más gente. Y el alboroto era infame. Los gritos y alaridos inundaban toda la estancia. El calor, provocado por unos extraños vapores que se infiltraban a través de rendijas en las paredes, era sofocante. Intenté forzar los barrotes de mi prisión, pero no tuve éxito alguno, pues eran muy recios y hasta quemaban por la acción de aquellos vapores.

Fue entonces cuando vimos venir a la deforme criatura parecida a un gusano, arrastrándose y dejando tras de sí su infame y hedionda estela de baba. Una de las celdas se abrió y el gusano se llevó a rastras a su infortunado ocupante quién sabe a dónde. Se lo llevó a cuestras, mientras el infortunado prorrumpía en alaridos y peticiones de clemencia.

Todos estábamos atrapados, a merced de aquellas criaturas. No había escapatoria posible. Intenté volver a forzar los barrotes y grité desesperado y por hacer fuerza, mas no había forma humana en que pudiera torcerlos o abrirlos. Caí al suelo extenuado y con las palmas de las manos llenas de heridas y ampollas. Y, entonces, creí ver en la galería del fondo, una silueta sin piernas. Me froté los ojos y antes de que se desvaneciera, me pareció ver un torso grácil y vaporoso que vagaba por el pasillo del fondo y se perdía en la distancia. Entonces, al cabo de unos segundos, las malditas celdas se abrieron y sus prisioneros comenzaron a salir aullando y de forma desordenada.

Y fue entonces cuando aproveché la oportunidad. Reuní todas mis fuerzas y valor para salir de la celda. Busqué con la vista a mi amada entre todo aquel tumulto y vocerío y la hallé postrada en otra celda bastante alejada de la mía. Corrí hacia ella y cuando llegué, puse todo mi empeño en hacerla volver en sí. Cuando se despertó, agarré su mano y salimos corriendo por el túnel donde había creído ver al espectro, justo en el momento en el que el ser gusano iba a aparecer en la sala de las prisiones.

Corrimos como ánima que el diablo lleva, a través de aquel túnel que parecía interminable. Pero, dicho túnel, tenía una pendiente ascendente que quizás nos llevase a la superficie. Tras de nosotros escuchamos infames gañidos y gruñidos de varias bestias, que nos perseguían. No se nos ocurrió mirar atrás, hacia un destino que sin duda sería fatal. De pronto, oímos un chasquido y las paredes del túnel comenzaron a estrecharse, al par que desprendían un calor cada vez más sofocante. Podíamos ver una luz al final del túnel. Una luz natural y no sulfurosa.

Con el último acopio de mis fuerzas, cargué a mi amada sobre el hombro y corrí aún más. No tenía idea de dónde pude sacar tanta fuerza, pero lo logramos. Salimos del túnel a la superficie, mientras las paredes de aquella sima infernal se cerraban tras de nosotros. Todo era luz entonces. Y todo era confuso.

Cuando mi amada volvió del trabajo, me despertó. Ya era muy tarde y ella iba a ducharse y acostarse. Pero yo no perdí oportunidad de preguntarle por los cartuchos de la pluma y, en viendo que en efecto me los había traído, tampoco perdí la oportunidad de que me dejase escribir un poco, a lo que ella accedió no de muy buena gana. Se fue a duchar y yo aproveché esa oportunidad para seguir trabajando. En verdad que me gusta trabajar de noche, pues hay más calma, pienso mejor y es el

tiempo en que la mente aprecia los fenómenos más insólitos.

Aún tenía unas ganas enormes de tomarme una copa y lo hubiera hecho de no ser porque mi amada había quitado todas las bebidas alcohólicas de su casa, a petición mía. También me sentía un poco agitado y anduve meditabundo por la habitación, mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Hasta que, finalmente, me sentí más sereno y me senté a escribir.

Estuve escribiendo unas tres horas en mi nueva obra de terror. Cuando hube acabado, fui hasta el dormitorio y vi que mi amada ya estaba dormida. Aparté un mechón de pelo de su blanca frente y la besé. Pero yo no quería dormir aún, de modo que, volví a la sala de estar para continuar escribiendo, esta vez en el diario que había comenzado desde que encontré los bestiarios.

Como estaba tan influido por los bestiarios del viejo librero, supuse que podría aportar algo de mi propia cosecha y escribí dos nuevas entradas en este diario en forma de cuentos.

## LA DAMA Y EL ANILLO

Un buen día, iba yo paseando con mi abuelo por el monte. Mucho me gustaba a mí pasear por las tardes con mi abuelo. Para llegar al monte, primero había que atravesar un sinuoso sendero; el cual seguía el curso del río y a cuyas márgenes se situaban verdes prados, salpicados de flores aromáticas. De repente, al pasar al lado del antiguo amarradero de un bote, mi abuelo se detuvo y sentándose sobre un banco de piedra, que junto allí se hallaba, me dijo que me pusiera a su lado.

- Descansemos. - me dijo.

- ¿Me cuentas una historia, abuelo? - pregunté.

-Claro que sí. Verás. Justo aquí donde nos hallamos sentados, hace muchos años, antes de la llegada del Imperio y sus águilas bicéfalas y antes de que llegara la modernidad y el gran bullicio a nuestras vidas, hubo una aldea de pescadores y mercaderes que por un tiempo estuvo hermanada con la nuestra. Esta aldea llegó a desaparecer más tarde y hay quien dice que todo ello se debió a una maldición que cayó sobre ella.

-

- ¿Una maldición? - pregunté asombrado.

-Sí. -

Y prosiguió:

- Había dos jóvenes de cada aldea. Ella era la hija de un mercader, que aquí vivía; mientras que él era un hijodalgo que vivía en nuestra aldea. Parecían estar destinados el uno para el otro. Desde que eran niños jugaban juntos, reían juntos. Brincaban por los prados riendo y cantando, perdiéndose en sus juegos infantiles. Crecieron y se convirtieron en amantes. Toda la aldea les veía ya como futuros esposos. -

Yo escuchaba sin decir palabra.

-Un día en que se celebraba la Feria en nuestra aldea, apareció una extraña joven, quien venía tirando de un carro de mano y en el cual traía un montón de bultos que, en un primer vistazo, parecían ser sedas, telas y pieles. También se veían frascos y botellas colgando por doquier, las cuales parecían ser remedios y ungüentos de algún tipo y perfumes o afeites.

- Mucho me place a mí la Feria, abuelo. Ayer estuve con padre y vi un montón de dulces. -respondí, por decir algo; aunque arrepentido, pues quería que mi abuelo siguiera con el cuento. -

- Todas las miradas se dirigieron hacia ella, por ver quién era aquella joven y qué había venido a hacer aquí. Especialmente los hombres se le quedaron mirando, pues aquella joven sucia y vestida con algo que casi eran harapos, parecía desprender un extraño candor y belleza, los cuales nadie podría explicar. -

Aquí, mi abuelo se interrumpió un instante en el que creí percibir un leve suspiro que se escapaba a través de sus ajados labios.

Y habló así:

-Era una joven no muy alta, aunque delgada. Sus cabellos los tenía recogidos y atados con un pañuelo, mas habían de ser largos, pues por debajo, se le escapaban unos bellos mechones negros ondulados. Su tez era pálida, de una blancura no enfermiza, sino delicada. Y estaba salpicada por el barro del camino en ambas mejillas. Parecía una paloma. Los ojos eran de un color azul muy intenso, vivos, fulgurantes. Las pestañas, largas. La nariz recta y bien proporcionada. Y la boca era perfecta, con unos carnosos labios del color de las rosas. Qué tenía aquella boca y qué armoniosos sonidos y sabores podrían salir de ella. -

Volvió a interrumpirse y esta vez sí que lanzó un largo suspiro a la vez que me decía que nos moviéramos y caminásemos un trecho.

Anduvimos un rato hartamente largo, pues yo iba impaciente por saber más de aquella moza con una beldad tan soberana. Y de la aldea de pescadores. Y

los amantes. No entendía nada. Mas mi abuelo, caminaba pensativo y no decía palabra alguna. Hasta que, finalmente, mientras subíamos un repecho que se iba haciendo cada vez más empinado para entrar al monte, mi abuelo se detuvo ante unos robles enormes y viejos.

Al fin, prosiguió:

- Aquella joven extraña y bella se encaminó a la plaza de nuestra aldea con determinación. Llegó allí y se detuvo al lado de la fuente, pues el sitio estaba libre. Entonces, asentando allí su carro, pareció erguirse como para aliviar la carga de sus espaldas, pues la de sus brazos ya la había soltado, como he dicho. Acto seguido, se soltó el pañuelo con el que traía atados sus cabellos, sacudió la cabeza y éstos volaron al viento. Eran negros cual pluma de cuervo. Con sus blancas manos, recogió entonces un poco de agua de la fuente y se lavó el rostro. ¡Y qué rostro era aquél! De un resplandor sublime que a todos cegó. Después, simplemente, se dispuso a ofrecer los exóticos bienes que en su carro traía. Y su voz era cual dulce canto para quienes la oyeran. -

Yo escuchaba las palabras de mi abuelo incapaz de proferir palabra alguna, pues creí advertir por un instante, no sé cuándo, la belleza de aquella dama y, dábame la impresión, de que la hube visto en otro tiempo y en otro sitio.

Mi abuelo continuó entonces:

-La hija del mercader y el hijodalgo se hallaban aquel día en la plaza. Buscaba él un anillo, el cual pudiera ser merecedor de regalarle a su futura esposa. Pero no conseguía hallarlo por ningún lado entre todas las tiendas y puestos de la Feria. Hasta que, finalmente, el hidalgo reparó en una joven de extraña belleza y cabellos negros al viento, la cual se hallaba junto a la fuente ofreciendo exquisitos bienes traídos de tierras lejanas. Su voz era hechizante. Como movido por extrañas fuerzas, el hidalgo, tirando de su prometida, se encaminó al lugar donde aquella joven se hallaba. La miró a los ojos, de un azul relampagueante. Lleno de una extraña zozobra le preguntó a la misteriosa dama si, por ventura no tendría ella un anillo de oro, el cual fuera excepcionalmente hermoso. A lo cual la dama respondió que sí y echando mano a unas alforjas que en su carro traía, sacó de ellas un anillo de oro y topacios incrustados que, a su vez tenía unos extraños arabescos hábilmente tallados. A lo que el hidalgo, complacido, accedió a comprarle. Extrajo de su camisa un saquito con unos maravedís y se lo entregó a la dama, de forma lenta y torpe, pues no podía dejar de admirar su belleza y el infinito azul de sus ojos. -

Mi abuelo hizo una pausa breve y echó la mirada al cielo. Se estaba haciendo tarde y me dijo que debíamos volver, por lo que, sin habernos adentrado en el monte aquella tarde, retrocedimos unos pasos en

dirección contraria.

Caminamos un trecho en silencio. El Sol ya no brillaba con la misma intensidad, pues en verdad se estaba haciendo tarde. Llegamos de nuevo al viejo embarcadero y mi abuelo, esta vez no se detuvo, pero habló de nuevo:

-El hidalgo y la hija del mercader se alejaron de la Feria. Él iba muy melancólico, sin razón aparente, pensando en la exótica dama que le vendió el anillo. No durmió en la noche. Movidó por la desazón y un extraño deseo, salió sin hacer ruido alguno de la casa donde vivía, no sin antes tomar el anillo, por ponerlo como pretexto para ir a ver una vez más a aquella moza extraña. Llegó al mercado envuelto en tinieblas. No se veía alma alguna en derredor. Se escuchaba el canto de los grillos y el murmullo de la fuente de la plaza. En la lejanía, pero bien perceptible, el sonido de un carro de mano que se alejaba. Lleno de agitación, el hidalgo siguió apresurado aquel sonido y, a medida que se iba acercando, pudo ver el carro y tirando de él a la bella dama, que se alejaba de la aldea, hacia el río. Él la siguió, desesperado. Ella pareció advertirlo y apretó el paso. La persiguió a través del sendero, junto al río, pasando junto a una aldea con un embarcadero, a través de una cuesta que se iba haciendo cada vez más empinada. Hasta que, junto a unos robles logró alcanzarla y ambos se miraron. Una locura infame poseyó al hidalgo. Tomó aquel anillo y se lo puso a aquella dama en uno de sus blancos, largos y delicados dedos. La asió con fuerza de los negros cabellos y juntó su boca con la de ella. Arrancó violentamente sus ropas y allí mismo la poseyó. Tras aquel acto, estalló una tormenta. Un rayo cayó en el bosque y se inició un incendio, el cual se expandió hasta una aldea cercana, devorándola por completo. Allí murieron muchas almas, entre ellas, la hija de un mercader que iba a desposarse con un hijodalgo de otra aldea cercana. -

Mi abuelo hizo una pausa. Tomó aliento y se enjugó una lágrima. Tras lo cual siguió con su relato.

-Meses después de aquella tragedia, la extraña y bella dama tornó a estas tierras. Viéronla venir a través de lo poco que quedó del bosque. Pasó junto a lo que quedó de la aldea de los pescadores, por el sendero, junto al río, hasta llegar a nuestra aldea y a la plaza. Y allí, junto a la fuente dejó un bulto con mucho mimo y se fue corriendo. Quien fue a mirarlo vio que era un niño recién nacido, el cual traía colgada una cadena en el cuello blanco y tierno. En la cadena, un anillo de oro, con arabescos y topacios incrustados. -

Mi abuelo calló. Yo miré a sus ojos azules y pregunté quién le había enseñado aquella historia, a lo que me respondió que su abuelo y a éste a su vez, el suyo. Y, a aquél el suyo también, que fue el primero.

## EL CONDE OGARTH

En una cueva oscura y profunda vivía un dragón. Un dragón que tenía cientos de años y guardaba un formidable tesoro, junto con un objeto de gran poder. Dicho tesoro había sido codiciado por reyes y nobles, magos y hechiceros, caballeros y guerreros durante siglos. Muchos intentaron hacerse con él por todos los medios. Pero ninguno pudo nunca vencer al dragón y llevarse los tesoros para sí.

Se cuenta la historia, por ejemplo, de un Conde que, con una gran hueste de infantes y caballeros, intentó vencer al horrible y viejo dragón en una ocasión.

Este Conde, que respondía al nombre de Ogarth, era muy rico y poseía grandes extensiones de tierra. Con ello, podía permitirse el reclutar y mantener a una gran hueste de guerreros. Dichos guerreros le eran fieles hasta el final, ya que les pagaba buenos sueldos y siempre repartía los botines, provenientes de las guerras del Rey, de una forma muy generosa. De manera que su hueste no sólo se mantenía motivada, sino que le seguían, de manera entusiasmada, allá donde fuese.

Al principio, formó su tropa de las levas que hacía en el condado. Pues dichas tierras estaban muy pobladas y no faltaban hombres jóvenes o adultos que quisieran salir de las aldeas en busca de aventuras, además de tener armas, buena comida y una buena paga. Pero pronto, empezaron a unirse mercenarios que alquilaban sus aceros a cualquiera que les pagase una buena cantidad de plata u oro. Otras veces, hasta criminales que deseaban redimir su pena. Incluso, se unieron nobles caídos en desgracia.

Pronto pudo reunir un gran ejército, el cual puso al servicio del Rey en sus campañas por reunificar el Reino. Lucharon en muchas batallas. Y, si bien es verdad que lo hacían por la causa de su conde y del Rey, casi nunca se comportaban de forma caballerosa. Aquella variopinta tropa, las más de las veces, se dedicaba a violar mujeres, además de al saqueo y al pillaje. Y es que la guerra siempre es cruel y aplasta a los más débiles, sean del bando que sean.

Con estos hombres a su servicio, pretendió nuestro Conde Ogarth, vencer al dragón y apoderarse de sus tesoros. Y la crónica de lo que aconteció, no sólo está escrita, sino que es cantada en muchas ocasiones por los bardos, juglares y trovadores en forma de romance. Tal es así, que la famosa gesta ha trascendido incluso las fronteras del Reino. La historia, en definitiva, es la que sigue.

Llegó el Conde Ogarth, con sus temibles huestes, a la cueva del viejo dragón dormido. Su propósito, claro y firme, no era otro más que dar muerte al temible dragón y hacerse con los tesoros que custodiaba, entre ellos un artefacto con un gran poder. Y dicho artefacto no era otra cosa que una espada, forjada con el más refinado de los aceros en las profundidades de Urtrav, tierra de los enanos.

Se decía que este montante, que apenas podrían manejar con destreza suficiente dos hombres fornidos, daría a su portador una fuerza y destreza incomparables, si es que era merecedor de ello. Pero para llegar a poseer la espada, no sólo había que vencer al dragón, como ya ha quedado dicho, sino también estar marcado por el Destino.

Nuestro bizarro Conde Ogarth, creyendo ser el elegido, iba a probar suerte en tamaña empresa. Para ello, no escatimaría ni en esfuerzos ni en dineros. Y es que, antes de partir, el Conde había liberado sus feudos, no sin antes recaudar los impuestos y diezmos que como soberano le correspondían. Y se había quedado tan sólo el inmenso peñón y el castillo que habitaba, herencia de sus padres y abuelos. Y, todo ello, lo hizo para avituallar a sus tropas de buenas armas y de varios meses de paga, pues a muchos dejó dicho que no volverían con vida. De manera que las pagas irían a parar a sus viudas y huérfanos o padres y parientes desconsolados. Con tales dineros y su liberación, podrían comprar alguna pequeña parcela de tierra o subsistir hasta tiempos mejores. Y, para quienes sí volvieran, les esperaba una buena suma con la que, tal vez, pudieran retirarse. Eso por no hablar del fabuloso tesoro que pensaba compartir con ellos cuando matasen al endriago. Se cubrirían de Gloria y riquezas y los bardos entonarían sus canciones durante generaciones.

La tropa entera prorrumpió entonces en hurras, vítores y alabanzas y, una vez más y como un solo hombre, dijeron en alta voz que seguirían a su Conde incluso a los Mares del Olvido, si fuera menester. Y todos, a pie o a caballo y formidablemente armados, se dispusieron a seguir al Conde Ogarth allá donde fuere.

La cueva en la que habitaba el dragón quedaba a dos días de camino, yendo a caballo, de las tierras de las que provenían el Conde y su hueste de bravos e infames guerreros. Después de prepararlo todo y meter las provisiones y otra pequeña reserva de armas en sendas carretas, los de a caballo picaron las cabalgaduras e iniciaron la marcha. No entrarían, eso sí, ni siquiera al medio galope, para que los de a pie pudieran seguirlos de cerca. Iba a ser una marcha agotadora, parando tan solo y sólo quizá en la noche.

Debían atravesar, para llegar a la cueva, un frondoso bosque, un pantano emponzoñado y, por último, debían ascender por una empinada montaña. Tras haber dejado atrás lo que, en su día, fueron sus tierras, se adentraron en la linde del bosque, el cual no estaría exento de peligros.

Peligros tales como bandidos, relictos, necrófagos y otros seres abominables. A los bandidos quizá eran a los que menos temían, pues los que no habían dejado esa vida para unirse a la tropa del Conde, habían sido muchas veces masacrados por éstos. De tal forma que conocían sus extrañas tácticas de guerrilla y les llevaban alguna ventaja. Aunque no mucha, pues estos bandidos, por lo general, eran guerreros formidables que conocían bien el terreno que habitaban y estaban acostumbrados a tratar con las otras criaturas del bosque.

Y así comenzaría el viaje. Llevaban una marcha lenta, aunque marcial y ordenada. Y todos permanecían alerta y vigilantes, atentos a cualquier movimiento o ruido, pues de las espesuras del bosque, podría surgir cualquier cosa y en cualquier momento.

La formidable tropa, con la que el Conde, quien iba a la cabeza, podría haber tomado un castillo muy bien defendido, se adentraba ahora en el espeso bosque, marchando a la que quizás fuese su más legendaria aventura, de la que tal vez no volvieran.

Cuando comenzaron a caminar a través del bosque, los peligros no se hicieron esperar. A través de un estrecho sendero por en que decidieron atravesar, hallaron por el suelo y en torno de los árboles, varias trampas destinadas a sorprender a algún incauto y desafortunado viajero. Trampas que los hombres del Conde pudieron desarmar, aunque no sin esfuerzo y sin tener que aminorar la marcha. La emboscada se olisqueaba a medida que iban avanzando más y más por el territorio de los bandidos. Más pronto que tarde, tendrían con ellos alguna refriega.

Y así fue. Pues cuando ya estaban sorteando aquel sendero plagado de trampas y se dirigían a un calvero que a pocos metros de allí se hallaba, vinieron a dar la voz de alarma varios de los hombres del Conde.

- ¡Arqueros! ¡En los árboles! - gritaron.

- Levantad esos escudos. -gritó un sargento de a caballo.

Acto seguido a uno de los que había dado la voz de alarma le atravesó una flecha la cabeza de parte a parte. Le entró por un ojo y salió por su nuca. Se desplomó muerto en el acto. A esto siguió una lluvia de flechas, disparadas desde los árboles, que por fortuna fueron repelidas, las más de ellas, por los escudos ya en alto. Hubo algunas que hirieron carnes, pero no de gravedad.

La tropa del Conde, retrocedía un poco ahora, con los escudos de lágrima en alto, rechazando una segunda andanada de flechas. La emboscada que temían ya estaba ahí. Pero, por fortuna, no les cogió desprevenidos.

Se oyeron unos gritos guturales, a modo de órdenes, que venían de lo profundo del bosque. Los arqueros dejaron de disparar, pues muchos ya no tenían flechas y otros no debían malgastarlas. Entonces, en un punto, de las malezas surgieron más bandidos, espada en mano y dispuestos a cargar contra la hueste del Conde.

-Desenvainad y luchad hasta que reventéis. - gritó entonces el sargento a caballo.

A dicha orden obedecieron las tropas del Conde como un solo hombre. Y pronto tuvo lugar una feroz batalla dentro del bosque.

Uno ante el otro se hallaron entonces ambos ejércitos, las espadas desenvainadas. Y, en un punto, se acometieron los unos a los otros con gran ferocidad. El ruido de los gritos y del entrechocar de los aceros se hizo ensordecedor. La caballería del Conde, con él mismo a la cabeza, protegía los flancos, mientras el grueso de la infantería acometía a los bandidos. Pronto llevaron la delantera, todo ello pese a lo estrecho del espacio en que se dio lugar la lucha.

Los bandidos, que estaban formados por infantes y algunos arqueros, no se arredraron tampoco en tamaña escaramuza y estaban dispuestos a vender cara la piel. Aquí y allá lanzaron cuchilladas, tajos y estocadas, llevándose a varios enemigos por delante. Hasta que, hubo un momento en que sus fuerzas se vieron ya muy menguadas y muchos acabaron por rendirse, perdida ya otra elección.

Ya rodeados, prisioneros y desarmados los bandidos, los hombres del conde se dispusieron a cargarlos de cadenas y a rematar a los malferidos de uno y otro bando. Determinaron, allí mismo, de colgar a los principales líderes bandidos de las ramas de los árboles, como escarmiento. Tras esto, el Conde ordenó acampar allí mismo, con el fin de atender a los heridos y contar las bajas. Y habló así:

-Vosotros, los que ahora vais rendidos, forzados y cargados de cadenas, tendréis la oportunidad de redimiros y alcanzar la Gloria, sirviéndonos en nuestra hueste. Así que, los que deseen unirse a nos que den un paso al frente. Y los que no, compartirán el destino de los que aquí han muerto hoy, colgando de estos árboles. -

Muchos fueron los bandidos que dieron entonces el paso y ya clamaban por su señor el Conde a viva voz. De manera que, aún con las cadenas puestas, pues estaban a prueba, el Conde Ogarth vino a ganar en esta batalla a nuevos reclutas. Nada nuevo, pues como ya se ha dicho, muchos de los que ahora eran soldados en este ejército, en su día fueron criminales y bandidos. De forma que, cuando entraban en batalla, no

dejaban cultivos sin arrasar, pueblo sin saquear o mujeres sin forzar.

Aquellos que por orgullo o cobardía o cualquiera otra cosa que fuese no dieron el paso al frente, fueron colgados sin contemplaciones y aún con las cadenas.

Llegó la noche y en el campamento se observaban las luces de las hogueras a la entrada de las tiendas. Se puso a veinte hombres a hacer la guardia del campamento, los cuales serían relevados por otros al despuntar el alba. En el centro del campamento, se alzaron la tienda principal donde descansaría el Conde, junto a su guardia personal; otra tienda vigilada, donde dormirían los prisioneros y una última para atender a los heridos, la cual estuvo activa toda la noche y de la que salían quejidos y alaridos de dolor.

Estuvieron allí acampados hasta bien entrado el mediodía. Pero, una vez se aseguraron de que todos podrían seguir la marcha, recogieron todas las tiendas y se apresuraron a seguir adelante. Nada ni nadie les volvió a atacar en el bosque y se alegraron de pasar a través de él sin haber tenido otro percance. Pero ahora, deberían pasar a través del pantano. Y eso no iba a ser cosa fácil.

La ciénaga se hallaba en medio de aquel frondoso bosque. Era un lugar infecto, lleno de parásitos, de moscas y mosquitos. E incluso cosas peores. El terreno pantanoso iba a ralentizar la marcha muchísimo, al par que tendrían que tener cuidado de no caer en sumideros o arenas movedizas.

En los tiempos en que los campesinos iban a este pantano a recoger turba, se había hecho un sendero, el cual transcurría a través de unas elevaciones de tierra que la mano del hombre había hecho. Un camino artificial que atravesaba la ciénaga de parte a parte. Si el ejército no se apartaba en ningún momento de este camino, no habría ningún problema.

Los hombres marcharon a través del sendero, bien apretadas sus filas. Iban vigilantes de no salirse del camino y de que las monturas no resbalasen por los costeros y se precipitasen al pantano. Todo parecía ir bien.

Sin embargo, en un momento dado y sin previo aviso, de un sumidero que allí al lado se hallaba, debajo de unos matojos, se escuchó un borboteo al que siguió un chapoteo. Y de allí salieron cuatro necrófagos que habían olido la carne humana y estaban dispuestos a atacar.

Los caballos se asustaron y los jinetes se las vieron y desearon para volver a domeñarlos. De hecho, tres de ellos, al rampar y lanzar coces al aire, perdieron pie y se precipitaron a las aguas estancadas con su jinete.

Nuestro Conde a punto estuvo de compartir este destino, pero por suerte, logró dominar a tiempo a su montura.

Los cuatro necrófagos se lanzaron sin piedad sobre los infortunados jinetes y los caballos que habían caído al pantano. Volvióse entonces a oír el borboteo y todos desaparecieron bajo las aguas, ante la aterrada e impotente mirada de los allí presentes.

El Conde ordenó seguir la marcha y salir de allí antes de que volviesen los necrófagos o vinieran más. Pero fue en vano, pues cuando se hallaban a una buena distancia del lugar de la tragedia, se volvieron a escuchar los sonidos, al par que vieron cómo toda una tribu de necrófagos les venía siguiendo. Pronto se vieron rodeados por las criaturas.

Los hombres se aprestaron a la batalla. En un momento todo fue un infierno de tajos y estocadas. Los miembros cercenados volaban por los aires o caían aquí y allá. Los de a caballo, con mucha dificultad, luchaban como bravos cortando y tajando necrófagos. Algunos eran aplastados bajo los cascos de los caballos.

La carnicería era indescriptible. Y los necrófagos no se quedaban atrás. A base de lanzar zarpazos y dentelladas, habían logrado varias bajas en las filas del Conde.

Los necrófagos parecían no acabarse nunca. Por cada uno que mataban, otro venía a ocupar su lugar. La lucha era feroz y agotadora.

Entonces, para sorpresa de hombres y necrófagos, se vino a despertar en aquel pantano una gigantesca criatura con forma de pulpo. Con sus tentáculos comenzó a barrer con unos y otros y todos iban a parar a sus fauces terribles.

Los necrófagos que quedaban, rompieron filas y huyeron despavoridos. Mientras tanto, el ejército del Conde luchaba ahora contra la espantosa criatura. Con las espadas cortaban los tentáculos de aquel ser, que pese a caer cercenados al suelo, aún se movían.

A muchos hombres y caballos se llevaría el monstruo, hasta que, nuestro Conde, que había desmontado de su caballo, agarró una lanza y la arrojó al rostro de la criatura. Pretendía darle en el ojo. Un único ojo que tenía en el centro de aquel rostro infame.

El resto de hombres lo imitaron y pronto el rostro del ser quedó lleno de lanzas. Y fue uno de los prisioneros quien consiguió acertar en el ojo de la criatura, la cual se retorció como un gusano y se sumergió en las aguas estancadas.

Aquel prisionero fue vitoreado y liberado en el acto, pasando a ser ya un miembro de pleno derecho de la hueste del Conde.

-Mi Señor, hemos sufrido muchas bajas. Deberíamos volver atrás. -  
protestó el sargento.

-No habrá vuelta atrás. Hemos de seguir adelante, hasta conseguir esta gran hazaña. Los bardos cantarán nuestra gloriosa gesta durante siglos. -  
sentenció el Conde.

Y esto diciendo, el Conde Ogarth volvió a montar en su caballo y ordenó seguir la marcha hacia las montañas y hacia la cueva del dragón.

No tardaron mucho en salir del pantano. Ya el terreno se volvía más escarpado y empinado, por lo que dedujeron que estaban ya en la falda de la montaña.

El sendero discurría todavía a través de la montaña. A través primero y luego se volvía más sinuoso, a medida que ascendía más y más. Tanto los hombres como las cabalgaduras podrían continuar sin problemas. Tan solo debían tener cuidado, como siempre, de no salirse del camino, a fin de no precipitarse al vacío.

A medida que ascendían, el frío se fue intensificando y fue apareciendo la nieve. El suelo estaba bastante resbaladizo, por lo que hubieron de marchar más lentamente y con mucha precaución. El viento helado soplaba con fuerza y les entumecía hasta el tuétano. Pero continuaron, sin mirar atrás. La promesa de la Gloria y las riquezas les daba calor y coraje.

Tras tales dificultades y siendo ya de noche, llegaron casi a la cima de la montaña. Allí era donde estaba la cueva del dragón, la cual podía distinguirse por ser una abertura enorme, flanqueada por dos estatuas que los hombres esculpieron en tiempos remotos, para venerar al poderoso endriago.

Decidieron hacer un alto y encender varias hogueras. Por suerte, llevaban leña suficiente en los carros de avituallamiento. Acamparían hasta que se hiciese de día y entonces se adentrarían en la cueva, después de dar con ella. Y así pasaron la noche, al calor de las hogueras, comiendo y contando historias, mientras se esperanzaban con contar algún día aquella gran hazaña que iban a acometer al día siguiente.

Cuando amaneció el nuevo día, se pusieron todos en marcha. Y sin tardar mucho dieron con la entrada de la cueva del dragón. Allí estaba, imponente y flanqueada por sus dos majestuosas estatuas de piedra. Encendieron antorchas, dejaron los caballos y los carros guardados por

veinte hombres afuera y el resto entraron.

La cueva era gigantesca. Debía serlo, para poder albergar al monstruoso endriago. La luz de sus antorchas iluminaba de forma tenue y apenas podían ver nada. Caminaban con pasos lentos para no tropezar. Había una escalera, esculpida por manos humanas en tiempos inmemoriales, que descendía hasta lo profundo de la cueva. Descendieron por ella, hasta llegar a otra galería en lo profundo.

Cuando llegaron a lo más profundo de la cueva, pudieron ver en la lejanía, un resplandor que todo lo inundaba. Las paredes de la cueva en aquella parte, se veían con tal claridad que pareciera que fuese de día. Dicho resplandor se debía a una especie de hongos que sólo crecía en esa cueva y en alguna otra, perdida en el ancho mundo. Ya estaban cerca de donde el dragón dormitaba, guardando su tesoro.

A medida que se iban acercando al lugar donde el dragón se hallaba, les parecía sentir unos como ronquidos, acompañados por corrientes de aire cálido. Aquello era sin duda los ronquidos del dragón dormido y su aliento de fuego.

Con las espadas desenvainadas, el Conde y sus hombres, se acercaban al vestiglo con suma cautela. Y allí lo vieron. El enorme y viejo dragón dormía. Estaba tumbado, cuan largo era, sobre un fabuloso montón de oro, plata, joyas y piedras preciosas. Y, sobre este montón, destacaba una espada, la cual brillaba también con un resplandor argénteo. Los hombres se quedaron mirando aquel espectáculo maravillados y boquiabiertos.

En ese momento y sin previo aviso, se vino a despertar el dragón, que había sentido la presencia de los invasores de su guarida. Se alzó sobre sus cuatro robustas patas, chasqueó las alas y los dientes y comenzó a rugir. Tras esto lanzó una llamarada por su boca que alcanzó a varios hombres del Conde, que estaban desprevenidos.

El resto, se pusieron alerta y a cubierto tras unas rocas. El dragón seguía escupiendo fuego de forma fiera. Y viendo que se habían escondido, comenzó a caminar sobre sus enormes cuatro patas, para ir en dirección a donde los hombres se ocultaban.

A este hecho le siguió un gesto de gran valor. El Conde lanzó un grito, que fue secundado por sus hombres. Todos se lanzaron a la carga y se situaron a los flancos y debajo del dragón, dando estocadas, lanzadas y tajos a sus patas y su vientre.

El dragón gruñía furioso, al par que daba pisotones, a fin de desembarazarse de aquellos hostigadores. A varios aplastó en la refriega.

El Conde Ogarth, aprovechó entonces la situación. Viendo que el dragón estaba despistado y obedeciendo a una extraña influencia, se encaramó sobre el montón de oro y plata y agarró aquella formidable espada, la cual se adaptó a sus manos en el acto. Era el elegido, se dijo.

El dragón echó la vista atrás y le sorprendió. Lanzó un rugido y escupió fuego, pero el Conde rodó a un lado esquivando. Volvió corriendo con sus hombres y empezó a dar tajos y estocadas con la espada en el vientre del dragón, que aullaba furioso y de dolor.

Al final, en un momento de debilidad, el dragón bajó su largo cuello y expuso su gigantesca cabeza.

- ¡Ahora! ¡Acometedle al cuello! - gritó el Conde, mientras se lanzaba al ataque. Sus hombres lo siguieron.

Y así, a base de varios tajos, le cortaron la cabeza al dragón, cuyo corpachón se estremeció con espasmos y finalmente se desplomó. Se oyeron gritos de júbilo y sacaron al Conde en volandas.

Después, en los carros cargaron todo el oro y joyas que pudieron. Y, al final, emprendieron el viaje de regreso a su tierra, ricos. Pero esta historia, se contará otro día.

### XIII

Tras escribir estos relatos, los cuales fueron concebidos en una noche de delirio y enfermedad, dejé mi pluma sobre el escritorio y me levanté a estirar las piernas. Volvía a sentir la necesidad de tomar un trago, pero pude volver a contenerme. Aunque, eso sí, encendí un cigarrillo y anduve hasta la ventana de la habitación en que me hallaba. La abrí de par en par, con el fin de que saliese el humo y ventilase la habitación.

Afuera era de noche cerrado. No se veía un alma en la calle. Y era normal, pues ya debía ser de madrugada. Veíanse, frente a la casa de mi amada, unas cuantas viviendas que estaban vacías. Sus inquilinos no vendrían hasta el verano. Por la calle pavimentada no pasaba ningún coche. Y no se escuchaba sonido alguno, salvo el del viento y los grillos e, incluso de vez en cuando, el de alguna lechuza.

Yo permanecía asomado y apoyado sobre el poyete de la ventana. Estaba reflexivo, meditabundo, mientras disfrutaba de aquella calma nocturna y mientras aspiraba el suave aroma de los campos. Dejé el cigarrillo, pues ya lo había consumido casi por completo, en un cenicero que estaba sobre

una mesa.

A mi mente acudió, sin que yo hiciera nada por evitarlo, el recuerdo de Doña Celia, aquella a la que tanto amé una vez. Sin poder evitarlo, comencé a recordar los últimos días que pasé con ella, antes de que tuviéramos que abandonarnos el uno al otro y mucho antes de que ella partiese de esta vida.

Recordé una vez en que íbamos paseando por un bulevar, junto a la playa. Ella llevaba puesto un precioso vestido blanco, el cual acentuaba su grácil figura. Sus verdes ojos brillaban de emoción cuando nos mirábamos, pues nos sentíamos muy dichosos y enamorados. Todo ello a pesar de nuestra grave falta. Y es que este recuerdo pertenece a una de nuestras primeras citas.

Ese día su marido se había ausentado por un viaje de negocios, como había hecho otras tantas veces. De hecho, el día en que nos conocimos, su marido también había ido de viaje. Yo estaba firmando ejemplares de uno de los libros que escribí cuando mis tiempos eran más dichosos. Y allí se presentó ella. Quedé prendado allí mismo de su hermosura. Me miró con sus bellísimos y verdes ojos y con su cálida voz me pidió que le firmase el libro, el cual me entregó con sus finas, delicadas y blancas manos. Me dijo que hacía mucho tiempo que me venía siguiendo como escritor y que se sentía atrapada y fascinada por mi obra. Al parecer le gustaba pasar miedo.

Tras firmarle el libro y ponerle una bella dedicatoria, me preguntó si no me importaría tomar una copa con ella cuando acabase. A lo que yo, en buena o mala hora, accedí. Y cuando hube acabado de firmar todos los libros y ya me despedí de la gente, entré en un bar que estaba situado justo al lado de donde había firmado los libros. Y allí la encontré esperándome. Estaba sentada en un taburete, junto a la barra.

Yo me dirigí al lugar, pedimos dos copas de vino, brindamos y comenzamos a beber. Empezamos a hablar de varias cosas, hasta el punto de llegar a congeniar. Luego, comenzó a hablar de su marido y de que su matrimonio era muy desgraciado, con peleas y discusiones continuas. Yo no podía dejar de mirarla con deseo. Aquellos ojos, aquella boca de rojos labios.

Al final y sin saber cómo ni cómo no, nos sorprendió la noche en aquel bar y, tras escuchar cómo lamentaba haberse casado casi por fuerza y yo enjugarle una lágrima que corría furtiva por su blanco rostro, acabamos besándonos. Esa noche la pasaríamos los dos en un hotel de mala muerte, donde pasamos la noche haciendo el amor.

Al día siguiente, lejos de arrepentirnos, tuvimos una cita y nos fuimos a un parque, donde le leí algunos fragmentos de proyectos que estaba

escribiendo. Aquel parque estaba lleno de gente, pero por fortuna, nadie había que pudiera conocernos. Había varios matrimonios con sus hijos, gente jugando al ajedrez, otros merendando, estudiantes matando el tiempo...

Tuvimos varias citas durante días, teniendo cuidado de que nadie nos viera, escondidos como si fuéramos bandidos cometiendo alguna fechoría. Dos días antes de que su marido volviese de su viaje, dejamos de vernos. Entonces, me sentí culpable. Sentí que era como un asesino traidor que apuñala a alguien por la espalda. Al mismo tiempo, estaba deseando volver a verla. Sin embargo, con una copa en la mano, me prometía a mí mismo que no volvería más con ella.

No fue así. Pues, al cabo de unos veinticinco días desde la última vez que la vi, se presentó en mi casa. Llegó llorando y diciendo que había discutido con su marido. Traté en vano de evitar su mirada, de evitarla a ella, pero no pude. La amaba.

Varios días estuvimos juntos. Algunas gentes del pueblo comenzaron a sospechar y nos miraban por la calle sacudiendo la cabeza. Pero dejó de importarnos. Ya estábamos planeando el escaparnos juntos a otro lugar, lejos de allí.

Entonces, un fatídico día, me encontré con ella por última vez. En efecto, aquel día vino a mi casa una vez más. Traía el rostro desencajado y un ojo amoratado. Le exigí explicaciones y le pregunté qué le había pasado. Pero no recibí respuesta alguna. Tan sólo rompimos. Y no volví nunca más a verla viva.

Cuando me enteré de su fallecimiento, no podía dar crédito. Sentí un dolor desgarrador que me recorrió todo el cuerpo. Para tratar de mitigarlo, fui a la taberna y bebí hasta perder el sentido. Y así, me arrastré hasta mi casa en donde me encerré hasta después del funeral. Un día o dos más tarde fui en secreto y le dejé unas flores sobre su tumba. El día estaba oscuro y llovía, por lo que el cementerio estaba del todo desierto. Una vez allí, me postré de rodillas en su tumba y lloré amargamente.

Doña Celia había muerto en muy extrañas circunstancias, todo hay que decirlo. Pero al no haber habido autopsia, no se pudo averiguar la causa concreta de su defunción. Su familia y, en especial su marido, se opusieron a ello. Sin que nada quedase aclarado del todo, el caso se cerró y se determinó que la muerte se había producido por una extraña enfermedad que la aquejaba desde niña. Y eso fue todo.

Los recuerdos hicieron que una lágrima aflorase en mi rostro. Dejé de apoyarme en la ventana y me erguí. Sentí ganas de encender otro cigarrillo. Pero cuando ya lo tenía en mis manos me lo pensé mejor, lo rompí en dos mitades y lo lancé por la ventana. Tras esto, cerré ambas

hojas y eché una última mirada hacia la calle desierta.

Entonces fue cuando, a mi derecha y al fondo de la calle, me pareció percibir una silueta como de una persona. La zona estaba mal iluminada y, en efecto, creí que lo que allí había era una persona real. Pero, al forzar aún más la vista, pude ver de forma clara lo que en verdad era.

El extraño fantasma estaba justo allí, mirando en mi dirección. Mientras tanto, se iba como balanceando de un lado a otro. Reconocí la grácil y vaporosa silueta de su torso. Y, en un punto, creí advertir que extendía los brazos en mi dirección. Después hizo un claro ademán para que lo siguiera.

El más pavoroso de los espantos se apoderó de mí en ese momento. Me puse enteramente en tensión y alerta. Estaba deseando salir corriendo y dejar a aquel maldito ser atrás. Empero, sabía que aquello resultaría inútil. Pensé de manera más fría y llegué a la conclusión de que debía salir a su encuentro y alejarlo de la casa de mi amada a como diera lugar. No debía ponerla a ella en peligro.

Fui corriendo hasta el dormitorio y me cercioré de que estuviera dormida. Cuando me hube asegurado de esto, volví a la sala de estar, me puse la americana del traje y salí a la calle, procurando hacer el menor ruido posible.

Afuera estaba helando y muy oscuro. Además, una espesa niebla se estaba apoderando de todo. Miré aterrado hacia el final de la calle. Esperaba que el fantasma se abalanzase sobre mí en cualquier momento. Pero no fue así. Anduve varios pasos en la dirección en que se encontraba y allí lo vi. Seguía justo en el mismo lugar y en la misma posición, observándome, quizá esperando la oportunidad de atacar.

Continué acercándome con paso tembloroso, hasta situarme a unos escasos metros de la figura. Ella seguía en la misma posición.

- ¿Quién eres? ¿Qué quieres? - grité.

No recibí respuesta alguna. Y en un punto, la extraña figura me hizo un raro ademán como que la siguiera y comenzó a deslizarse en dirección contraria. En dirección hacia mi viejo caserón. Y yo comencé a seguirla.

Anduve muy despacio detrás de la figura que, en efecto, se dirigía hacia mi casa. No dije palabra alguna en todo el trayecto. Sólo me armé de valor y me dispuse a afrontar mi destino, fuera el que fuese.

Estuve caminando un buen trecho. Nada podía verse a través de la niebla y la oscuridad. Nada salvo la silueta del fantasma, la cual parecía estar hecha de niebla a su vez. Cada cierto tiempo, se paraba, tal vez para

cerciorarse de que yo la seguía. Todo parecía haber sido absorbido por la niebla y el vacío. Todo, excepto yo mismo y aquel extraño fantasma. Estremecíame tan solo con el sonido de mis propios pasos. Ni tan siquiera podía ver más allá de unos escasos metros.

La caminata me estaba pareciendo eterna, por el terror que me inspiraba caminar entre aquellas tinieblas, acompañado tan solo de la extraña figura que me había estado atormentando durante días. Entonces, en un punto, vi que la figura se detuvo y desapareció. Y al acercarme a dicho lugar, pude vislumbrar a través de la oscuridad y de la niebla, mi viejo caserón familiar. Sin duda el fantasma quería que entrase.

Me encaminé entonces hacia la puerta de entrada. Saqué mis llaves, que llevaba en el bolsillo y abrí la cerradura. La vieja puerta crujió a medida que la iba abriendo de forma muy lenta. Adentro todo estaba oscuro. Tanteé la pared, hasta poder tocar la llave de la luz y todo se iluminó. Parecía estar todo en orden, tal y como lo había dejado.

Miré en derredor y luego hacia las escaleras que conducían al segundo piso y vi al fantasma esperando allí. Cerré la puerta, aunque no volví a atrancarla con mi llave. Entonces, comencé a subir la escalera, siguiendo al fantasma. Este, parecía dirigirse a mi estudio. Así que lo seguí.

Yo me hallaba en el pasillo aún. Y el fantasma ya había llegado al fondo del mismo. Entonces vi cómo la puerta de mi estudio se abrió sola y de forma violenta, dando un golpe contra la pared, que hizo temblar el marco. El fantasma me hizo otro ademán para que lo siguiese y yo, aun presa del terror, obedecí.

Al entrar en mi estudio, quise encender la luz. Pero, al accionar la llave, todas las luces de mi estudio reventaron con un chasquido violento y saltaron los plomos de la casa. Todo quedó en tinieblas, pero podía adivinar una silueta vaporosa entre las sombras, que se movía. No me atacó.

Busqué entonces y de forma desesperada, mi encendedor en el otro bolsillo y lo accioné. Apenas podía alumbrar nada, pero lo suficiente para poder hallar sobre una mesita, una vieja lámpara que tenía allí para emergencias tales como aquella. Así que la encendí y ya pude ver mejor.

Con tal tenue iluminación, pude ver que la extraña figura se hallaba al fondo de mi estudio, junto al catre donde yo dormí tantas veces en que el alba me sorprendió trabajando y junto a mi querido escritorio.

La figura estaba señalando un libro. Uno en el que no había reparado hasta ahora desde que lo adquirí. Un libro de tapas negras y escarlatas que se había quedado olvidado en esa casa tal vez. O tal vez, este ser lo había traído. Pero era el único que aún no había leído. Era el último de los

bestiarios.

El fantasma me indicó que me acercara al escritorio. Yo temblaba de pies a cabeza, ya que hasta ahora, no había estado tan cerca de él. Su sola presencia me aterraba. Ni qué decir tiene que el más leve contacto con el ser haría que me derrumbase por completo. Pero, por fortuna, no hubo contacto alguno.

El ser me indicó entonces que abriese el libro. A lo que yo obedecí. Comencé a pasar las páginas, las cuales no contenían lo que yo esperaba. En lugar de haber cuentos e historias sobre seres mitológicos o fantásticos, en este bestiario hallé extraños conjuros escritos en una lengua desconocida.

Sentí entonces cómo el fantasma me apartaba del escritorio con una fuerza extraña y caí al suelo. Antes de perder por un tiempo el sentido, pude ver cómo las páginas del bestiario se sacudían frenéticas de un lado al otro. Y volvían de nuevo en sentido inverso. Cuando me recuperé seguía en el suelo, pugnando por despertar de una pesadilla que era muy real. Pues el fantasma seguía allí, observándome. Me levanté entonces del suelo y lo primero que se me ocurrió fue, de manera instintiva, echar un vistazo a las páginas en las que se había quedado el bestiario. Allí escritas había indescifrables palabras, al par que se veían extraños dibujos.

Al cabo de unos instantes y sin saber por qué, algo cambió. Aquellas palabras comenzaron a brotar de mis labios, como si estuvieran escritas en mi propia lengua. Quién sabe qué clase de fuerza demoníaca me poseyó entonces. Comencé a recitar los conjuros. Mientras, el fantasma permaneció a mi lado, inmóvil. Parecía haber quedado influido por el conjuro y algo sobrenatural comenzó a darse lugar.

Sobre mi escritorio había un abrecartas con el que me hice un profundo corte en la mano izquierda, mientras seguía recitando aquellas palabras. Mi sangre corría entonces descontrolada a través de la palma de mi mano. Puse ésta sobre la frente del fantasma y seguí recitando los pasajes del bestiario.

Afuera, se desató una furibunda tormenta. Veíanse relámpagos a través de la ventana de mi estudio. Profundos truenos se oían, en pugna con la furia del viento desatado.

Algo más pasó entonces. La extraña figura del fantasma, comenzó a tornarse rojiza. Contemplábanse nervios y venas, en las que comenzó a fluir la sangre. En el centro de aquel torso, antes vaporoso, podía verse ahora un corazón palpitante. Unos miembros inferiores, formados de venas, brotaron de aquel torso por quién sabe qué extraña forma de

encantamiento. Ante mí se estaba materializando un ser vivo.

Pude ver un esqueleto humano que iba tomando forma, unos órganos internos, músculos y cartílagos. Y, en aquella cabeza, empezaron a destacar unos hermosos ojos verdes, los cuales eran grises y sin vida al principio. El horror y fascinación que sentía eran indescriptibles. La tormenta de afuera estaba desatada y furiosa. Y aquel ser tomaba vida y podía escuchar que profería un lamento doliente, como si estuviera naciendo.

Cuando la extraña transfiguración del fantasma se completó por fin quedé atónito. Ante mí vi un hermoso y voluptuoso cuerpo femenino. En la semioscuridad, pude vislumbrar unos largos cabellos negros ondulados, una piel pálida y tersa, delicadísima. Estaba desnuda y sus líneas eran de una voluptuosidad sublime. Pero lo más destacable de todo eran los ojos. Unos ojos verdes hermosísimos que me miraban fijamente. Sentía escalofríos. Enmudecí tan pronto como vi aquella enigmática y hermosa figura ante mí.

Eché mano a la lámpara, a fin de iluminar mejor el rostro de la figura y poder contemplar aquellos maravillosos ojos. Y entonces salí de dudas. Pues en verdad era ella. Era el rostro de Doña Celia. Me quedé petrificado y una especie de corriente eléctrica me recorrió la espina dorsal. Por un momento no supe cómo reaccionar, pero al final, tan solo dije una palabra.

-Celia. -

-En efecto. Soy yo. Después de tanto tiempo, juntos de nuevo. - dijo ella y su voz era cavernosa, como surgida de la tumba.

No me importó en absoluto. Di dos pasos al frente y la besé. Al fin volvía a sentir el sabor de los labios de aquella a la que tanto amé una vez. Al fin volvía a sentir el suave tacto de su piel de alabastro. Sin embargo, el sabor de aquellos labios ya no era el que yo recordaba. Era un sabor putrefacto y el tacto de aquella piel era frío y áspero. Me aparté de manera instintiva y de un salto.

- ¿Qué ocurre, amado? ¿Es que ya no me quieres? ¿Me has olvidado por esa sucia furcia con la que te acuestas ahora? - gritó aquel ser.

- Vete, déjame. Estás muerta. Ya no tienes nada que ver conmigo. - grité, aunque no sabía qué otra cosa decirle a aquel ser inmundo.

-Vais a morir, los dos. Él vendrá a buscaros. Y te castigará por todo lo que me hiciste. -

- ¿Quién vendrá? ¿De quién hablas? -

-Tú ya sabes qué es, amado. El ser gusano. Él me mató y luego se quitó la vida, reconcomido por el arrepentimiento y la vergüenza. No dejes que vuelva a atraparme. -

Escuché entonces el eco de una risa hueca. El tal sonido había venido sin duda del interior de mi casa. Sentí que me sacudían por los hombros. Al volver la vista, vi que era Doña Celia reencarnada quien me sacudía y me imploraba que hiciese algo por ayudarla. Su tacto era frío y áspero y el hedor que despedía era repugnante. Se estaba deshaciendo, pudriendo allí mismo ante mí.

-Haz algo, maldito. No dejes que me atrape. - dijo con una voz cavernosa y metálica.

A través de la puerta, podía escuchar cómo algo se arrastraba, o más bien reptaba en el pasillo, con dirección a mi estudio. Yo estaba aterrado y sin poder moverme, ya que Doña Celia, ahora reencarnada, me aferraba con una fuerza sobrehumana. Y contemplé con horror cómo su cuerpo se iba corrompiendo de una forma que me es casi imposible describir. Primero se fue llenando de unas llagas purulentas, que despedían un hedor infame y de las cuales salía un líquido negruzco. Sus facciones y sus miembros se fueron deformando y encogiendo, mientras se desprendían pedazos de carne, que caían al suelo y se transformaban en montones de gusanos.

Al cabo de un tiempo, ante mí había un esqueleto podrido y carcomido que me aferraba con garras de acero. Grité de horror, tanto como me permitieron mis pulmones.

Al fin, aquel esqueleto se derrumbó como un castillo de naipes y los huesos cayeron pesadamente al suelo, con un ruido seco. Y entonces me vi libre del abrazo mortal de aquel desdichado ser.

Mientras, el sonido de arrastrarse se iba escuchando cada vez más fuerte y más cerca. Ya no había escapatoria, como había sucedido en mis sueños. El ser gusano estaba allí y esta vez me tenía atrapado.

Eché una mirada al picaporte de la puerta de mi estudio, el cual se estaba moviendo. Aquel monstruo pretendía entrar para atraparme. Caminé de espaldas, mirando hacia la puerta, hasta que tropecé con mi escritorio. El último de los bestiarios estaba allí, abierto en las páginas de la invocación. Lo aferré con fuerza contra mi pecho, como si eso fuese a protegerme de aquel engendro que estaba a punto de atacarme.

La puerta se abrió entonces de par en par. Y allí apareció ese ser con su deformidad indescriptible, señalándome con una de sus garras. Me encogí

de puro pavor. Ya me daba por sentenciado, cuando algo ocurrió.

Se escuchó que alguien había abierto la puerta de mi casa y desde el piso de abajo se oyó la voz de mi amada que me estaba llamando. Sin duda se había debido despertar en medio de la horrible tormenta. Y, al no hallarme en su casa, había supuesto que estaría aquí. No pudo aparecer en momento más inoportuno. Pues el horrible demonio con forma de gusano, al advertir su presencia, me dejó para los postres y ya se encaminaba al lugar en donde había escuchado la voz.

En ese momento, con el libro aún aferrado entre mis manos, me acometió la ira junto con el valor y me abalancé sobre el monstruo. Pero de poco sirvió, pues antes de que pudiera golpearlo, me lanzó de un zarpazo a través del pasillo. El libro cayó a unos metros de donde yo estaba.

A tales ruidos, mi amada subió corriendo las escaleras para encontrarse con la horrible visión del ser. Gritó de terror. Pero en lugar de huir, se encaminó a donde yo estaba y pugnaba por levantarme del suelo. Mientras tanto, el ser gusano se iba acercando a nosotros.

Y cuando ya nos tenía a su merced, vimos que de repente, daba un paso en falso y se retorció de dolor. Y es que el fantasma de Celia lo estaba atacando.

-El libro. Recita el siguiente pasaje. - dijo una voz que provenía del espíritu.

Intenté por todos los medios alcanzarlo, arrastrándome, ya que no podía levantarme. Mientras tanto, el fantasma y el gusano luchaban sin cuartel. Entonces, mi amada no lo dudó un instante y a toda prisa corrió hacia el libro y lo puso a mi alcance. Lo abrí por la página siguiente al conjuro de resurrección y comencé a recitar sus pasajes.

El ser gusano comenzó entonces a retorcerse y a hincharse. Yo seguía recitando los pasajes. En un momento dado, el gusano pudo abatir al fantasma. Pero ya era tarde. Terminé de recitar las palabras y el gusano quedó paralizado, mientras se seguía hinchar.

Mi amada tiró de mí con todas sus fuerzas, hasta el fondo del pasillo. Luego el gusano estalló, dejando putrefactos trozos de carne por todo el pasillo. Al fin nos libramos de él.

Pasaron varias horas. Estábamos exhaustos. La tormenta fue amainando poco a poco. Y ya se adivinaban las luces del alba a través de las ventanas. Mi amada estaba abrazada a mí, sin poder dar crédito a lo que había presenciado. Yo estaba molido y quebrantado.

Poco a poco, me fui recuperando y pude levantarme y andar con dificultad. Con ayuda de mi amada, salimos a la calle.

El cielo estaba ahora despejado y el sol, empezaba a iluminar lo que sería un día espléndido.

Por fin nos habíamos librado de fantasmas y monstruos que nos persiguieran y tal vez, pudiéramos ser felices juntos.

Echamos una mirada hacia atrás, hacia mi casa. De pronto vimos que una figura vaporosa salía del interior y se acercaba a nosotros. Por un momento creí que todo volvería a empezar. Sin embargo, al acercarse a nosotros, pudimos ver el angelical rostro de Celia reflejado en la figura, como si de un espejo se tratase. Estaba sonriendo.

Entonces, comenzó a evaporarse y se fue. Quién sabe si para siempre.

A los pocos meses, estando en la capital de la provincia, fuimos a visitar la vieja librería de la zona portuaria. Y allí nos encontramos con el viejo librero y su hija. Nos saludaron animadamente. Y, al echar un vistazo a los libros que allí tenían, vimos con júbilo que en el escaparate se hallaban mis últimas obras. Pero no este diario, que quedó guardado en mi poder, junto con los viejos bestiarios.

FIN



